



Luis Javier Hernández Carmona

HÉROE O ANTIHÉROE: El migrante venezolano y las gramáticas de la afectividad



UNIVERSIDAD
DE LOS ANDES
VENEZUELA



PUBLICACIONES
VICERRECTORADO ACADÉMICO

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
Autoridades universitarias

Rector

Mario Bonucci Rossini

• **Vicerrectora Académica**

Patricia Rosenzweig Levy

• **Vicerrector Administrativo**

Manuel Aranguren Rincón

• **Secretario(E)**

Manuel Joaquín Morocoima

SELLO EDITORIAL PUBLICACIONES
DEL VICERRECTORADO ACADÉMICO

• **Presidenta**

Patricia Rosenzweig Levy

• **Coordinadora**

Marysela Coromoto Morillo Moreno

• **Consejo editorial**

Patricia Rosenzweig Levy

Marysela Coromoto Morillo Moreno

Marlene Bauste

María Teresa Celis

Francisco Grisóla

Jonás Arturo Montilva

Joan Fernando Chipia L.

María Luisa Lazzaro

Alix Madrid

COLECCIÓN
EDICIONES ESPECIALES

Sello Editorial Publicaciones del
Vicerrectorado Académico

Los trabajos publicados en esta colección han sido rigurosamente seleccionados y arbitrados por especialistas en las diferentes disciplinas.

COLECCIÓN ENSAYOS
Sello Editorial Publicaciones
Vicerrectorado Académico

**HÉROE O ANTIHÉROE: EL MIGRANTE
VENEZOLANO Y LAS GRAMÁTICAS
DE LA AFECTIVIDAD**
Primera edición digital, 2024

© Universidad de Los Andes
Sello Editorial Publicaciones del
Vicerrectorado Académico
© LUIS JAVIER HERNÁNDEZ CARMONA

Hecho el depósito de ley
Depósito Legal: ME2024000029
ISBN: 978-980-11-2159-6



Corrección de estilo:

Carlos Gregorio Perdomo Ramírez

Diagramación:

Luis Javier Hernández Carmona
Marysela C. Morillo Moreno

Fotografía de la portada:

“Benoit “ Escultura de Bruno Catalano,
artista francés que a través de sus obras
rinde homenaje a los migrantes. Tomado
por el autor desde: [https://sculpturebythesea.com/
2022-awards-announced-sculpture-sea-bondi/](https://sculpturebythesea.com/2022-awards-announced-sculpture-sea-bondi/)

Universidad de Los Andes

Av. 3 Independencia,
Edificio Central del Rectorado,
Mérida, Venezuela.
publicacionesva@ula.ve
publicacionesva@gmail.com
[http://www2.ula.ve/publicaciones
academico](http://www2.ula.ve/publicaciones-academico)
<http://bdigital2.ula.ve/bdigital/>

**Prohibida la reproducción total o
parcial de esta obra sin la
autorización escrita de los autores y
editores.**

Editado en la República Bolivariana de
Venezuela

COLECCIÓN ENSAYOS

Zona creada con el fin de propiciar la reflexión, problematización y debate en torno a temas vinculados a las diversas disciplinas universitarias, esto es, de carácter universal, y por ello dirigida a un extenso público.

La colección busca además, o como consecuencia de lo ya dicho, ser un elemento de exégesis para la comprensión de la realidad socio-cultural toda.



**UNIVERSIDAD
DE LOS ANDES**



**PUBLICACIONES
VICERRECTORADO ACADÉMICO**

**HÉROE O ANTIHÉROE:
El migrante venezolano y las
gramáticas de la afectividad**



MÉRIDA, 2024 - VENEZUELA

HÉROE O ANTIHÉROE:
El migrante venezolano y las
gramáticas de la afectividad

LUIS JAVIER HERNÁNDEZ CARMONA

COLECCIÓN ENSAYOS

Sello Editorial Publicaciones del Vicerrectorado Académico
Universidad de Los Andes

... A Venezuela, el país que aún tiene sentido ...
y este es uno de ellos ...

...El derecho a tener derechos, el derecho de cada individuo a pertenecer a la humanidad, debería ser garantizado por la misma humanidad...

Hannah Arendt.

...El extranjero no sólo es el otro, nosotros mismos lo fuimos o lo seremos, ayer o mañana, el albur de un destino incierto: cada uno de nosotros es un extranjero en potencia...

Tzvetan Todorov.

...Patria es la que tiende la mano al caminante; Patria es una tierra; cerca o lejana, donde se enjugan las lágrimas candentes y se convierten en ardientes besos...

Mercedes Pinto.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	13
AL BORDE DE LA FRONTERA.....	21
ANTIHEROE Y GRAMÁTICAS DE LA AFECTIVIDAD.....	25
LAS MIGRACIONES: UNA PRÁCTICA DISCURSIVA.....	33
MIGRACIONES, TRÁNSITOS SIMBÓLICOS Y CIUDADANÍAS EMERGENTES.....	43
SUJETO MIGRANTE Y GEOGRAFÍAS IMAGINALES: LA DIVERSIDAD CONFLUYENTE.....	51
REALIDADES TRASPLANTADAS: LOS LUGARES DE LAS CIUDADANÍAS EMERGENTES.....	67
TRÁNSITOS SIMBÓLICOS Y CRÓNICAS DE LA MIGRACIÓN.....	77
EL VIAJE Y LA MIGRACIÓN NOSTÁLGICA.....	91
CONFIGURACIÓN/CONSTRUCCIÓN DEL HÉROE DENTRO DE LA SEMIOSIS DEL MIGRANTE.....	153
MIGRACIÓN Y EXTRAVÍOS: EL ANTIHEROE ENTRA EN ESCENA	171
CONCLUSIONES.....	189
BIBLIOGRAFÍA.....	201
EL AUTOR	203

INTRODUCCIÓN

La migración es un fenómeno recurrente en la historia de la humanidad desde tiempos inmemoriales. Sin embargo, en la actualidad, se ha convertido en un tema de gran relevancia debido a la complejidad de los factores que la impulsan y, las consecuencias generadas tanto a los migrantes como a las sociedades de origen o a las receptoras. En este contexto, el migrante venezolano se ha convertido en una unidad de análisis que ha despertado un profundo interés desde diversas esferas del conocimiento e interpretaciones soportadas en diferentes perspectivas argumentales.

En este libro, la intención interpretativa está orientada hacia el análisis del migrante venezolano en la dicotomía héroe/antihéroe y, en función de las gramáticas de la afectividad a generarse en un complejo tránsito simbólico, fundamentado en las relaciones intra e intersubjetivas a configurar campos de la significación y establecer lógicas de sentido más allá de los abordajes económicos, sociológicos, políticos, demográficos o, de la convencionalidad teórica sostenida por los tratamientos estadísticos de dicho fenómeno.

Al respecto, se asume el sujeto migrante diversificado en sus espacios simbólicos, a través de los cuales demarca complejas relaciones de significación que hacen posible la consolidación de gramáticas de la afectividad a modo de sistemas codificantes de acciones comunicativas a desbordar un simple acto de interacción social, para revelar la configuración del migrante venezolano a partir del mundo primordial representado por el orden patémico, esa dimensión donde circula la referencialidad sustentante de la esencia existencial del sujeto.

Alrededor de esta intención argumental surge la Ontosemiótica a manera de elemento relacionante de un conjunto de variables a interactuar de acuerdo con el sujeto migrante, al ser considerado un texto a ser leído desde sí mismo y en interacción con el otro en busca de la complementariedad que provea el autorreconocimiento, al mismo tiempo, su posicionamiento dentro de las diversas circunstancialidades enunciativas a producirse en los espacios originarios y los hospedantes. Situación a crear referencialidades más allá del acontecimiento vivido para convocar el recurso evocativo como mecanismo reparador de la ausencia.

Sobre esta particularidad referencia se crea un mecanismo de sostenimiento entre el migrante y sus colateralidades simbólicas que tienen en la nostalgia un gran aliado para resignificar mediante el placer de recordar, la posibilidad de visitar los espacios existenciales contenidos en la memoria fundante y edificadora de temporalidades que vencen distancias y crean espacios para la conciliación de ausencias. Por lo tanto, el sujeto

migrante implica una instancia simbólica a estar regida por gramáticas de la afectividad a modo de centro transformador de las relaciones de significación en este complejo campo semiótico.

Por tal motivo, se antepone las categorías heroicidad/antiheroicidad a manera de antagonismo complementario para intentar diversas miradas sobre el migrante venezolano y su articulación dentro de un escenario representado por diversos planos enunciativos que van desde el gubernamental hasta el profundamente íntimo, en los cuales, las perspectivas son diametralmente opuestas aún así, ofrecen insumos en la comprensión de este proceso a hacerse cada vez más radical y consuetudinario.

En este complejo panorama simbólico, la migración venezolana está enfocada como una práctica discursiva, entendida ésta a manera de universo simbólico en el cual se materializan las instituciones, esquemas de comportamiento, formas pedagógicas, dimensiones patémicas, mecanismos de transmisión y difusión en los espacios de la significación y su constante variabilidad, adecuación, adaptabilidad y refiguración referencial que soportan las bases de una acción comunicativa eficiente.

Por ello, la migración es vista más allá de una movilidad física, al indagar sobre sus dimensiones simbólicas con el surgimiento de ciudadanías emergentes, una forma de coalición entre el origen y las realidades hospedantes mediante la interacción afectivo-subjetiva y, no una simple condición jurídica en cuanto la adquisición de nuevas

nacionalidades. Esta ciudadanía emergente tiene que ver más con el orden patémico a modo de escenario para la integración de una serie de elementos a constituir una hibridación enriquecedora del espectro significativo de quien migra.

Esos escenarios patémicos conforman las geografías imaginales o puntos de encuentro simbólico a homologar los lugares de origen y los de acogida, en un mismo instante enunciativo que posicionan dentro de un aquí y ahora, con profundas ligaduras a un pasado fundacional, un presente asimilable a las circunstancias y el futuro que encarna metas y propósitos. Esta convergencia simbólica en un específico plano enunciativo, acarrea toda una traslación entre tiempos y espacios para constituir geografías atesoradas por la afectividad-subjetividad que permiten a la evocación, edificar formas de sostenimiento, reconocimiento y adaptabilidad en un momento determinado.

Consecuentemente, estas geografías imaginales van a manifestarse por medio de diversos recursos evocativos, convocados por las experiencias asidas al mundo primordial y configuración íntima del sujeto migrante que nunca podrá desprenderse de esos vínculos con los lugares de origen; más aún, con los espacios domésticos conformados por el hogar, la patria inmediata a la cual acudir en busca de los elementos compensatorios de las necesidades y carencias subjetivas. En tal sentido, dentro de la geografía imaginal concurrirán los momentos narrativos a entrelazar universos simbólicos que provean formas de habitar las realidades trasplantadas.

Por esta razón en el tránsito simbólico de los procesos migratorios, es fundamental reconocer el surgimiento de realidades trasplantadas como los lugares de las ciudadanías emergentes, en las que es posible en primera instancia, la cohabitación de las referencialidades en torno al sujeto y sus procesos de adaptabilidad, para luego configurar un campo significativo por medio de la hibridación referencial devenida del mundo primordial y las vivencias en las sociedades hospedantes.

Aún más, esta insistencia en los tránsitos simbólicos sostenidos por gramáticas de la afectividad, concibe peculiares narrativas a caracterizar una práctica enunciativa sostenida por la convergencia patémica, desde la cual, es posible conformar universos significantes a partir de las esferas íntimas y los mundos primordiales. Esta especificidad narrativa confluye en un orden discursivo a denominarse *crónicas de la migración*, para significar formas muy particulares de comunicación a través del testimonio patemizado como bitácora simbólica del viaje emprendido. Pero también, la máscara que en momentos cubre rostros para representar más allá de lo aparente.

En concordancia con estas argumentaciones, el viaje es una espiral que involucra un movimiento hacia dentro con proyección alrededor del otro como su complementariedad, ese otro a asumir rasgos migrantes sin moverse de los lugares de origen, en momentos llamado en este libro: migrante albacea. De igual forma, esta espiral significativa establece puentes

con otros involucrados directa o indirectamente a partir de la universalidad patemizada, ese vínculo a homologar afectivamente a todos más allá de las limitaciones espacio-temporales.

Esta universalidad patemizada ejerce una función primordial en el caso del discurso estético y su consolidación dentro de las prácticas discursivas, pero también cuando la subjetividad dentro de la cotidianidad, asume los planos enunciativos para expresar situaciones que superan la literalidad lingüística y ameritan de recursos expresivos que materialicen la subjetividad trascendida. En este caso, es la migración nostálgica el centro de esa universalidad vinculante de los sujetos a través de las providencias del discurso metafórico, el recurso ideal para hacer presente la trascendencia del sujeto en las esferas discursivas.

De esta forma, el discurso metafórico supera los predios retóricos para incorporarse a la acción comunicativa cotidiana e, intentar hacer visibles todas aquellas connotaciones que enriquecen, prolongan y sostienen los procesos de interpretación del enunciado cargado de: profunda emotividad, al aspirar aprehenderla en su máxima potencialidad significativa. Sin duda alguna, el discurso metafórico es el medio para desencadenar desdoblamiento en cuanto procesos evocadores de referentes emblemáticos de la esencia existencial del migrante, y su evocación, la posibilidad de resignificar en función de volver a habitar lo ausente por medio de las geografías imaginales.

Todas estas variables argumentales confluyen en la semiosis del migrante, ese espacio de la representación/significación en el cual se producen los entrecruces referenciales para alimentar discursos y construir lógicas de sentido desde diversas perspectivas. Entre ellas, la noción de héroe representada por una hidalguía soportada en bases afectivo-subjetivas, propósitos personales a colectivizarse a través de la universalidad patémica de aspirar mejores condiciones de vida, forjar horizontes en otras latitudes en procura del bienestar propio y de los suyos.

AL BORDE DE LA FRONTERA

Muchas son las alternativas de interpretación surgidas alrededor del proceso migratorio venezolano, que de alguna u otra manera nos tocan muy de cerca, al constituir una realidad que se acrecenta con el paso del tiempo y devela un país en el exilio que cohabita al borde de una frontera enunciativa con un otro desmigajado por la diáspora. Por lo que en este libro: *bordear la frontera*, implica la sujeción a planos referenciales de profundo impacto para un colectivo transfigurado en sujeto migrante y fronterizo que transita caminos ensoñativos para reencontrarse a cada momento, al borde de espacios significativos que se intercambian constantemente.

Por un lado, esta frontera no existe a modo de demarcación o separación, más bien, como coalición que propicia encuentros y cercanías a pesar de las distancias físicas, ya que crea puentes significativos a través de los procesos de reconfiguración simbólica asumidos desde los mundos íntimos de los enunciantes, al proyectarse en un espacio a ser compartido por la patria universalizada o sentimiento homologante de una semiosis de la migración. Así, el concepto de migración va a diversificarse en un complejo entramado referencial, al adquirir sentido por medio de una lógica afectivizada, que parte de las relaciones intra e intersubjetivas para configurar posibilidades argumentativas en función del sujeto y sus dimensiones afectivo-subjetivas.

Por otro lado, *bordear* esa frontera no es un simple recurso metafórico, sino es la asunción de un tránsito simbólico más allá de la movilidad física para interrogar toda una productiva cosmovisión que se produce dentro de la dialéctica migrante. E indudablemente, esa dialéctica está anclada a las esferas existenciales que requieren de la construcción de una gramática muy particular para expresar todo el valor referencial contenido en ella. A esa codificación la llamaré *gramática de la afectividad*, en la cual, van a

sustentarse los procesos ensoñativos –nostálgicos– generadores del aludido tránsito simbólico o lugar para el reconocimiento del sujeto migrante en sí mismo y el otro. Advirtiéndose desde ya, que en esta semiosis o construcción de espacios significantes, todos *somos* migrantes dentro de determinadas posibilidades enunciativas.

Ahora bien, frente a la complejidad del referente afectivo-subjetivo en cualquier evento argumental, éste ha sido delimitado a través de dos categorías en apariencia contrarias y divergentes: *heroicidad/antiheroicidad*, pero que desde el punto de vista ontosemiótico¹, forman parte de un *antagonismo complementario*, esto es, una complementariedad a partir de los sincretismos que enriquecen las lógicas de sentido a establecerse bajo la correlación del migrante, con la figura del antihéroe como campo privilegiado por las relaciones afectivo-subjetivas y su capacidad de generar relaciones de significación enmarcadas dentro de las esferas patémicas del sujeto.

A tal efecto, los bordes de la frontera enunciativa vuelven a tocarse para advertir la cohesión de los campos simbólicos alrededor de la figura del migrante venezolano y, su resignificación en los predios de una gramática de la afectividad, el gran escenario para diversificar espacios mediante la homologación de situaciones alrededor de una universalidad patemizada cuyo centro significativo es la figura del antihéroe, advenida ésta, de las diversas circunstancialidades a las que está sometido el sujeto migrante en función del surgimiento de elementos referenciales a consolidarse en una heroicidad subversora como unidad de análisis válida, recurrente y pertinente, al momento de enfocar el fenómeno migratorio venezolano desde las relaciones intra e intersubjetivas.

¹ La ontosemiótica es la perspectiva teórica-metodológica que centra sus principios argumentales en el sujeto enunciante-atribuyente como centro generador de significación en correspondencia con el texto y el contexto, a partir de las relaciones intra e intersubjetivas a establecerse en la circulación de la significación en determinados escenarios comunicativos. Caso concreto, el migrante asumido desde la esfera afectiva y su consiguiente desdoblamiento en diversas manifestaciones discursivas.

Al borde de la frontera coincidirán todos en la búsqueda del autorreconocimiento del sujeto migrante en sus múltiples locaciones simbólicas, sobre una constelación de ciudadanías a ir mudando de piel a medida que transcurre la dialéctica enunciativa sostenida por los procesos ensoñativos anclados en una gramática de la afectividad, el lugar donde tiempos y distancias conculcan para establecer la pluralidad temporal, quien permite al pasado, presente y futuro, conformar el *ahora* enunciativo o, momento para la conciliación del migrante pluralizado en su dimensión patémica...

ANTIHEROES Y GRAMÁTICAS DE LA AFECTIVIDAD

Inicialmente, recordemos que la noción de antihéroe es arquetipo de la exclusión, ícono de la periferia que penetra en un centro significativo a partir de una serie de acciones colegidas en la dimensión afectivo-subjetiva a diversificarse en renovadas fórmulas argumentativas. Que, en el caso de la literatura, blinda a los personajes a través de sus planos patémicos a manera de posibilidad enunciativa, procedimiento estético que la nueva novela histórica ha puesto en práctica con mucha vehemencia para reivindicar al héroe en función de sus perspectivas patémicas. Así asistimos a la conversión de emblemáticos personajes en *humanos-seres*, para mostrar su circulación significativa en espacios más cercanos a la cotidianidad que a la conmemoración histórica, constituirlos con base en las puntuales características de *seres sintientes*, tal ha sido el caso del Libertador Simón Bolívar.

Con este proceso de humanización del héroe a través de la expresión literaria, ocurre un llamativo proceso de desacralización² para hacerlo más cercano a sus interlocutores, además de transgredir cánones establecidos al presentar nuevas fórmulas estéticas bajo la permisión de oportunidades para ironizar y parodiar acontecimientos que, narrados históricamente, aparecen inamovibles, ubicados en especies de vidrieras museísticas a partir de la vanagloria y veneración. De allí que transgredir el orden

² Un ejemplo de ello, lo representa la llamada literatura folklórica o popular venezolana, en la cual, existe una insistente referencialidad alrededor de la figura del *bobo* (Pedro Rímales), para acotar un contraplano actancial confrontado con la visión tradicional del héroe quien, en esa circunstancialidad enunciativa, se ve superado por su contraparte, que siempre logra quedarse con el objeto del deseo. Asimismo, la obra de Aquiles Nazoa es una fehaciente demostración del ingreso de la cotidianidad, periferia y antiheroicidad, para conformar universos simbólicos detonantes de reflexión por medio de la parodia y la ironía, a modo de agentes desacralizadores de las visiones tradicionales sobre el héroe.

enunciativo mediante la antiheroicidad, procura una reconfiguración de las realidades sociohistóricas para develar los ‘olvidos subversores’ como nuevos horizontes interpretativos.

Pero no solo en el aspecto literario podemos encontrar esa figura del antihéroe, sino también en el cine y los medios televisivos. Fundamentalmente en Latinoamérica, donde este arquetipo de la exclusión salta de los espacios de las realidades representadas –cine, televisión, literatura– para comenzar a existir en un contexto sociohistórico concreto, ser de carne y hueso en una cotidianidad con disímiles aristas simbólicas que permiten hacer enfoques novedosos más allá de las implicaciones demográficas por su homologación en las dimensiones afectivas-subjetivas, e inclusión en las esferas cotidianas a manera de circunstancialidades enunciativas esenciales para plantear visiones argumentativas renovadas, tanto en su contenido, como en los planteamientos teórico-metodológicos.

Bajo esta justificación, me permito trasladar esa noción de antihéroe de una locación estético-reflexiva, a una unidad significativa dentro del complejo proceso migratorio venezolano y, desde allí, insistir en un procedimiento argumentativo soportado por la confluencia de variables afectivo-subjetivas a modo de ente vinculante de los sujetos migrantes, contextualidades y espacios referenciales, con los procesos ensoñativos garantes de una resignificación patemizada, según la cual, ocurre la creación de instancias simbólicas para reconocerse en medio de este proceso migratorio de inmensas dimensiones que ocurre en estos momentos en Venezuela.

Ante esta propuesta argumental, cabe destacar la importancia de los escenarios enunciativos en la dialéctica existencial de los individuos, quienes indefectiblemente, deben recurrir al lenguaje para poder mantenerse asidos a los espacios de circulación social y garantizar su permanencia en ellos. Pues todo acto de acción enunciativa tiene como centro significativo al sujeto a irse diversificando a medida que se desplaza

desde los espacios íntimos a los públicos y privados. Entendido este desplazamiento no solo dentro de una movilidad física, sino también simbólico-referencial a irse adosando a través de una serie de particularidades, que a la postre, construirán *gramáticas* para el reconocimiento individual y colectivo alrededor de un orden referencial: *el sujeto migrante*.

Esta construcción de gramáticas para el reconocimiento del sujeto, contextualidades y referencialidades, es un elemento inherente a la acción enunciativa, pues enunciar significa construir, edificar, soportar argumentalmente una noción sobre determinado hecho. Para tal fin, requiere de bases referenciales para alimentar esa dinámica, al mismo tiempo, construir sistemas de representación para que los enunciadores puedan configurar sus instrumentos de comunicación. En función de ello, es pertinente hablar de *gramáticas de la afectividad* para referir los procesos codificantes de las relaciones intra e intersubjetivas de quienes enuncian, enfocarlos según la pluralización simbólica a configurar los universos significantes.

En torno a la anterior reflexión, las gramáticas de la sensibilidad elaboran códigos específicos para sostener una acción comunicativa muy particular a desencadenarse en los espacios íntimos, para luego proyectarse en el colectivo mediante una universalización patémica a servir de enganche que rompe fronteras físico-geográficas, homologarse en la perspectiva afectiva-subjetiva en cuanto generación de significación; establecer una *cartografía de lo sensible* para desafiar las objetividades históricas a partir del sujeto a manera de texto, donde sus incidencias patémicas, son estructurantes esenciales de la referencialidad.

Al admitir esta operacionalidad simbólica del lenguaje en torno a lo patémico, la configuración de una gramática de la afectividad pasa a ser la base esencial de todo discurso, por tanto, de todo texto o entidad enunciativa, pues ella establece los planos intrasubjetivos desde los cuales

todo sujeto enmarca su acción comunicativa en función del *sí mismo*, para su posterior integración con el otro a partir de la intersubjetividad. Desde este punto de vista, es admisible la existencia de una serie de semiosis³ a configurar los universos significantes, regir la acción comunicativa con respecto a la comprensión, interpretación y argumentación de las nociones de realidad a constituir el sujeto enunciante en las diversas contextualidades generadas durante su existencia, no solo física, sino fundamentalmente simbólica.

Entre estas gramáticas, además de la afectiva están las culturales, quienes interactúan sedimentando estratos de prolongados procesos de coexistencia simbólica entre los contextos y los enunciantes, al crear imaginarios sociales responsables de alimentar los ejes temáticos a solidificarse dentro de la cadena referencial significativa que sirve de soporte a la historia de las ideas de la humanidad. En tal sentido, es de acotar la constante realimentación de estas gramáticas a medida que transcurren las diversas dinámicas enunciativas, de allí la justificación de las semiosis generadoras de los procesos de significación en determinadas circunstancias sociohistóricas.

Ahora bien, puntualizadas las anteriores consideraciones en el plano específico del proceso migratorio venezolano, ciertamente podemos hablar de la semiosis del migrante sustentada en una gramática de la afectividad, para dar cuenta de la construcción de la referencialidad en función de las dimensiones afectivas-subjetivas y, convertirse en unidad de análisis para argumentar desde el punto de vista ontosemiótico⁴, a través del cual, el

³ Los criterios sobre semiosis giran en torno a todos aquellos espacios simbólicos que generan una significación sostenida por la contextualidad significativa determinada por lo acontecido y su resignificación. Por lo tanto, al hablar de semiosis, refiero a los procesos interpretativos para configurar lógicas de sentido de acuerdo a tres elementos fundamentales: sujeto enunciante, texto y contexto. Desde este enfoque, la semiosis es inherente a la acción comunicativa sujeta a procesos de: interpretación, asimilación y resignificación, a modo de procesamiento de lo acontecido. Sobre esta referencia es importante destacar que todo enunciante es un *ser* semiótico, aun cuando no tenga conciencia de ello, pues la misma condición humana implica un reabastecimiento simbólico para comprender los procesos existenciales y contextuales.

⁴ Convencionalmente este término ha sido utilizado en la cognición e instrucción matemática para establecer relaciones de funcionalidad didáctica. A partir del 2010, he propuesto una perspectiva teórico-metodológica basada en la *semiótica de la afectividad-subjetividad*, para suponer al sujeto enunciante a modo de instancia textual, a través de la cual, pueden establecerse relaciones de significación y construir lógicas de sentido desde

sujeto enunciante se convierte en la isotopía⁵ desencadenante de las relaciones de significación y construcción de lógicas de sentido metodizadas por medio de los planos patémicos, para de esta forma, crear universos simbólicos que permitan soportar criterios de sólida fortaleza argumental.

Hoy día, en tiempos pospandémicos, la esfera afectiva ha ido ganando terreno en los estudios académicos y ni tan académicos, al fortalecer diversas visiones sobre la isotopía del distanciamiento físico y aislamiento en los espacios domésticos como alternativas frente al poder demoledor del Covid-19. Allí ha resurgido el hogar a modo de centro generador de significación diversificada en múltiples sentidos, desde su conversión en lugar para la ensoñación y el reencuentro, hasta su adaptación en aula doméstica soportada por una profunda base patémica que hace tambalear las certezas ideológicas.

Con la refiguración del hogar a manera de categoría simbólica, la constitución de *gramáticas de la afectividad* apuntala el proceso enunciativo que privilegia al sujeto en su centro referencial, él es el punto de partida para enfocar las actuales manifestaciones sociohistóricas y permitir la resignificación de los acontecimientos según las esferas patémicas, quienes buscan resarcir la fragilidad humana frente al Covid-19, la despotenciación de las desigualdades sociales con las carencias sanitarias por la precaria estructura hospitalaria de los países de más bajos recursos o, interpretar las diferentes diatribas entre vacunados y no vacunados. Todo un espacio referencial de complejas dimensiones para ofrecer diversos campos semióticos y consiguientes alternativas de significación.

ese centro referencial. Esta semiótica de la afectividad-subjetividad u *ontosemiótica*, es la forma de definir una semiótica del sujeto y la sensibilidad cultural, bajo las relaciones intersubjetivas implícitas en los diversos discursos.

⁵ Desde el punto de vista ontosemiótico, la isotopía es una unidad temática esencial-referencial asumida por el enunciante al construir su discurso a partir de encadenamientos significantes que enriquecen, amplían y sostienen los espacios referenciales. Por ejemplo, en la semiosis del migrante, la distancia es una isotopía a fundamentar estructuras discursivas desde unidades temáticas profundamente patemizadas que, unidas a los procesos ensoñativos de recordación, potencian el universo simbólico íntimo a hacerse colectivo mediante la universalización de las afinidades patémicas

Aun cuando la Organización Mundial de la Salud ha decretado el fin del Covid-19 como “emergencia sanitaria internacional”, continúan las advertencias sobre un problema de salud sostenido y persistente, cuyo manejo recae en los gobiernos locales, quienes deben garantizar a la población los medios, modos y maneras para mantener el control contra este virus y otros que pongan en riesgo la salubridad personal y colectiva⁶. Situación a advertirse con mayor rigor en los espacios de movilidad migrante y el establecimiento de controles a dificultar el ingreso a muchos países.

De la misma forma, la migración profundiza sus visiones trágicas al tener que desplazarse en condiciones cada vez más desalentadoras⁷. No obstante, la necesidad obliga a asumir el riesgo de movilizarse entre tantas incertidumbres y acechos de toda índole, e indudablemente acrecienta el nivel de heroicidad inmediata en los círculos cercanos que, sin llegar a la beatitud, es una acción a sustentar la gramática de la afectividad que gira en torno al migrante. Esta migración forzada induce a la configuración de codificaciones patémicas que superan cualquier enfoque estadístico o sociologista, al impulsar estructuras comunicativas soportadas por la espontaneidad metafórica⁸ o intentos por patentizar los momentos vividos.

Aunadas a estas dos realidades generadoras de diversos campos de significación, aparecen las redes sociales como el gran escenario donde se

⁶ Sobre esta particular situación, la polémica crece a cada momento, pues por una parte se anuncia el fin de la emergencia sanitaria mundial por el Covid-19. Pero al mismo tiempo, surge la alerta sobre una “nueva pandemia que será más mortífera”, originada por “patógenos emergentes con un potencial aún más mortal”. Al parecer, la espada de Damocles pende sobre la humanidad para anunciar destinos irreversibles en el área de salud. E indudablemente, las polémicas sobre el uso de enfermedades como instrumento de dominación o guerra bacteriológica vuelven a surgir, unas, sobre el control de los explosivos crecimientos demográficos, a través de la propagación intencionada de los virus, otras, con respecto a las vacunas o antidotos y sus efectos adversos. En síntesis, el mundo sigue sumido frente a una discursividad de la negatividad y la destrucción, que no deja de manifestarse cotidianamente con el afloramiento de profundos resentimientos, un rencor sordo que expresa una impotencia desdoblada en críticas, cuestionamientos y desvalorizaciones al otro, visto como la causa generadora de una agresión a etiquetarse comúnmente en las redes sociales bajo la dicotomía de vacunados/no vacunados, contagiados/no contagiados, migrantes/no migrantes.

⁷ Huelga referir la acentuada vulnerabilidad de los migrantes durante la travesía por la selva del Darién, ubicada en la frontera entre Colombia y Panamá, donde la intrincada geografía, unida a la existencia de los llamados coyotes o polleros, entre otros factores, constituye un verdadero calvario para quienes optan por esa vía para migrar.

⁸ Con espontaneidad metafórica refiero al uso de expresiones de connotación estética surgidas en un momento de intensidad emotiva, sin intención deliberada de usar un tropo literario, sino más bien, resaltar la trascendencia del momento, tal y como se puede notar en este mensaje enviado por una madre a su hija en Ecuador: “Olvidemos las lágrimas, pensemos en los abrazos por venir”.

va a materializar esta gramática de la afectividad en medio de una cotidianidad patemizada, esto es, situada dentro de esferas de la consanguinidad a constituirse a la par de la circulación comunicativa, una consanguinidad que en esta coyuntura puede incorporar una adherencia extraña, afectiva, desafectiva, en torno al éxito o consecución de los objetivos individuales o colectivos. Pero siempre situada en los planos enunciativos conducentes al reencuentro dentro de una semiosis del migrante, articulante de lógicas de sentido soportadas en los mundos íntimos y campos experienciales de los sujetos.

Por consiguiente, esta gramática de la afectividad inmersa en la semiosis del migrante, redefine diversas variables temáticas, entre ellas, la noción de patria y su traslado simbólico al hogar a manera de espacio inmediato de los lugares de origen, quienes centran todo el proceso significativo en un *ahora* simbólico⁹ como oportunidad para resarcir distancias, homologar tiempos y conjuntar al sujeto migrante en sus más esenciales potencialidades para redefinirse, una y otra vez, en función de los procesos ensoñativos. Entre los cuales, la figura del antihéroe es punto de partida para recorrer los espacios simbólicos desde la intra e intersubjetividad a manera de alternativas argumentales.

Al mismo tiempo, esa figura del antihéroe enmarcada dentro de las gramáticas de la afectividad, simboliza el punto de partida para alcanzar la heroicidad más allá de la paradigmática concepción conmemorativa de la alabanza para la divinización. Al contrario, acá se trata de asumir la cotidianidad a manera de campo referencial para privilegiar el Ser razonado a partir de sus circunstancias, en la más cálida y profunda esencia humana a potenciarse en las situaciones adversas como: la enfermedad, muerte o migración forzada.

⁹ Ontosemióticamente, el *ahora simbólico* es el escenario enunciativo en el cual va a producirse la comunicación sostenida por la pluralidad temporal; es decir, la conjunción de: pasado, presente y proyección futura, a modo de tránsito simbólico que permite al recuerdo y la nostalgia, hacer de la memoria una constante implosión de referencialidades enriquecidas por medio de la ensoñación.

En definitiva, antihéroe, en este caso particular, es sinónimo de *humano-ser*,¹⁰ condición determinante para interrogar el contexto migratorio venezolano desde los protagonistas que emprenden caminos en busca de su objeto del deseo, el cual, paulatinamente, se ha convertido en un clamor colectivo que deriva en la consanguinidad simbólica a hermanarlos en un tránsito migratorio donde las nacionalidades no existen, tampoco las fronteras, al estar sostenidos por las gramáticas de la afectividad a hacerse universales por medio del sentimiento, solidaridad y el compartir en medio de las injusticias de la humanidad.

¹⁰ La notación de *humano-ser* es una concepción existencialista para situar al Ser en una dimensión profundamente patémica, al hacer énfasis en la conexión entre la humanidad de los enunciantes y su búsqueda de una existencia más significativa y plena. Ello implica una serie de elementos de vital importancia en la semiosis del migrante; entre ellos, la posibilidad de autoconocimiento y búsqueda de su verdadera esencia, la conexión con lo trascendente, no solo desde la perspectiva mística-religiosa, sino de luchar con sus miedos, deseos y las expectativas de las sociedades, mientras buscan alcanzar los objetivos propuestos.

LAS MIGRACIONES: UNA PRÁCTICA DISCURSIVA

Las migraciones permiten establecer importantes campos semióticos, mediante la constitución de significaciones textuales a partir del individuo y sus dimensiones afectivo-subjetivas. En esa misma dirección, diversifican las variables coexistentes en los planos enunciativos culturales, al poder especificar una noción de *identidad transmigrada* que se sostiene entre los lugares originarios o puntos de partida y el proceso de asimilación, refiguración y sostenimiento del sujeto migrante en los espacios de acogida. Todo ello, en función de la elaboración de un registro simbólico diversificado en múltiples aristas decantadas a medida que ocurren los procesos migratorios o tránsitos simbólicos, más allá de la simple movilidad física.

De esta manera, apuntamos hacia las estructuras discursivas como escenarios para indagar sobre la construcción de renovadas formas de significación a interactuar alrededor del orden simbólico de los discursos del poder, representados por el constructo ideológico a regir fundamentalmente la acción humana y comunicativa en cuanto manifestaciones dominantes con los llamados 'discursos de las élites'. Discursos a establecer los principios ético-morales a regir al colectivo anonimizado en una masa informe que responde grupalmente a lo establecido, tal es el caso del

establecimiento de heroicidades convenientes a los intereses económicos de una sociedad del desapego y su soporte en una cultura del espectáculo, a partir de la trivialización de los contenidos fundamentales de la cultura primordial e identitaria.

Conforme a la anterior reflexión, las migraciones en la práctica discursiva no solo están asociadas a la codificación referencial de lo estrictamente lingüístico-lexical, sino que forman parte de la acción humana connotada en función de los principios identitarios de los sujetos migrantes, debatidos éstos en las profundas confrontaciones existenciales a producirse a partir de la movilidad física, la separación, las vinculaciones por medio de la ausencia y, sobre todo, el proceso reconfigurativo a través del cual el sujeto intenta resarcir las carencias afectivo-subjetivas acarreadas por el acto migratorio.

En este sentido, el aludido proceso comienza con una manifestación individual, para luego colectivizarse en la universalidad patémica¹¹ que homologa al sujeto migrante mediante cadenas metafóricas a servir de puente entre los lugares originarios y los de acogida. Estas manifestaciones enunciativas de vinculación simbólica, van a concretarse en productos tangibles tales como: la manifestación artística y la producción culinaria,

¹¹ Con respecto a la migración, la universalidad patémica implica una acción de reconocimiento en torno a un proceso colectivo, caracterizado por la sensibilidad generada por el hecho de dejar los lugares de origen y, el desborde de la complejidad simbólica a hacerse colectiva. Tal es el caso de la nostalgia y su fundamentación de los procesos ensoñativos producidos en las semiosis del migrante como puntos de encuentro y reconciliación, más allá de los distanciamientos o particularidades físico-geográficas. Esta universalidad patémica, es lugar de coalición donde el sujeto migrante asume una ciudadanía que rebasa nacionalidades y confluye en las sensibilidades amenazadas por los discursos del poder, la intolerancia política e inequidades sociales.

dos formas imprescindibles al momento de conservar los principios identitarios originales a hibridarse con la acción migrante patemizada¹², aun cuando en la práctica, sean utilizadas para generar ingresos económicos.

Estas dos materializaciones enunciativas las voy a referir en varios momentos de esta reflexión, porque en el caso del migrante venezolano, se han transformado en acciones comunicativas a crear iconografías de una idiosincrasia individualizada extendida por el mundo y, de una manera u otra, ha contribuido a la colonización de muchos espacios de acogida. Son numerosos los ejemplos a ser destacados por las diferentes redes sociales sobre el triunfo artístico de migrantes venezolanos, que desde una plaza pública en Madrid o un autobús en Bogotá, han logrado el reconocimiento de su talento musical al encontrar la oportunidad de ejercerlo en espacios mucho más estables y rentables. De igual manera, es posible conocer el éxito por medio de emprendimientos gastronómicos que destacan con la elaboración de tequeños, arepas, hallacas; entre otros.

En función de la ontosemiótica, estas concreciones enunciativas¹³ van a generar condiciones y posibilidades para la producción de procesos de asimilación de parte y parte, abonan el camino para la colonización tanto del migrante por el espacio de acogida, como de éste por el migrante

¹² Es de insistir en la *acción migrante patemizada* a modo de proceso enunciativo que denota la manifestación de subjetivemas o marcas profundamente sensibles como evidencia de una figuración íntima en grado superlativo. Entre estas marcas podemos mencionar los espacios domésticos, locaciones geográficas, comidas, fechas, aniversarios particulares, obituarios; a constituirse en parte del mundo primordial de los sujetos migrantes. Al mismo tiempo, formas de conectarse dentro de las gramáticas de la afectividad y su particularidad universal de los mundos íntimos del sujeto migrante.

¹³ Al referir las concreciones enunciativas, es de destacar la materialización de una acción predicha a través de la relación lingüística que va más allá del sentido explícito y evidente e, incorpora la matriz simbólica a los procesos significantes, a través de la dimensión metafórica.

venezolano, dándose de esta forma, el proceso de hibridación referencial con profundas connotaciones culturales. Una historia a repetirse a cada momento por medio de variantes circunstanciales, con la más genuina representación encarnada por la llegada de los europeos a América y el surgimiento de las crónicas de Indias a modo de estructura enunciativa sustentada en la hibridez histórico-artística, donde la intención de registrar los acontecimientos deriva en manifestaciones metafóricas regidas por el asombro y la novedad.

Lo específicamente cierto es que la llegada del migrante genera impulsos de resistencia, los cuales acrecientan los principios de supervivencia, para luego permitir la adaptabilidad en medio de conflictos, discriminaciones y hasta agresiones, como las ocurridas en Chile, cuando pertenencias y enseres fueron destruidos en medio de una manifestación en contra de la migración venezolana a ese país; el arrollamiento¹⁴ en Brownsville, Texas, con saldo de ocho personas fallecidas y once heridas, o las diarias manifestaciones xenofóbicas, con mayor incidencia en países latinoamericanos, y en profunda contradicción con la implícita solidaridad que debiera existir entre supuestos pueblos hermanos, asediados por rémoras políticas comunes, a conformar una nefasta tradición histórica.

¹⁴ El autor de este bochornoso hecho, es un sujeto de origen mexicano, según los cuerpos policiales, con amplio prontuario policial y, según relatos de testigos-sobrevivientes a través de las redes sociales, gritó insultos a los migrantes al momento de arremeter contra el grupo que se encontraba en la parada de autobuses.

Este inexplicable y aborrecible hecho del arrollamiento de migrantes en Texas, sirve de escenario enunciativo para la concreción de la *espontaneidad metafórica*, la heroicidad y la conversión patémica del acontecimiento; hecho a corroborar a través de los testimonios recogidos fundamentalmente por medios digitales, entre ellos: “Pasamos una selva, cruzamos ocho países pasando frío, hambre, sed. Pasando de todo. Y cruzamos para acá y ya nosotros decimos: ‘Cumplimos el sueño americano’, y mira dónde terminó el sueño americano”¹⁵. Huelga corroborar el desborde del sentido literal de la expresión en función de la dimensión patémica y enmarcamiento dentro del ‘sueño americano’, el destino vuelto espejismo luego de la travesía y el sacrificio, producto de la migración forzada.

La connotación trágica del acontecimiento implica también una sensibilización ante éste, al sugerir en el plano referencial la condición de injusta y absurda que, aunada a los sacrificios realizados para llegar a ese destino, otorga una condición heroica con evidente referencia al martirio, aun cuando contravenga las políticas migratorias establecidas. De esta manera, el antagonismo complementario entre héroe/antihéroe es isotopía determinante al momento de intentar una interpretación con base en las causas a originar la migración, puesto que, la trascendentalidad del hecho, por razones humanitarias, ingresa dentro de las esferas de la universalidad patemizada y su consecuente entrelazamiento referencial para hacerla cada

¹⁵ Testimonio del migrante venezolano Daniel González, publicado el 8 de marzo, 2023, por el periódico digital *Última Hora* (<https://www.diarioultimahoradigital.com.ve/>).

vez más amplia y diversificante, debido a sus desplazamientos colaterales, patentizados en esta declaración: “Vine a buscar un mejor futuro para mis hijos y ahora resulta que no tengo piernas, todos mis sueños se han roto, se han ido”¹⁶.

La tragedia particular de un migrante, pasa a ser referente de una muy particular ciudadanía a establecerse por medio de la semiosis generada en este tipo de planos enunciativos, contruidos sobre una base patémica a servir de enganche solidario, propiciante de figuraciones empáticas que estructuran un colectivo que rebasa las limitaciones geográficas, de credo, condición social, o de cualquier otra índole, para proponer una ciudadanía circunstancial: *la ciudadanía migrante* y, desde allí, formalizar un espacio simbólico de reconocimiento del sujeto en sí mismo y en el otro.

Estas y otras circunstancias llevan al migrante a asumir estrategias de enmascaramiento de los rasgos identitarios para colonizar paulatinamente esos espacios. Simultáneamente, opera un proceso similar con él al constituirse una mestización de las referencialidades al articular nuevas formas de expresión colectivas e individuales, ambas en un binomio indisoluble. En esta alternativa pareciera buscarse un punto neutro que permita la coalición de idiosincrasias, costumbres, intereses, en este caso, representadas por una ciudadanía migrante a modo de convivencia o consolidación significativa, tanto en los espacios originarios como en los de

¹⁶ Gabriel Gallardo, migrante venezolano, en declaraciones a Telemundo (Video: @TelemundoNews, pic. Twitter.com/XbzGeBaEA).

acogida. Esta ciudadanía migrante es de especial importancia a la hora de asumir interpretaciones en función de la sensibilidad y la búsqueda de lo emotivo-trascendente a manera de reconocimiento en un espacio semiótico determinado.

Lo anterior adquiere una evidente consolidación simbólica luego de la asimilación del migrante por parte de un lugar de acogida¹⁷, pues nunca pertenecerá de manera natural a ese sitio, ni tampoco dejará de estar anclado a los mundos primordiales originarios, aunque en algún momento llegase a renegar de ellos, tal cual se puede observar hoy en las redes sociales con un grupo de migrantes venezolanos, hasta el extremo de autodenominarse *exvenezolanos*, en un sentido más de resentimiento que de fortaleza argumental, pero sirve para ilustrar esta denominada *ciudadanía migrante*. Aún más, apelar al carácter sociohistórico venezolano, con la denominación de ‘musiú/musiúa’ para designar al extranjero bajo la notación afectiva, pero también, con incidencia en una ciudadanía migrante.

Para anclar argumentativamente este aspecto de la mestización o ciudadanía migrante, es menester señalar la inversión de la pirámide migratoria con respecto a Venezuela, hoy país generador de migrantes, ayer, lugar de acogida de una gran cantidad de personas que huían de la violencia, la persecución política e ideológica. Estos factores han sido

¹⁷ En Chile, ocurre una situación particularmente interesante con respecto a la asimilación del migrante venezolano a través de las solicitudes de nacionalización. Según estadísticas reveladas por el Servicio Nacional de Migraciones (Sernmig), el año 2022 marca un récord en el número de solicitudes de este tipo, encabezadas por venezolanos (Mardú Marrón. *Elpitazo.net*. 24 mayo 2023). Adquirir la nacionalidad en el país austral revela entre otras variables, el deseo de establecerse por tiempo prolongado en esa nación o adquirir uno de los pasaportes más reputados del mundo que sirva de umbral para ingresar a otros países.

tradicionalmente materia de estudios sociológicos¹⁸, pero con el auge de la construcción de lógicas de sentido mediante las dimensiones afectivo-subjetivas, los universos simbólicos han variado, alejándose del impacto inicial y la novedad que este continente despierta bajo las ensoñaciones del ‘realismo mágico’: la gran herencia de la ‘invención de América’.

Con esta transmigración de tiempos históricos hemos ido de la invención de América a su internacionalización, más allá de las manifestaciones artísticas o exilios políticos tan frecuentes por las alarmantes circunstancialidades sociohistóricas cernidas sobre este continente. Ahora se trata de encontrar las oportunidades negadas por los países de origen quienes, en vez de encarar la situación de una manera efectiva y responsable, demonizan el proceso migratorio hasta convertirlo en una vacua estrategia política. Un botín a repartirse en torno a las ayudas humanitarias internacionales que al politizarse rozan los escenarios de la corrupción, degeneran el tema en posiciones ideológico-partidistas, acentúan el carácter periférico del migrante frente a los centros hegemónicos del poder. De cualquier modo, justifican la dinámica cultural de la exclusión, la cual es posible conjurar mediante gramáticas de la afectividad contenidas

¹⁸ En este sentido es menester acotar que, a partir del punto de vista simbólico, una intención investigativa desde la Ontosemiótica es realmente enriquecedora, puesto que esta perspectiva metodológica, centra su atención en el sujeto y su relación con los discursos y el contexto. Involucrado este sujeto como unidad patémica en la relación intra e intersubjetiva, construye referencialidades de sentido y significación a través de la afectividad-subjetividad. En tal caso y, con referencia a Latinoamérica, la nostalgia es isotopía a concatenar diversos espacios de significación soportados en la dialéctica existencial, un creativo puente para el entrelazamiento entre espacios simbólicos a través de la memoria y las refiguraciones de acontecimientos, mediante el recuerdo y la construcción de nuevas lógicas de sentido.

en la dimensión sensible de los intervinientes en el proceso migratorio, hasta su consolidación en la universalidad patemizada a configurar un cambiante universo simbólico.

De por sí, la tensión/distensión entre los centros discursivos del poder y el migrante como elemento periférico, va a extenderse en un antagonismo complementario representado por la mestización del lugar de origen y el lugar de acogida, para de esta manera permitir la inserción de imaginarios particulares en los contextos sociohistóricos hospedantes. Además de ser una reafirmación de la mixturización cultural e inclusión de la memoria a modo de vinculante de los *ahora* enunciativos y las perspectivas de pasado y futuro, a manera de universos simbólicos colindantes en la acción migrante más allá de la movilidad físico-geográfica, e indudablemente, abrir la posibilidad de configurar argumentabilidades metafóricas del sujeto hacia el sujeto mismo y sus mundos de significación. Sugerido este procedimiento enunciativo a modo de viaje hipertélico¹⁹ para hacer más sentidos sus niveles de representación.

¹⁹ Dentro de las connotaciones de viaje hipertélico, tomo en cuenta las consideraciones del escritor cubano José Lezama Lima y sus teorizaciones sobre la poesía a manera de *imágenes posibles*, o el “desdoblamiento del cuerpo en la interposición de la imagen [...] Pero tanto el nacimiento de ese *ser* dentro del cuerpo como sus vicisitudes, o en ocasiones su oscuro desenvolvimiento, sólo puede ser testificado por la imagen” (Lezama, 1981, p. 219). En este sentido, viaje hipertélico redundaría en la trascendencia de la imagen en correspondencia con la diversificación del cuerpo sensible, expresado a través de los discursos detentadores de la subjetividad trascendente y trascendida.

MIGRACIONES, TRÁNSITOS SIMBÓLICOS Y CIUDADANÍAS EMERGENTES

Con la transversalización de las tres variables asumidas en el título de este aparte, intento analizar el complejo proceso de significación/resignificación que implican las migraciones en todos los sentidos y niveles de: movilidad física, enunciativos, de enmascaramiento, hasta llegar a sus figuraciones dentro de las realidades trasplantadas o escenarios de hibridación compleja y sincrética, donde las convergencias se logran a través de antagonismos complementarios²⁰. Tan es así que el solo hecho de la isotopía migración en su derivación accional: *migrar*, complejiza las prácticas discursivas al transmutarse por medio de materializaciones enunciativas que convocan lo simbólico para el enriquecimiento de los planos de la significación y el discernimiento de lógicas de sentido.

Por consiguiente, el acontecimiento migratorio devenido en práctica discursiva, genera diversos matices para una estructuración profundamente compleja que va desde el desplazamiento físico de un lugar a otro, hasta la construcción de referencialidades para articular simbólicamente los espacios originarios con los de destino. A ello, lo ubicaremos alrededor de la transitividad simbólica a ensancharse a cada

²⁰ En ontosemiótica los antagonismos complementarios están representados por la relación de dos términos en apariencia contradictorios pero que, en la dinámica significante, implican la funcionabilidad de la paradoja a modo de estructurante del sentido. En tal caso, el migrante venezolano en la dicotomía héroe/antihéroe.

momento por su capacidad de articulación discursiva, pues el tránsito se hace profundamente creador de alternativas de significación generadas por la función sincrética-enunciativa a proveer un sinfín de posibilidades articulatorias de sentido y enriquecimiento de la referencialidad sígnico-simbólica.

Sobre estos complejos estamentos, quien migra permanece de alguna manera en el espacio originario mediante una *retrospección enunciativa*, al involucrar procesos de referencialidad fundados en la evocación, nostalgia, e intentos por resarcirse en las referencialidades fundacionales a servir de antecedente para permanecer en los lugares de acogida, al crear prácticas discursivas que permiten el sostenimiento simbólico de los tránsitos migratorios por medio de las manifestaciones intra e intersubjetivas.

Al mismo tiempo, el que se queda migra por medio de una *progresión enunciativa* a los lugares recorridos por el migrante iniciador del periplo simbólico-enunciativo, al generar formas de acoplamiento entre el espacio de la ausencia y los escenarios de la distancia mediados por la incorporación de la resignificación simbólica en calidad de punto de encuentro para la constitución de realidades trasplantadas, tangibles e intangibles; físicas o figuradas por las dinámicas relaciones de configuración enunciativa para procurar los encuentros, que en apariencia niega la distancia, pero hacen posible los acercamientos patémico-simbólicos.

Bajo la consideración de realidades trasplantadas, surge la concepción de espacios identitarios o heterotopías²¹ (Foucault, 1999, 2010), quienes establecen sus propias singularidades en cuanto: poderes, fuerzas, ideas, regularidades, discontinuidades, para establecer locaciones espacio-temporales o escenarios enunciativos con sus propias lógicas orientadas hacia la concertación a partir de la construcción de imaginarios conciliadores de la dicotomía ausencia/presencia, en los cuales las fronteras logran borrarse por los desplazamientos referenciales hacia espacios signados por la atemporalidad representada por un ‘tiempo enunciativo’, a hacer posible la coincidencia-conciliación de las divergencias propias del proceso migratorio aspectado en sus figuraciones simbólico-patémicas.

De esta forma, los usualmente llamados espacios identitarios, no son más que lugares del reconocimiento propuestos por planos enunciativos basados en la superación de las demarcaciones físicas o las fragmentaciones intentadas por la movilidad del migrante, sujeta exclusivamente a su traslado a otro lugar diferente al de origen para buscar nuevas oportunidades de vida, o resultante de una acción orientada hacia la superación de necesidades materiales. De allí que, el migrar siempre va antecedido de una causalidad determinante que obliga a tomar la decisión

²¹ En tal sentido acudo a la definición de: “lugares que están fuera de todos los lugares, aunque sin embargo sean efectivamente localizables” (Foucault, 2010, p. 70). Pues la orientación ontosemiótica conduce al reconocimiento del sujeto a modo de espacio enunciativo que, a su vez, es reconocido a través de la figuración de una arquitectura sensible, e indudablemente cohabita con los imaginarios socioculturales para darles mayor fisonomía simbólica y funcionalidad enunciativa convergida en acción comunicativa.

de movilizarse, la gran mayoría de ellas conocidas y estudiadas desde otros ámbitos del conocimiento con base en circunstancias sociohistóricas, económicas, culturales, bélicas.

En consecuencia, migrar incide sobre el traspasar fronteras físico-geográficas, al mismo tiempo, homologa fronteras que los define en cuanto identidades, lógicas e imaginarios socioculturales para intentar llenar de contenidos los renovados espacios de significación a articularse paulatinamente con la movilidad inherente al acto de migrar. Por demás está destacar la configuración de estas fronteras a ser llamadas *simbólicas* al constituir realidades trasplantadas, donde los ejes temáticos y sus consiguientes bordes enunciativos²² se entrelazan para equiparar las alteridades, o en todo caso, hacer converger las diversidades.

Manejado a partir de estas consideraciones, el espacio pasa a convertirse en agente dinámico a posibilitar la participación enunciativa del sujeto fundado en su patemia, al desbordar los límites referenciales del discurso y producir procesos de subjetivación que contengan otros elementos provenientes del campo íntimo-experiencial, para asumir el espacio enunciativo en cuanto bitácora de viaje para inscribir las incidencias

²² Los bordes enunciativos representan las posibilidades y condiciones de subjetivación e intersubjetivación que producen la confluencia de los sujetos, en correspondencia con las referencialidades específicas de la enunciación en un momento determinado, quien en su dialéctica contendrá esos sujetos caracterizados por una serie de regulaciones propias de la migración como núcleo temático de la significación. Porque indudablemente, toda dialéctica enunciativa supone la instauración de mecanismos regulatorios en torno a los ejes significantes, sin que ello implique una coerción al momento de la interpretación, puesto que, las lógicas de sentido nunca dejarán de estar fundamentadas en gran medida por lo polifigurativo que, en el caso de las migraciones, es inherente al plano patémico del enunciante.

concurrentes de orden patémico en un mismo plano referencial, centrado en el sujeto enunciante-atribuyente bajo la consustanciación consigo mismo y el otro.

En tal sentido, los sujetos derivan formas para apropiarse de los espacios no solo tempo-espaciales, sino también los configurantes de una geografía simbólica, armonizada con la arquitectura sensible o desdoblamiento-proyección de ese sujeto hacia la exterioridad para aprehenderla alrededor de lo afectivo-subjetivo, al propiciar ese entrecruce de referencialidades, la aparición de construcciones imaginales que concilian las carencias/ausencias con la intervención de la figuración nostálgica de los tiempos y espacios resignificados por las realidades trasplantadas sobre la contigüidad simbólica.

Contigüidad simbólica para establecer crecientes paralelismos potenciadores de relaciones de significación y constitución de lógicas de sentido, apuntaladas gracias a fronteras maleables y figuraciones ontológicas conciliadas en heterotopías que van a propiciar la constitución de la geografía simbólica, o escenario imaginal de confluencia individual-colectiva para armonizar las discontinuidades provocadas por la acción migratoria y configurarla a partir de identidades narrativas preponderantemente simbólicas, al vencer cualquier limitación o potencial distanciamiento de los sujetos, la acción enunciativa y los contextos.

Al respecto, las variables confluidas en un mismo espacio enunciativo equivaldrán a ciudadanías emergentes e impelentes de significación, que basadas en el intercambio de roles actanciales, constituyen el *sujeto migrante* como unidad textualizada en medio de los discursos trasvasados por los diferentes planos conformados fundamentalmente por los sujetos enunciantes, los textos producidos y los contextos de producción enunciativa que permiten el intercambio e interacción de esos roles para la diversificación de la *semiosis del migrante*, o campo de interacción de la significación complejizada bajo ciertas reglas articulatorias de sentido.

Esas reglas articulatorias de sentido generarán a su vez, la complejidad simbólica que reasignará los espacios de pertenencia del sujeto migrante en su circulación entre espacios originarios y realidades trasplantadas, para de esta forma, establecer los planos diversificantes de la acción migratoria, ahora entendida ésta desde la perspectiva de la individuación, pues cada acción migratoria produce su semiosis específica, tan específica como el sujeto que la protagoniza, sin descartar las similitudes provenientes de las contextualidades y las figuraciones patémicas a ser homologadas alrededor de la manifestación del sentimiento universalizado por la ausencia o pérdida temporal del objeto amado/deseado, lo cual amplía enormemente la concepción de migrante, al hacerla consustancial al hombre en su más sentida vinculación patémica.

Huelga entonces recalcar la intención de inferir sobre los tránsitos simbólicos a modo de instrumentos o medios para proponer instancias argumentales de este complejo proceso a partir de la *semiosis migratoria*, mediante el reconocimiento de una movilidad referencial que construye locaciones enunciativas para redefinir el acontecimiento más allá de las sujeciones sociales, políticas, económicas, culturales; por qué no, reales, para acantonar en las geografías imaginales todas las posibilidades de reconstrucción de imaginarios conducentes al reencauzamiento de las dispersiones y discontinuidades producidas por el acto de migrar en sus tránsitos físicos o simbólicos, tránsitos reales o de papel, que por su profunda figuración simbólica metatextualizan todas las realidades en una unidad llamada *sujeto migrante*.

SUJETO MIGRANTE Y GEOGRAFÍAS IMAGINALES: LA DIVERSIDAD CONFLUYENTE

El hombre en su devenir siempre intenta crear espacios conciliatorios para lograr escenarios del reconocimiento que coadyuven en función de su posicionamiento como actante, sujeto a la natural relación de intra e intersubjetividad, desde donde tiene la posibilidad de resignificar acontecimientos, superar carencias, acortar distancias, construir realidades alternas a las experimentadas –el arte por ejemplo– para *permanecer* asido a espacios que le permitan reconocerse, ser reconocido y poder reconocer en el otro al sí mismo²³, en unidad signica-simbólica a proveer isotopías para inferir la producción de una dialéctica significativa de los procesos constituyentes de determinadas semiosis.

Bajo estas consideraciones, los sentidos de pertenencia conducen a diversificar las relaciones a constituirse mediante la movilidad referencial por un espacio enunciativo, que en el caso de las migraciones, gana profunda significación al ser abordado a partir de los tránsitos simbólicos y las ciudadanías emergentes, porque da la oportunidad de interactuar alrededor del sujeto inmerso en diferentes locaciones a ir enmarcándolo no

²³ Para la Ontosemiótica esta práctica del reconocimiento es de vital importancia por su insistencia en los planos enunciativos a modo de transversalización referencial, para lograr establecer los principios argumentales y proponer lógicas de sentido provenientes del cuadrante: sujeto enunciante, texto, contexto, sujeto enunciante, que al dialectizarse, constituye la unidad simbólica soportada por la figuración afectiva-subjetiva que pasa a ser centro generador de las semiosis profundamente patémicas.

solo a él, sino a la contingencia de los elementos intervinientes en la construcción del sujeto migrante; construcción garante de la convergencia/divergencia de diferentes planos para homologarse en medio de los sincretismos y tránsitos simbólicos.

Estas locaciones o espacios para la movilidad actancial, textual, contextual y simbólica, logran entrelazar realidades tangibles y representaciones imaginales para configurar escenarios de la representación que van más allá de la ubicación físico-geográfica, al designar otros espacios en los cuales es posible la conciliación de los antagonismos, por demás complementarios, pues de esa divergencia/convergencia surgen variadas y constantes relaciones de significación atributiva de los procesos de complejión simbólica o fisonomía/anatomía semiótica, que establecen alternativas argumentales a través de las metáforas del cuerpo asumido bajo la vinculación de centro enunciativo, del cual van a derivarse textualizaciones definitorias de diferentes campos del conocimiento.

Por consiguiente, a partir de la Ontosemiótica, puede referirse la *corpohistoria* a modo de analogía entre imagen y enunciado que toma como punto de partida la corporeización de los referentes para desde allí narrar el mundo, narrarse sujeto para alcanzar un posicionamiento dentro de la esfera individual-colectiva (Hernández, 2013). Que en las migraciones es de imprescindible consideración para apelar a la construcción de un cuerpo simbólico inherente a la movilidad referencial, a la concatenación de figuraciones que intentan dar estructuración simbólica a ese sujeto

migrante corporeizado en su integralidad enunciativa y, no solo como la individualidad que simplemente traspasa fronteras; por el contrario, unidad signica-simbólica para integrar los diversos factores intervinientes.

E implícitamente la corpohistoria representa una localía no solo geográfica sino afectivizada, pues a medida que circula en los espacios de la significación produce sentidos de pertenencia del y hacia el sujeto, quien va haciendo traslaciones afectivo-subjetivas para cargarla de rasgos significantes más allá de la lexicalidad o instrumentación discursiva por medio de las elementales normas de construcción retórica. Más bien, la legación sensible del sujeto enunciante-atribuyente hacia el objeto que permite la consolidación de los sentidos de pertenencia y hacen surgir las localías sensibles, por demás localías simbólicas arraigadas indistintamente en el plano consciente e inconsciente del enunciante.

La recurrencia de estas localías sensibles hace posible la configuración de *geografías imaginales* o puntos de centramiento del sujeto en espacios que conjuntan una realidad base o acontecimiento fundamental, que da el perfil originario a la realidad resignificada por el sujeto enunciante con base en su campo experiencial a modo de realidad primordial, y de allí, establecer los puentes intra e intersubjetivos con los otros, los contextos configurantes y las prácticas enunciativas como instrumentos por excelencia para mantenerse asido a una ‘realidad’ traspuesta por la movilidad referencial y los tránsitos simbólicos.

Indudablemente esta geografía imaginal crea genuinos espacios para el reconocimiento, al sustentarse mediante codificaciones producidas más allá del acontecimiento sucedido y, entronizarse en el acaecimiento que trae consigo la mutualidad posibilitadora de las relaciones intersubjetivas (Ricoeur, 2005), para fortalecer el reconocimiento del sujeto en los ya aludidos planos del sí-mismo y el otro, todos ellos configurantes, en este caso específico, del sujeto migrante, el mismo que concienciado por los sentidos de pertenencia puede recorrer los *ahora* narrativos mediados por la pluridimensionalidad temporal, en los cuales, la atemporalidad creadora reposiciona los espacios alternativos de la enunciación-significación.

Justamente esta reposición de la atemporalidad creadora, permite la fundación de identidades narrativas que en su conjunción van a constituir el sujeto migrante o Yo enunciativo, configurado a partir de la interacción del mundo íntimo, el privado y el público; dimensiones para ‘hospedar’ temporalmente a ese sujeto/yo en los planos enunciativos desde donde configura el mundo, su mundo, por medio de la movilidad referencial y sus relaciones de desplazamientos, sustituciones y agregaciones sígnico-simbólicas, a través de las cuales instaura las *realidades trasplantadas*, híbridas y productoras de materia significativa para hacer del sujeto: materia significada.

Tangencialmente, todo espacio enunciativo establece sus correlatos fundamentados en identidades narrativas para destacar el valor intrínseco del narrar/nombrar el mundo y configurarlo simbólicamente, atribuirlo en

circunstancialidades enunciativas o lugares de posicionamiento del sujeto con respecto a sí mismo y los otros; de esta forma *narrar* implica imaginar, e imaginar transversaliza lo objetivo y lo subjetivo en un mismo plano imaginal para establecer la mediación óptica del mundo representado en función de su interacción por las redes de significación, mediante la construcción de una portentosa cadena significativa que involucra tanto al espacio como al sujeto.

Particularizada esta red de significación en torno a la constitución del *sujeto migrante*, la ontosemiótica surge a modo de planteamiento teórico-metodológico para proponer el narrar dentro del tránsito simbólico reconfigurante de la memoria individual-comunitaria, soportada en el sujeto enunciante que construye el objeto enunciado plenamente consustanciado con su espacio sensibilizante. Propuesta que permite abordar las diversas semiosis de la migración mediante el reconvenir de lo óptico a través de su diversificación en ciudadanías emergentes o circunstancialidades enunciativas que implosionan los espacios de la significación.

Al respecto, conviene subrayar la identidad narrativa en su rol de confluencia simbólica, asumida a partir de lo intra e intersubjetivo para revelar los mecanismos de reconocimiento del sujeto consigo mismo y el otro, donde el otro representa la posibilidad de desdoblamiento/proyección para la resignificación mutua del acontecimiento, al reconstituir situaciones mediante la configuración imaginal e interrogar lo construido según una

atemporalidad enunciativa²⁴ o marco de los presentes narrativos, que basados en la evocación, posibilitan la movilidad referencial para posteriormente transversalizarse según el plano enunciativo asumido, bien sea en función de lo intra o intersubjetivo; lo íntimo, público o privado.

Ahora estamos frente a mundos narrados-significados con base en el sujeto enunciante que los caracteriza por medio de lo fundamentalmente patémico, pues todas las posibilidades del tránsito simbólico repercuten en la textualización del sujeto, quien puede leerse de diferentes maneras y procedimientos; en principio, un texto corporeizado y desdoblado en diversos cuerpos alternativos surgidos como isotopías individuales-culturales para permitir la resignificación de las lógicas de sentido. Al mismo tiempo, todos los espacios enunciativos se subjetivizan al incorporar subjetivemas²⁵ o lugares de la representación-significación de la geografía imaginal, mediante la capacidad de instaurar relaciones de significación sostenidas por la subjetivación y sus procesos simbólicos.

Es profundamente significativa la dialéctica de los procesos de subjetivación conforme a la transposición de planos enunciativos por parte del sujeto enunciante, al implicar la base de toda construcción signica-simbólica, en la cual, la subjetividad en su figuración trascendente se hace

²⁴ Atemporalidad enunciativa para intentar definir el momento justo que se produce el acto enunciativo y la conjunción de presente, pasado y futuro en una misma dimensión referencial.

²⁵ La noción de subjetivema va más allá de la condición literal para proponer una representación del espíritu transfigurado en sublimidad, manifestación de la trascendencia sensible a potenciarse en una circunstancialidad enunciativa.

momento de la experiencia compartida por los sujetos migrantes dentro de las geografías imaginales, quienes a su vez, construyen y legitiman sus normatizaciones en el tiempo y el espacio para procurarse la permanencia signica-simbólica. Circunstancia que hace imprescindible la presencia de los procesos de subjetivación en la textualización del acontecimiento a refundarse dentro de la dialéctica enunciativa.

En tal caso, las geografías imaginales incorporan su configuración simbólica desde el sujeto hacia el estado de las cosas que lo posicionan ante el mundo percibido, el que va a transformarse consecuentemente por la transversalización referencial, quien implica el develamiento de las dinámicas discursivas a transformarse constantemente según las relaciones sujeto/mundo y su diversificación en los planos enunciativos. Más aún, al asumir la identidad enunciativa, el sujeto migrante se hace texto que puede leerse de diferentes formas y sentidos, bajo el soporte de planos patémicos-volitivos-afectivos o confluencia de principios identitarios coadyuvantes de posibilidades de reconocimiento intra e intersubjetivo.

Todo ello conduce al reconocimiento del sujeto en la territorialización de la geografía imaginal, aquella que textualiza-subjetiviza la acción enunciativa a manera de entidad signica-simbólica para establecer cadenas metafóricas, espacios polifigurativos a través de los cuales operan los procesos identitarios, e indudablemente soportan la constitución cultural devenida en sus múltiples colateralidades a ser habitadas por el sujeto enunciante, convergido en esta oportunidad como sujeto migrante que

busca ‘hospedarse’ en realidades trasplantadas para materializarse enunciativamente, colonizar o ser colonizado por espacios emergentes, e indudablemente configurar ciudadanías emergentes, permanecer asido a las circunstancialidades enunciativas generadas por diversas y disímiles isotopías a resignificarse dentro de los procesos lógicos de subjetivación enunciativa.

En tal sentido, cabe insistir en la conjunción referencial a establecerse alrededor de la denominación de *sujeto migrante* y su enriquecimiento en unidad sígnica-simbólica a representarse con los diversos planos enunciativos a constituirse, o más bien, a partir de la transposición de dichos planos en la dinámica enunciativa. Pues en ningún momento la referencia apunta hacia la individualidad de quien deja un lugar para trasladarse a otro, sino que entroniza de igual forma a quien se queda físicamente, pero de forma simbólica se convierte en compañero de viaje del otro. Aún más, paralelamente a los espacios físico-geográficos, surgen las localías sensibles para fundar los escenarios de ubicación de ese sujeto migrante en su esencia simbólica.

Concebido el sujeto migrante bajo el paradigma ontosemiótico, surge el enunciante centrado en el mundo íntimo a diversificarse en los planos de lo privado y lo público, con sus develaciones o encubrimientos; con sus enmascaramientos –lingüísticos, simbólicos, actanciales²⁶– para ser

²⁶ Indudablemente el sujeto migrante debe enmascararse en repetidas oportunidades para ser aceptado en los espacios a los que llega, a ser asimilado en la contextualidad emergente que indudablemente contrasta con la originaria. Uno de esos enmascaramientos puede significarse por la asunción de modos de habla, no solo con

aceptado por la realidad hospedante que paulatinamente puede convertirse en espacio para la convergencia de las realidades trasplantadas, o por el contrario, en espacios agrestes donde la xenofobia juega un papel determinante, entre otras conocidas causas de discriminación y rechazo, particularmente estudiadas por otras ramas del saber, entre ellas, la sociológica.

Específicamente, en referencia a los detalles ontosemióticos, subyace la transitividad simbólica alrededor de las configuraciones patémicas para dejar ver las isotopías estructurantes de la movilidad referencial que alientan al sujeto migrante en su semiosis constitutiva de referencialidades y lógicas de sentido, entre las cuales, la *ausencia* representa una de la más sentidas configuraciones simbólicas a generar la resignificación y reasignación de roles enunciativos, a enriquecerse bajo la dinámica de las cargas simbólicas.

Entonces la ausencia irrumpe a manera de isotopía específicamente recurrente para la fundación de bases argumentales profundamente dialógicas, en cuanto generadoras de reinsertiones referenciales para que la dialéctica discursiva trasponga la simple acción comunicativa en derivación profundamente humana, de modo que, los sujetos adquieren posicionamiento enunciativo en el reconocerse a sí mismos y el otro como

agregaciones lexicales o modulaciones fónicas, sino llegando a sustituir los modos originarios. Mientras que, en otros aspectos de su vida, lo originario tienen mayores patrones de conservación, tal cual está representado por lo culinario, donde los arraigos están más sólidamente constituidos que, por formar parte del mundo íntimo del sujeto y la representación de la influencia comunitaria, permanecen con más fuerza y vigor.

recursos de apropiación de espacios que van de lo físico-geográfico a lo imaginal.

De esta forma los desplazamientos conducen a movilidades o tránsitos no solo físicos, sino también todos aquellos que he denominado *imaginales*, para significar su transitividad por los órdenes simbólicos a constituirse alrededor de la ausencia física y la reconstitución de ella a través de la evocación enunciativa de los *presentes* narrativos, que hagan converger los espacios distendidos entre la figuración del sentimiento y los propósitos de resarcimiento de la no-presencia física reafirmada simbólicamente.

También pueden denominarse *tránsitos de papel* para metafóricamente anunciar su potencialidad contenida en la espiritualidad devenida en estética espontánea e implosiva, a ser plasmada por diferentes medios y procedimientos al buscar la reafirmación de la presencia evocada como ciudadanía emergente y la generación de acciones de movilidad hacia puntos de encuentro no-físicos; meramente simbólicos, representados en las semiosis del *sentimiento peregrino* circulante por los laberintos de la ausencia para hacer brotar desde la cotidianidad, un sinfín de expresiones figurativas de la aprehensión de la ausencia a través de lo inaprehensible; no obstante, originar perfiles de sostenimiento enunciativo.

Al respecto, es imprescindible puntualizar que no se trata de simples tropos retóricos, pues las circunstancialidades enunciativas junto a las voliciones patémicas, hacen brotar de los enunciantes esas formas discursivas de resarcimiento de la ausencia a ser reestablecida por la acción

emotivo-comunicativa. Efecto a potenciarse hoy día con los recursos tecnológicos, redes sociales y tantos otros medios de conexión que permiten la interacción en tiempo real, envío de videos o imágenes para hacer más proactiva e interactuante la comunicación; convertir la presencia virtual en cercanía para reconocerse y ser reconocido en las geografías imaginales sostenidas en un presente narrativo transversalizado por la tecnología, el lugar para pensar desde el sentir o la subjetividad emancipadora.

Asimismo, permite las tertulias virtuales –videollamadas–, donde los cuerpos contenidos en su virtualidad vuelven a habitar los espacios originarios, o pueden resumir en un emoticón la fuerza del sentimiento y la instantaneidad enunciativa. He allí la alegorización en cuanto *tránsitos de papel*, al metaforizar papel, el cartabón para inscribir la cotidianidad, las sensibilidades y las patemias caracterizadas por la reinscripción de la presencia dentro de los espacios enunciativos, y con ellos, la vida misma para la constitución del sujeto migrante más allá de quien migra o quien se queda, sino por la integración de ambos y sus contextualidades –originarias o foráneas– para rearticularse en unidad sígnica-simbólica que renueva en todos sus sentidos y contenidos las relaciones de significación.

Todo ello trasvasado por la diversidad confluyente que hace de los espacios enunciativos las locaciones sensibles-sensibilizantes por excelencia, para semiotizar los tránsitos simbólicos del sujeto migrante de una manera profundamente compleja y productiva, al rearticular la semiosis fundamentalmente patémica en puntos de convergencia

alternativos a la realidad circundante, e indudablemente, al acontecimiento migratorio a modo de experiencia desgarradora para quienes se ven envueltos en ella; particularidades que los hacen enunciantes de excepción al desarrollar todo un complejo proceso simbólico no sujeto a convencionalidades racionalistas, sino a lógicas subjetivadas que a cada momento potencian la referencialidad por medio del sentimiento descarnado.

Dentro del abanico de posibilidades ontosemióticas, la construcción del sujeto migrante ingresa a los planos de una semiosis íntima a profundizarse en el *inconsciente colectivo*, para posteriormente arraigarse fuera de las simples localidades físico-geográficas o contextos sociales, políticos, económicos, culturales o religiosos. Universalizarse en alas del sentimiento que erige fusiones patemizadas en los procesos de subjetivación propios y necesarios para la constitución de los perfiles enunciativos: *fundar una ciudadanía emergente que va a semiotizarse bajo la dinámica de la dialéctica simbólica enunciativa*. Teniendo muy en cuenta que esta semiotización ya implica la permanencia de lo afectivo como instrumento de redimensión de las redes de significación y transversalizaciones referenciales, tan características en las manifestaciones patémicas, de irrupción constante para representar al sujeto pluralizado por las relaciones intra e intersubjetivas.

Ciertamente el sujeto migrante es sujeto pluralizado por intermediación de la textualización de diversas esferas o planos confluentes

en la diversidad enunciativa, que a su vez, instituye la subjetivación referencial a manera de vínculo a través del cual se borran las diferencias sociales, étnicas, religiosas o, los motivos que originan el proceso migratorio, para centrarse en la fusión simbólica a ser consustancial desde el punto de vista patémico-actancial, el del sujeto pluralizado-textualizado por circunstancias que, traducidas a una geografía imaginal, cimienta lugares para el encuentro y entendimiento a partir de las causalidades de una semiosis íntima e inherente al tránsito existencial del sujeto enunciante.

Con este tránsito existencial surge entonces la concepción figurada o figurativa de la semiosis migratoria al convertirse en esencia de la acción humana, cohabitante natural para quien sin desplazarse físicamente está sometido a una constante migración entre espacios íntimos, privados o públicos; acontecimientos reales o de figuración simbólica, pero todos articulados por la conciencia patemizada del sujeto y su movilidad por los espacios enunciativos, quienes permiten ser conscientes de la materialización de esos tránsitos.

Bajo esta correspondencia enunciativa surgen las mixturas simbólicas a enriquecer las geografías imaginales y, posibilitar la transversalización referencial en los entrecruces sígnico-simbólicos de las realidades trasplantadas, a efecto de convenir significaciones alrededor de presentes narrativos a universalizarse con la inscripción de la patemia transfigurada en subjetividad trascendente que permite la adscripción del sujeto migrante a realidades trasplantadas, desde donde surgen las

ciudadanías emergentes para diversificación-consolidación del sujeto migrante en la pluralidad textual corporeizada por los discursos de la metaforización-subjetivación.

Discursos que permiten la adscripción de la atemporalidad enunciativa dentro de un recipiendario donde converge el presente narrativo, con el pasado fundante y la consiguiente proyección futura, en planos utópicos para acompañar esa semiosis íntima del sujeto migrante como fuerza impulsora de las redes de significación y proposición de lógicas de sentido. Esa conjunción enunciativa alberga la utopía fundante que propicia la concienciación del sujeto migrante sobre su razón simbólica y su relación con la humanidad; la humanidad en constante migración para conjuntarse más allá de toda instancia física y redimensionarse en las semiosis del sujeto, la cual, al asumir el rol de espacio significante hace brotar los principios fundamentales para la interpretación-argumentación del sujeto concienciado en su migración potenciada por la trascendencia subjetiva.

La aludida operacionalidad enunciativa implica la consustanciación entre el sujeto trascendido y el objeto de la trascendencia, que en este caso, es él mismo convenido a manera de sujeto migrante, forjador de ciudadanías emergentes a modo de posibilidad para el intercambio, interacción o construcción simbólica de las tributaciones enunciativas a incorporar en un mismo espacio de la significación, correlatos de diverso orden: real, actancial, patémico y figurativo, al articular referencialidades de origen

sincrético pero de destino confluyente en la constitución de las semiosis del sujeto migrante.

Por demás, las tributaciones enunciativas enmarcadas en el ámbito de la Ontosemiótica, se consideran tributaciones simbólicas dobles o bidireccionales, porque permiten a las relaciones de intersubjetividad retribuir las referencialidades en torno a los sujetos envueltos por procesos de subjetivación que permiten la trasposición de los planos actanciales a partir de la figuración patémica. Figuración que indudablemente acendra los mecanismos identitarios y sentidos de pertenencia de los intervinientes en el proceso enunciativo y los acontecimientos, tanto en su producción como al ocurrir la refiguración simbólica. Para reafirmarse de esta forma la textualización del sujeto y la subjetivación del texto mediante la configuración de agentes productores de significación que, referidos específicamente a la constitución del sujeto migrante, adquieren potenciales bases argumentales.

REALIDADES TRASPLANTADAS: LOS LUGARES DE LAS CIUDADANÍAS EMERGENTES

Con la definida concepción de una *semiosis del sujeto migrante* transversalizada por tres ejes fundamentales a saber: actancial, accional y contextual, reconocemos la textualización/subjetivación de los enunciantes en función del objeto enunciado o, de la enunciación a modo de espacio simbólico, para de esta manera enfocar la acción humana hacia la dinámica de una acción comunicativa impregnada por la subjetividad trascendente, al hacerse ésta, la isotopía concatenante de diversas referencialidades presentes en la mencionada textualización del sujeto mediante la divergencia homologada por las particularidades patémicas, que al interactuar dentro de la semiosis del migrante, asumen la potestad argumentativa de constituir centros significantes a transfigurarse en universalidad patemizada.

En el entendido que estos centros de la significación parten de localías sensibles específicas, para posteriormente asimilarse a espacios que permiten la hibridación referencial, la cohabitación de los mismos e instauración de individuaciones de los sujetos a partir de la correlación de isotopías afectivo-subjetivas o subjetivemas, posibilitan su interacción con otros espacios –económico social, cultural, político, religioso– de la materia

significante generada por los intercambios simbólicos connaturales a estos procesos. Razón por la cual, siempre me he referido a la hibridez enunciativa en todos los sentidos y aspectos, a modo de escenario confluyente de referencialidades; hibridez consuetudinaria con la dinámica de la acción humana/comunicativa que hace comprender la importancia de los sincretismos/antagonismos dentro de la dialéctica enunciativa y la construcción de sentido.

Como toda semiosis, la del migrante, regenta una configuración muy productiva de todos los elementos que por dinámica propia, confluyen en su seno para complementarse en torno a la *subjetividad textualizada*, en este caso, a través de la profundización patémica del acontecimiento revelado enunciativamente. Particularidad que otorga al acontecimiento probabilidades para ser convertido en lógica de sentido donde el eje actancial pasa a ser el centro de la referencialidad, al posibilitar el ingreso de lo simbólico/figurado con todos sus enriquecimientos discursivos-metafóricos.

Esto es, la aparición de configuraciones híbridas para textualizar el sujeto migrante más allá de las circunstancialidades físico-geográficas, en las cuales la hibridación o mixturización referencial juega un rol determinante en el natural antagonismo entre quien migra, la realidad que lo hospeda y, las connotaciones del proceso colonizado/colonizador, como formas de apropiación de territorialidades para situarse y permanecer asido a las certezas y posicionalidades reales-afectivas. Porque el proceso

migratorio lleva implícita esa dinámica de quien intenta colonizar la realidad que lo hospeda, al mismo tiempo, ella impone sus reglas y normatizaciones para el surgimiento de realidades híbridas, mixturadas o trasplantadas a partir de la interacción colonizado/colonizador con sus diversas variaciones, proporciones y manifestaciones sígnico-simbólicas.

Indudablemente, los niveles de resistencia para que las realidades hospedantes sean colonizadas por intervención social, política, económica, cultural, religiosa, son mayores y requieren de tiempos prolongados de interacción para la generación de la mixturización sígnica-simbólica. A tales efectos la masificación juega un papel importante con la concentración de significativos números de población extranjera en un lugar no-originario; motivo por el cual crean localías sensibles-representativas de los espacios originarios que paulatinamente trasplantan realidades a cohabitar bajo el enriquecimiento simbólico.

Quizá con la semiosis del migrante soportada por las dinámicas afectivo-subjetivas, las coaliciones de significación son más inmediatas porque la patemización de los referentes, convalidación identitaria y de pertenencia, inciden de forma determinante sobre el eje actancial devenido en acción que no solo influye en una realidad tangible, sino también y, de forma determinante, mixtura lo figurado e inaprehensible para establecer cohabitaciones afectivo-subjetivas que vencen los tradicionales obstáculos de las diferencias sociales, raciales, religiosas, o de cualquier índole a requerir mayor tiempo para su acoplamiento sígnico-simbólico.

De esta manera, a nivel de los ejes contextuales, pasan a construirse realidades trasplantadas-diversificadas bajo la significación afectivo-subjetiva a articular diversas potencialidades intrasubjetivas dentro de los espacios de la significación, por medio de la subjetividad en su figuración trascendente o de concienciación del sujeto sobre su mismicidad proyectada en el otro. En consecuencia, surgen elementos de imprescindible interacción representados por la memoria, la evocación y la nostalgia a modo de tributaciones simbólicas pluridimensionales que permiten resignificar los procesos acontecidos mediante la acción humana-comunicativa, configurada en localía universalizada por el sentimiento, contextualizadas por los procesos de subjetivación a convertirse en acción enunciativa o eje accional para resignificar los tránsitos simbólicos desde la patemia.

Con base en estas adjudicaciones argumentales, la movilidad física²⁷ pasa a convertirse en elemento generador de toda la cadencia sígnica-simbólica, a transversalizarse a través de las exigencias afectivo-subjetivas generadas por el desplazamiento materializado en la ausencia como detonador de significaciones soportadas por lo intra e intersubjetivo, para la textualización espacio-temporal del sujeto migrante a través de la atemporalidad concedida por los procesos de recordación, la memoria, evocación y nostalgia. Pues esta última tributación simbólica posee el don

²⁷ Al hacer una transversalización referencial de la noción de héroe hacia el sujeto migrante, encontramos ciertas similitudes al emprender la aventura reivindicativa para él y los suyos, constituirse en el centro de las redes de significación potenciadas por un constructo ético-moral inherente a los más elevados propósitos del humano-ser. Al mismo tiempo, las condiciones de transitividad lo hacen ingresar a espacios de la cotidianidad o escenario para el surgimiento de las pruebas tendientes a configurarlo mediante el logro de lo pretendido, con las lógicas y consecuentes alteraciones, sustituciones o agregaciones a los principios motivantes del desplazamiento.

de producir goce al resignificar lo acontecido por medio del placer de recordar como asunción de la ciudadanía emergente o, alternativa enunciativa a los espacios habitados de manera física o figurada, o más bien, trasplantados intra e intersubjetivamente para conciliación de sujetos, acontecimientos y contextos.

Entonces la acepción de ciudadanía adquiere características de hecho trascendente para diversificarse de lo íntimo hacia lo público, al romper con los esquemas de lo estrictamente jurídico-normativo, pues podemos referir la ciudadanía patémica-íntima a modo de estructurante básico de la semiosis del sujeto migrante que va a transversalizarse para constituir dimensiones integrales de significación-representación. Atribuidas todas ellas a la armonización de intereses y canalización de pasiones del sujeto migrante, bajo el agravante de la condición/convicción humana y su instrumentación transfigurante de realidades, acontecimientos o experiencias en geografías imaginales, y allí, territorializar-textualizar la sensibilidad en su vínculo equitativo con los espacios enunciativos.

Por consiguiente, asumo una semiosis patémica a producirse en paralelo a otras semiosis constituyentes de la macrosemiosis sociohistórica, para apelar a la ciudadanía centrada en el acaecimiento del sujeto migrante en tanto generador de significación sostenida por procesos de subjetivación enunciativa, para de esta forma prolongar su estancia espacio-temporal al habitar los espacios a través de los intentos de aprehender la realidad por vinculaciones afectivo-subjetivas, donde el acaecimiento prefigura las

referencialidades asumidas a manera de fuerza sensible que forja ideales de ciudadanía o pertenencia real y concreta entre los ámbitos originarios y los hospedantes, para resarcir gracias a la dialéctica enunciativa, las metáforas de la sensibilidad y la potencialidad creadora de las necesidades subjetivas.

Surge entonces la *ciudadanía óptica* que forja sus centros enunciativos en el sujeto trascendido por la esencia profundamente humana a develarse en sus mundos íntimos, convergidos por procesos de subjetivación surgidos en el forjamiento de realidades trasplantadas que territorializan la sensibilidad, mediante la concienciación del sujeto migrante en torno a la condición de privilegio signico-simbólico que lo acompaña en su tránsito hacia la concurrencia referencial, a modo de cartabón para convocar la historia de forma diferente a las convencionalidades conmemorativas.

Por todo ello, el sujeto migrante pasa a ser una instancia en constante construcción por medio de los procesos de subjetivación que fundan las ciudadanías emergentes para conciliar mediante la confluencia de imposibilidades, ausencias, carencias; alegrías, logros y satisfacciones, todos los sincretismos y hacerlos antagonismos complementarios o conciliadores del sujeto migrante concienciado en sí mismo y el otro, por la complementariedad signica-simbólica devenida en posibilidades para la manifestación de lo identitario y la construcción de los sentidos de pertenencia.

Ahora bien, si en párrafos anteriores aduje la ausencia a modo de isotopía desencadenante de la acción humano-comunicativa del sujeto migrante, ahora debo incorporar el amor como eticidad patemizada que produce lazos de permanencia dentro de esa geografía imaginal y, recurso imprescindible para el correlato ontosemiótico a establecerse con esta propuesta argumental. De esta forma el amor asumido en su eticidad vinculante, instaura diversos desdoblamientos enunciativos que indudablemente van a confluir alrededor del sujeto migrante y la constante construcción de éste a modo de materia significante.

Así el amor desde lo intangible pasa a formar un espacio para habitar en la corresponsabilidad del otro pluralizado consecuentemente en los planos: íntimos, privados y públicos; pero siempre representados por las alianzas que van a formar las consanguinidades simbólico-actanciales, para hacer permanecer la semiosis del sujeto migrante asida a la afectividad-subjetividad, o valor ético de correspondencia no sólo sociohistórica, sino envuelto por los procesos de subjetivación que lo hacen más sentido y cercano a la naturaleza misma de los *humanos-seres* que nunca podrán desprenderse de esa figuración sígnica-simbólica, pues el mismo acto enunciativo demarca por naturaleza propia, la presencia del subjetivema dentro de sus estructuras elementales.

El amor en su rol de subjetivema salva las diferencias y homologa los sincretismos del sujeto migrante con respecto al otro y, del otro en correspondencia al sujeto migrante, prolongado por todas las instancias

sígnico-simbólicas de la materia significada en función de diversos planos enunciativos que vencen cualquier posibilidad egocéntrica, para develar ese sujeto migrante dentro de las confluencias del amor de: madre, esposa, hijo, amigo, vecino, o simplemente Ser, que por afinidad de experiencias pasa a formar parte de los espacios afectivo-subjetivos a través de actos de solidaridad.²⁸

Bajo esta prerrogativa, queda abierta la posibilidad de establecer la figuración de una semiosis del amor alrededor del sujeto migrante, con todas sus derivaciones e interpretaciones de la realidad soportadas por la cadencia simbólica de quien marcha optimista por el futuro, o de quien se queda esperanzado en el reencuentro. Acciones que muy difícilmente pueden ser contabilizadas o procesadas estadísticamente como el número de migrantes o los principales países de acogida; en muchos de los casos van a diluirse con las circunstancias enunciativas para formar parte de una crónica nunca concluida, la *crónica patemizada* e íntima a estructurar el inventario nostálgico de los seres que han trascendido la simple condición sensible para habitar la subjetividad trascendente.

²⁸ Por la actual experiencia en Venezuela y el masivo flujo migratorio, resulta notoria la solidaridad-confraternidad establecida por el solo hecho de haber vivido o vivir la experiencia del proceso migratorio, recrudescido de forma drástica en los últimos tiempos, donde podemos afirmar con toda certeza, que nos hemos convertido en un país migrante, *país portátil*, diseminado por el mundo por la trasplatación de realidades y conformación de geografías imaginales para coincidir a partir de los procesos subjetivantes a manera de ciudadanía nacional que paulatinamente se ha universalizado. Ya la migración se ha hecho un valor con profundas variantes éticas, de connotado índice para agrupar un gran número de personas –jóvenes en su mayoría– que han traspasado fronteras en busca de mejores situaciones de vida para ellos y los suyos.

Supuesta sobre estas dimensiones actanciales a modo de ejes contextuales, la acción del sujeto migrante está inscrita en la configuración de sentidos sostenidos por el establecimiento de *crónicas patemizadas* que transversalizan el acontecimiento, la patemia y la necesidad de resignificarse en los tránsitos simbólicos propios de esos espacios enunciativos. Una crónica hoy escrita de una forma muy diferente a la convencional, pues la reseña de lo acontecido está impregnada por la presencia del sujeto migrante, quien se convierte en su propia referencialidad para dar fe por medio del testimonio patemizado de su tránsito simbólico; actualmente registrado desde la instantaneidad del recurso tecnológico, privilegiado por la conversión de la imagen a manera de principal recurso para testimoniar bajo la conjunción de lo físico-geográfico, las locaciones subjetivadas o estructuras de referencia para sí mismo y el otro que converge en las geografías imaginales.

TRÁNSITOS SIMBÓLICOS Y CRÓNICAS DE LA MIGRACIÓN

Camino a rebordear la idea intentada en esta aproximación ontosemiótica del complejo proceso de construcción del sujeto configurado por la semiosis migratoria, es de imperiosa necesidad argumental, insistir en la tríada a establecerse entre: sujetos sensibles, textos sensibilizados y espacios sensibilizantes²⁹ para reiterar la transversalización del acontecimiento con la visión de los enunciantes estructurada según su figuración patémica. Figuración a hacer converger la universalidad del sentimiento en diversos espacios enunciativos, que lógicamente van a ser fácilmente traducibles por ese legitimante universal del Ser encarnado en función de la subjetividad trascendente.

Aún más, el surgimiento de otras transversalizaciones representadas por el axioma patémico del sujeto migrante, van a hacer mucho más legible la traducibilidad inherente a la macrosemiosis existencial como entronización referencial dentro de la inevitable construcción de la crónica patemizada, alrededor de la cual, van a girar una serie de elementos testimoniantes de la semiosis migratoria. Hecho de singular importancia

²⁹ Espacios sensibilizantes que no sólo estarán supeditados a la materialidad geográfica, sino a todos aquellos que impliquen una apelación patémica al sujeto incorporándolo a un espacio enunciativo determinado. De esta forma la idea de *locaciones sensibles* cobra solidez argumentativa para convertirse en escenario por excelencia para la manifestación de lo afectivo-subjetivo.

para esta propuesta, al evidenciar la materialización del sujeto migrante convergido en formas simbolizantes que sirven de base enunciativa para las diversas relaciones de significación a establecerse con base en la dinámica argumental.

Evidentemente, esta crónica *patemizada* debe ser comprendida en su arraigo afectivo-subjetivo y la creación de la corporalidad no-inmanente para asumir el cuerpo simbólico-textualizado en los diferentes medios de vinculación del sujeto migrante. Ese cuerpo representado por los planos enunciativos forjados por el deseo y la necesidad subjetiva de resarcir ausencias y, volver a habitar espacios donde las distancias son superadas por la atemporalidad convergente de las diferencias, divergencias u obstáculos impuestos por las causalidades reales.

De esta forma la crónica de la migración pasa a formar parte de espacios posibles para entrelazar acontecimiento, narración e imaginación, en cuanto posibilidades de reconocimiento de los sujetos interactuantes, quienes resignifican y redimensionan en el acto mismo del narrar-reconocerse, todas las circunstancialidades intervinientes dentro de los procesos productores de significación. Por lo que surge una nueva forma de 'hacer' crónica, pues el sujeto patemizado pasa a ser el centro de la argumentación, para de esta manera, asimilar las derivaciones simbólicas hacia otros sujetos sostenidos por una empatía dimensionada en las figuraciones afectivo-subjetivas.

Por otra parte, las crónicas de la migración representan el reconocimiento de la presencia, al destacar la significación de ésta en los estamentos afectivos-subjetivos, pues allí las presencias son instancias patemizadas y no simples correlatos de estados cognitivos. Así la ausencia va a representar la presencia envuelta en una constelación de significación subjetivo-trascendente, determinada básicamente por el síndrome de los espacios vacíos, reveladores de la ausencia/presencia de quien no está físicamente, pero al mismo tiempo, permanece encarnado por la confluencia del cuerpo simbólico y la construcción de una arquitectura sensible.

Lo anterior posibilita el desdoblamiento del sujeto mediante la virtualidad soportada por los principios evocativo-nostálgicos que hacen posible la consiguiente refiguración de ese sujeto mediado por sus espacios cotidianos, esos espacios recurrentes en su transfiguración de objetos sensibilizados, quienes han recibido por transferencia o legación sensible, la esencia del sujeto para amalgamarse en una relación dual que llega a sostener significaciones como el nombre de la persona, el cual se complementa simbólicamente a medida que circula en un escenario enunciativo conformado por diversas aristas significantes, al establecer principios para la aprehensión de un sujeto determinado por medio de la atribución referencial sustentada en el compartir y las experiencias.

De la anterior propuesta es necesario rescatar algunas conceptualizaciones para señalar la intrínseca relación de las crónicas de la migración con la virtualidad, no solo representada en los actuales momentos

por la tecnología, sino por la naturaleza patémica del discurso metafórico que aporta toda su fuerza emotiva para intentar aprehender lo inconmensurable del sentimiento desgarrado por la semiosis migratoria. Estando esa fuerza emotiva representada por el mundo que mantiene al sujeto anclado a su reconocimiento más íntimo ypreciado, e indudablemente constituye la base articulante de toda relación enunciativa-simbólica para reconocerse a sí mismo y al otro.

Sobre la base y recorrido de este reconocimiento por los mundos primordiales y tiempos presentes, el sujeto enunciante posibilita la legación sensible como manera de consustanciarse con los objetos que forman parte de su vida e indistintamente lo marcan, al mismo tiempo, ellos van siendo el reflejo actancial de su detentador, conformándose el reflejo identificatorio entre sujeto/objeto mediante su conversión simbólica. De allí el surgimiento del mencionado síndrome de los espacios en apariencia ‘vacíos’ y constituidos complementariamente a partir de lo simbólico; operacionalidad que permite conciliar carencias para convocar lo figurado en el placer de evocar.

Ahora bien, rearticulada la idea de la conversión virtual del sujeto ausente a través de la hipertextualización metafórica, es menester adicionar el giro de esta virtualidad en tiempos presentes con el apoyo de los medios tecnológicos, al permitir la coincidencia del sujeto migrante y los suyos en un espacio constituyente, vinculado por el retorno en tiempo real a los

espacios originarios con la convalidación de las temporalidades y las localías sensibles mediante la aparición remedial de la instantaneidad, que hace conciliar las necesidades subjetivas devenidas de la semiosis migratoria.

Aún más, cuando esas ocasiones del reencuentro virtual están signadas por la celebración de fiestas o acontecimientos –cumpleaños, decesos, navidad, fin de año– cruciales para los intervinientes en el proceso de resignificación-reapropiación de los espacios distantes y hacerlos convergir en los escenarios de la cotidianidad. Escenarios por excelencia patemizados que abren un paréntesis dentro del decurso cronológico para detenerse en el instante generado por la dialéctica de la duración, entendida ésta desde el punto de vista de Gastón Bachelard al indicar que: “los fenómenos de la duración están contruidos por ritmos, en lugar de estar los ritmos necesariamente fundados sobre una base temporal bien uniforme y regular [...] Para durar es necesario, por tanto, confiarse a sistemas de instantes” (1978, p. 13).

La sucesibilidad de instantes soporta la “dialéctica del sujeto en la duración” (Ídem, p. 10) u oportunidad para constituir la substancia en sus fuentes inagotables del espíritu más allá del aspecto temporal, siendo capaz el instante de vencer la acción del tiempo mediante la transversalización de ritmos con las posibilidades del retorno para ampliar el significado de la vida humana y conjurar todas las ausencias. Indudablemente estamos en presencia del devenir del sujeto correspondido en la convergencia de los

ritmos temporales que, a la suma, van a representar el fluir del sujeto en contacto consigo mismo y con el otro.

Aplicado al sujeto migrante a modo de constructor de crónicas de la migración, la sucesibilidad de los ritmos temporales tienen una importancia capital, porque con ellos van articulándose las figuras testimoniales para la fundamentación de la *Crónica imaginal-icónica*³⁰, en la cual la imagen³¹ es consustancial con los ritmos de la instantaneidad, en suma, representan la sucesibilidad del tiempo patemizado frente a la caducidad del tiempo mecánico. Porque todo pasa a constituirse en la objetualización de la evidencia que sistematiza el tiempo cronológico en la horizontalidad de un tiempo patemizado, desde donde, el espíritu es quien engendra la causalidad convertida en testimonio, el cual provee los insumos para la figuración de la crónica patemizada.

Asumido bajo las anteriores consideraciones, el sujeto migrante pasa a ser cronista de su propio destino, por cuanto el poder enunciativo provee las posibilidades de sumar las instantaneidades de los diversos recursos de recopilación para testimoniar esos tránsitos y presentar evidencias de su permanencia entre los espacios originarios y las realidades trasplantadas, al ser el *reportero de su propia crónica*, interactúa en función de geografías

³⁰ Insisto en lo imaginal como principio de creación y vínculos patémicos entre los sujetos a constituirse en las relaciones discursivas soportadas por la trascendencia más allá de la realidad base o aparente, para resignificarse en las figuraciones de ésta por medio de la transversalización entre pensamiento e imaginación con el fin de constituir universos de naturaleza sensible-imaginal.

³¹ Con los actuales dispositivos electrónicos la referencia sobre la imagen se amplifica en torno a la diversificación icónica de la instantaneidad, puesto que no implica solamente fotografías o videos, sino la textualización de las patemias a través de mensajes o emoticones; para de esta manera fomentar demarcaciones de su tránsito dual entre lo físico y lo simbólico.

imaginales. Circunstancias que hacen de las crónicas de la migración la horizontalización ontosemiótica de la historia hecha afectos, convergida en subjetividades trascendentes que dan cuenta de la conciencia cósmica a modo de interacción para superar lo simplemente histórico o específicamente temporal.

Así la conciencia cósmica intuye la incorporación de imaginarios patemizados, en el caso de la semiosis migratoria, afianzan la presencia-vivencia del sujeto arraigado al tránsito simbólico entre los espacios originarios y las realidades trasplantadas, para posibilitar la asunción del acontecimiento desde lo extradiscursivo y polifigurativo de la semiosis migratoria y sus reconfiguraciones en los intentos por habitarlas a través de territorios materializados por los retornos a los mundos primordiales, a la *neotelurización* de los espacios originarios para suscitar locaciones por siempre vivificadoras del espíritu.

Al asumir la neotelurización de las geografías imaginales, surge la base o asiento en un lugar que no es físico-geográfico, sino una especie de eterno retorno que permite la convivencia de los seres sin tiempos ni espacios, alegorizados por los hábitos nostálgicos de la reconversión signica-simbólica. Reconversión fundada por los principios metafóricos del discurso enunciativo que establece sentidos de pertenencia y ciudadanías emergentes para interpretar la historia patémica contenida en la crónica

existencial, en la cual, el acontecimiento es susceptible a los atributos de la fabulación para erigir renovadas formas de pertenencia y sostenimiento dentro de los tránsitos simbólicos devenidos de la semiosis del migrante.

Bajo esta articulación del acontecimiento y su resignificación fabulada, las historias generadas por los espacios enunciativos forman parte de la resignificación imaginal, donde fabular significa imaginar para involucrar al sujeto como ente de ensoñación que llega a resignificar lo acontecido en función de las relaciones intra e intersubjetivas. De esta manera surge la crónica patemizada o crónica del sujeto, que puntualmente referida a las crónicas de la migración, está constituida por la cotidianidad y consciencia de quien documenta patémicamente su tránsito por la semiosis migratoria a partir de la convergencia entre su Yo biográfico y los acontecimientos que lo involucran, bajo la representación de un *nosotros*.

Para que surja este Yo biográfico, el reportear su propia e intensa experiencia por medio de la sucesibilidad testimonial, es la acción enunciativa a manifestarse a lo largo del aludido tránsito simbólico de la afectividad-subjetividad, quien hace del sujeto migrante un reportero de sus aconteceres y acaeceres para sentar presencia en los espacios originarios, las realidades trasplantadas o las ciudadanías emergentes, que concurren a los espacios enunciativos para construir la *historia de la sensibilidad*, encarnada en la particularidad del sujeto migrante a modo de variable de los afectos convocados por la universalidad referencial.

Al hacer alusión a la universalidad referencial de los afectos, quiero puntualizar la fuerza de la concienciación del sentimiento a manera de vínculo determinante al momento de construir lógicas de sentido para analizar acontecimientos más allá de las ópticas racionalistas, quienes inducen los acontecimientos a partir de elementos de la exterioridad. Más bien, se trata de articular posibilidades argumentales bajo la asunción del sujeto como un texto que puede leerse en la diversidad de los planos enunciativos desprendidos desde localías sensibles, dentro de la universalidad simbolizada por el sujeto y sus profundas referencialidades patémicas; particularidad enunciativa a hacer posible la hipertextualización del acontecimiento por la irrupción de ciudadanías emergentes.

Estas ciudadanías emergentes conducen a la trasposición de roles dentro de la semiosis del migrante, al permitir el reconocimiento del sujeto inmerso en los espacios enunciativos originados por los tránsitos simbólicos y su facultad de reconvención de lo acontecido a través de los vínculos afectivo-subjetivos que sirven de principios argumentativos, indudablemente patemizados, para conformar lógicas de sentido con profunda raigambre óptica, o instrumento de mediación entre la experiencia y las construcciones imaginales que sirven de iconografía para develar los mundos íntimos macerados por los intentos de recuperación de espacios y presencias.

Todo ello congregado alrededor del legado identitario que transita junto a los sustratos socio-históricos para construir la historia del hombre confluida en la pluralidad patemizada, la que rehace mundos e instaurationes sentidos a lo largo de los tránsitos simbólicos de la semiosis migrante, a partir de la fundación de ciudadanías emergentes para sentar presencia frente a la transitoriedad del tiempo o la volatilidad de las circunstancias, al definirse *cronista* de su historia territorializada en la subjetividad trascendente como vía articuladora de las locaciones sensibles, las geografías imaginales y los sujetos develados en su más profunda y transparente energía enunciativa para demarcar rutas y atisbos de presencia simbólica más allá de las ausencias conjuradas por las únicas, ciertas y verdaderas historias que alimentan al sujeto en su constante y eterna migración; esa mutualidad que les permite reconocerse *humanos-seres*.

Este recorrido por las complejas sinuosidades de la semiosis del migrante permite reconstituir la pluralidad de un sujeto, no solo encarnado por quien marcha, sino por todos los interactuantes dentro de los complejos planos enunciativos soportados por los procesos de subjetivación coadyuvantes de las relaciones de significación sostenidas en la afectividad-subjetividad como base argumental. Allí encontramos desde el punto de vista ontosemiótico, el aporte de valiosos elementos para fundamentar

criterios sobre la construcción de una racionalidad subjetivada interpretante del fenómeno migratorio en torno a los tránsitos simbólicos, las geografías imaginales y las ciudadanías emergentes.

Todas ellas, posibilidades argumentales para proponer vías de articulación de la transversalización referencial que permita una construcción simbólica particularizada por la territorialización de la sensibilidad inherente a la semiosis del migrante y su profunda connotación patémica, al momento de establecer relaciones de significación supeditadas a los acaeceres del sujeto migrante y su sostenimiento sígnico-simbólico por los caminos reconstructivos de la patemia, o eje de acción-connotación de la referencialidad a consolidarse en los principios universales del sentimiento desdoblados en la gran localía sensible o macrosemiosis albergante de las individuaciones creadoras, que bajo la confluencia patémica, constituyen la alternabilidad conformante de realidades y posibilidades de reencuentros.

Queda demostrado con este acercamiento, que toda dialéctica enunciativa genera su movilidad referencial a través de la pluridimensionalidad temporal fusionada en presentes enunciativos, servir de punto de partida para graficar la sucesibilidad icónica de complejos procesos de configuración fundamentada en los mundos íntimos de los sujetos enunciantes-atribuyentes, a modo de huellas tangibles en la demarcación de tránsitos que no solo dejan evidencias de un movimiento por espacios físico-geográficos, sino también configuran la alternabilidad

simbólica como testimonio de vida consustanciada por el reconocimiento del sujeto en sí mismo y en el otro, al configurar en su confluencia: el sujeto migrante.

De esta forma validamos ontosemióticamente, la constante redefinición del sujeto en todo acto enunciativo a través del testimonio de lo acontecido, mediante el acaecimiento convergido en revestimiento lógico-patémico de las visiones argumentales surgidas en diversas circunstancialidades de la vida, a siempre estar refrendadas por las acciones devenidas de procesos de subjetivación o de acción discursiva patemizada, quienes formarán parte de una constante crónica sensible a contener los subjetivemas coadyuvantes de arquetipos a permitir la incorporación de geografías imaginales y, superar de esta manera, las limitaciones de las locaciones físico-geográficas.

Entonces, si por naturaleza enunciativa el sujeto es cronista de su propia vida e, intenta impostar en la sucesibilidad icónica y la transversalización referencial, el testimonio de su tránsito hacia sí mismo y hacia las proyecciones temporales que lo incorporan a los espacios colectivizados; el sujeto migrante establece esta crónica a manera de permanencia fluctuante entre los espacios originarios y las realidades trasplantadas, concienciado entre las posibilidades de resarcimiento a partir de dialécticas enunciativas que desafíen lo espacial-temporal para habitar regiones trasvasadas por los constantes retornos a sentar presencia en un aquí y un ahora enunciativo, el mismo desde donde ha de constituirse

migrante que busca denodadamente aposentarse en la territorialidad de la sensibilidad para atributivamente, reconocerse a través de los planos ontosemióticos.

De esta forma, la asunción ontosemiótica proveerá la apertura del cuerpo simbólico en su más espléndida arquitectura sensible al develar lo más sentido-significativo detrás de las máscaras de la cotidianidad, muy cerca de la subjetividad en su agencialidad trascendente que desborda los simples espacios enunciativos, materializados en localías sensibles, configurados por medio de geografías imaginales y conducidos al encuentro enunciativo por los tránsitos simbólicos y ciudadanías a surgir en los procesos de subjetivación, que en esta oportunidad, nos han llevado por los caminos de la semiosis del migrante a través de la escritura de una maravillosa crónica patémica entretejida con hilos afectivo-subjetivos; una referencialidad hecha magia, evocación y nostalgia creadora para hacernos sentir por siempre los pasos del migrante en su constante construcción; pues son nuestros propios pasos, pues todos somos migrantes en un maravilloso tránsito simbólico.

EL VIAJE Y LA MIGRACIÓN NOSTÁLGICA

En los actuales momentos la migración en Venezuela revela índices históricos, según la Agencia de la ONU para los Refugiados (ACNUR), las cifras superan los siete millones de personas que han salido del territorio nacional en busca de nuevas oportunidades de vida. De igual forma, los estudios revelan proyecciones alarmantes sobre el crecimiento exponencial de esta cifra. En comparación con años anteriores a 1998, las diferencias porcentuales son abismales, así los efectos tanto internos como externos que han desencadenado toda una serie de eventos de diferente catadura, fundamentalmente en los países vecinos, donde sobresalen: Colombia, Perú, Chile y Brasil.

Este fenómeno migratorio ha generado un variado número de consideraciones de distinta índole para ilustrar causas y efectos provocados, haciendo especial énfasis en lo sociohistórico, estadístico y otras colateralidades con profundo peso en lo económico, alimentario, laboral, de asistencia médica, por mencionar algunas. Consideraciones que fluctúan entre lo negativo y lo positivo³², desde acusaciones de delincuentes, a las de emprendedores; de bandera política en elecciones presidenciales, a

³² Es común leer comentarios en las redes sociales sobre una migración buena, honesta y una migración mala o asesina.

acusaciones de entorpecer el desarrollo de los países de destino, lo cual genera toda una pléyade de argumentaciones que incide fundamentalmente en la colectivización de un fenómeno incidentalmente preocupante, con la transformación de un país receptor de migrantes a uno de acelerada producción de migrantes sin estar en guerra o sometido a una catástrofe natural.

Ahora bien, para abordar la profunda crisis política que origina la migración venezolana, donde no se vislumbra una salida a corto plazo, esta propuesta va sobre el sujeto migrante y la consolidación de un interesante advenimiento simbólico que implica una serie de elementos vinculantes entre el espacio originario y el de destino; dos puntos en constante distención para servir de referencia significativa. En este sentido el sujeto migrante llega a convertirse en texto que puede leerse de diferentes maneras; en esta oportunidad, desde la visión de antihéroe, o instancia subversora de órdenes establecidos.

Para la consideración del antihéroe es imprescindible acotar la figuración del viaje en cuanto generación de estructuras significantes, puesto que él no representa la simple movilidad física, pues encarna en sí mismo una prolífica acción que va más allá de la simple traslación en un tiempo y espacio. De esta forma, al centrarse en el migrante como eje significativo, adquiere dimensiones actanciales a niveles de connotación profundamente subjetivados. Así el viaje es un detonante transformador,

tanto del sujeto en sí mismo, como del otro que conforma su complementariedad. Siendo en principio, el encuentro y manifestación de la libertad a modo de autenticación individual.

Ahora bien, al hablar de dimensiones actanciales pretendo referir al *sujeto migrante* en su simbología³³, o construcción de espacios representativos a partir del *sí mismo* y todas las implicaciones afectivas a revelarse en estos procesos de resimbolización de una circunstancia común para muchos, sin embargo, adquiere visos de particularidad al ceñirse a la experiencia de cada quien. No obstante, mantiene un vínculo con la afectividad a modo de universalidad relacionante. Tanto es así que la misma denominación de *sujeto migrante*, ya implica la generación de ese proceso simbólico a encontrarse hasta en las escrituras sagradas, cuando aluden a la migración y sus profundos efectos en todos los órdenes y sentidos, precisamente para apuntalar esa universalidad afectiva que desborda nacionalidades, idiomas, razas, creencias, y cualquier otra limitación sociohistórica para ampliar las posibilidades argumentativas.

Bajo estas posibilidades significantes, el viaje convierte al sujeto en el centro de la historia a escribirse mediante acciones soportadas por un desafío frente al objeto del deseo que lo hace movilizarse. Al mismo tiempo, de una reconfiguración simbólica que lo identifique y alimente

³³ Para llegar a la formulación de este término, he partido de asimbolía, quien está considerada como incapacidad para la comprensión simbólica. En su defecto, simbología viene a ser la potencialidad encarnada con la concienciación del símbolo a manera de acaecimiento patémico, esto es, la conciencia del sujeto sobre su potencialidad representacional. Su poder enunciativo-simbólico para representar lo percibido desde la consustancialidad referencial y las fusiones simbólicas a significar miradas particulares a colectivizarse en espacios comunicativos determinados.

subjetivamente. Pues quien migra sufre una transformación determinante al momento de ser confrontado con sus espacios originarios a través de un entrecruzamiento referencial, e involucra diversas instancias enunciativas enfrentadas entre sí. Tal es el caso de los mecanismos de adaptación a las nuevas realidades surgidas en los espacios de destino, mecanismos que involucran acciones tendientes a evitar la discriminación y lograr la aceptación con el consiguiente logro del objeto del deseo.

La tipificación de antihéroe es una categoría literaria muy utilizada para referir las contravenciones de la heroicidad soportada por una ética que va desde la perfección corporal, hasta las sobresalientes acciones que desbordan la singularidad humana. De esta forma intento aplicarla al migrante venezolano al crear con su tránsito físico/simbólico, un complejo entramado de significación distendido entre la aceptación y el rechazo. Antagonización a develar diversas claves e intentar analizar el acontecimiento desde el sujeto a razón de texto en constante construcción. A este sujeto lo llamaré ontosemiótico, para privilegiar las relaciones intersubjetivas a modo de complementariedad significativa en los escenarios de transición simbólica.

De esta manera el viaje es quien diversifica connotativamente al migrante, más aún, si lo consideramos dentro de dos dimensiones figurativas: una, la del sujeto en sí, en su forma enunciativa a constituirse *sujeto* mediante la dinámica simbólica; una especie de sujeto reflector de la condición humana intentada resarcir con el acto migratorio. Además, la

misma connotación del viaje, implica la idea de un retorno o principio de sostenimiento con el espacio generador de la realidad primordial³⁴, lo que constituye en principio, una acción circunstancial a desdibujarse a medida que las coyunturas alejan cada vez más al migrante de los espacios originarios, quienes alternativamente surgen a modo de figuraciones ensoñativas esenciales para el sostenimiento del migrante dentro de sus procesos de desplazamiento, tanto físico como simbólico.

Por otra parte, esa necesidad de retornar al lugar de origen cede paso a la conciencia sobre las imposibilidades del retorno, e implica una traslación simbólica a posibilitar la reinserción de contenidos significantes para alimentar toda una estructura enunciativa, tendiente a crear *ciudadanías existenciales* que permitan habitar espacios presentes, pasados y futuros. En este aspecto es imprescindible puntualizar la nostalgia a manera de mecanismo de sostenimiento del sujeto consigo mismo y con los espacios originarios. Una nostalgia muy alejada de las consideraciones tímicas o causante de pena y dolor, sino más bien, de resarcimiento del

³⁴ Esta *realidad primordial* la asumo desde los preceptos de José Ortega y Gasset para referirme a la antecedencia afectiva de todo sujeto al momento de enunciar desde la perspectiva patémica, en tal sentido, acoto con el filósofo español: “El dato radical del Universo es la existencia conjunta de un yo o subjetividad y su mundo. No hay el uno sin el otro. Yo no me doy cuenta de mí sino como dándome cuenta de objetos, de contorno. Yo no pienso si no pienso cosas, por tanto, al hallarme a mí hallo siempre frente a mí un mundo. Yo, en cuanto subjetividad y pensamiento, me encuentro como parte de un hecho cuya otra parte es el mundo. Por tanto, el dato radical e infostificable no es mi existencia, no es yo existo, sino que es mi coexistencia con el mundo. Lo indubitable es una relación con dos términos inseparables: alguien que piensa, que se da cuenta y lo otro de que me doy cuenta” (1973, p. 174). De allí la inclinación de referirme a un mundo primordial soportado por la interioridad como base estructurante de la acción humana, pues: “Vivir es el modo de ser radical: toda otra cosa y modo de ser lo encuentro en mi vida, dentro de ella, como detalle de ella y referido a ella. En ella todo lo demás es, y es lo que sea para ella, lo que sea como vivido. La ecuación más abstrusa de la matemática, el concepto más solemne y abstracto de la filosofía, el Universo mismo, Dios mismo son cosas que encuentro en mi vida, son cosas que vivo. Y su ser radical y primario es, por tanto, ese ser vividas por mí” (Ibidem: 205).

migrante con el espacio que lo sustenta patéticamente. Aún más, como detonante de reconfiguraciones simbólicas a emparentarse con las experiencias a vivir en los lugares de destino.

En cuanto a eso es fundamental destacar las *ciudadanías existenciales*, punto a desarrollar más adelante, pero es imprescindible introducir en este momento de la argumentación por su profundo peso significativo, al servir de soporte para el posicionamiento del sujeto migrante en sus lugares de destino a partir de las redes intersubjetivas o vínculos afectivos a configurarse en la dialéctica enunciativa. Al mismo tiempo, refleja los espacios originarios como puntos de partida, porque no, de conflicto entre los nuevos espacios y los dejados atrás para emprender la travesía, pero en todo momento, ser la base fundacional de la referencialidad emotiva, esa que impulsa los deseos por lograr los objetivos propuestos. En esta misma dirección, apunta la *ciudadanía plural* a constituirse a través de lo originario y lo adquirido por medio de los procesos migratorios; una hibridez que otorga al migrante un polo de sostenimiento dentro de las circunstancialidades a enfrentar.

Indudablemente, nostalgia y viaje, configuran un binomio profundamente significativo al momento de indagar sobre los procesos migratorios centrados en el sujeto, al abrir la oportunidad de encontrar dentro de la enunciación ensoñativa, una serie de elementos reveladores de claves de interpretación. Entre las que podemos destacar: el itinerario subjetivo junto al deseo de situarse en un espacio conciliador de las

carencias y necesidades originadas por el objeto del deseo y, la revelación de un desplazamiento significativo no de forma inmediata, sino mediante un proceso de apropiación patémica una vez consolidada la transición del viaje a través de una *mirada del regreso* que sirve para vincular los campos simbólicos generados más allá de los espacios originarios.

Esta mirada del regreso no alude solo y exclusivamente a la vuelta física a los espacios originarios, sino a las traslaciones ensoñativas, rememoraciones presenciales mediante cualquier dispositivo electrónico o todas aquellas formas de conversión simbólica que permitan no solo comunicarse, sino también interactuar patémicamente con el otro que se queda, el otro migrante que también acompaña en el desplazamiento, ingresa a los nuevos escenarios significantes, desde la distancia emprende la misma ruta, pasa a ser compañero de viaje; más aún, con el uso e implementación de dispositivos electrónicos, la *presencia virtual* es determinante en tiempos de postpandemia y migración.

En todos los sentidos y momentos, el distanciamiento físico genera *presencias virtuales* o mecanismos de vinculación para paliar la ausencia del otro, ausencia que intenta ser compensada a través de diferentes acciones, como dejar intactos los espacios físicos para salvaguardar toda una serie de elementos detonantes de la presencia de quien no está. Quizás, ese es el fundamental cometido de las galerías fotográficas en los hogares, una forma de ubicar presencias en los espacios cotidianos, humanizar las instancias físicas con imágenes cargadas de significación-rememoración de

momentos y ocasiones; pero fundamentalmente, de rostros, el ícono a revestirse de diferentes formas para testimoniar acontecimientos muy cercanos y significativos para el oferente del cariño.

De esta manera todos construimos archivos afectivos para fundar la historia paralela a la cronológico-colectiva, esos archivos-testimonios van a configurar indudablemente una universalidad afectiva a ser compartida con el otro. Paralelamente, esta universalidad homologa un alfabeto de los sentimientos para desbordar fronteras y límites materiales, al hacerse universo simbólico homologante de la afectividad-subjetividad; la misma que posibilita la existencia del arte y la literatura. No obstante, dentro de la cotidianidad, en medio de la acción comunicativa ordinaria cuando impera el distanciamiento físico, la dimensión afectiva debe generar una codificación de salvaguarda del sujeto en sus manifestaciones más íntimas.

Esta codificación posibilita la creación de estructuras enunciativas cargadas de variables patémicas para reforzar tanto los lazos existentes, como tratar de paliar los efectos de la ausencia, diversificar la conjunción de los espacios distantes en un *presente* narrativo, un aquí y ahora mediado en los actuales momentos por los dispositivos electrónicos quienes, siguiendo la tradición de los discursos epistolares, son los puentes ideales para vencer distancias. Obviamente superan con creces a sus predecesores con la incorporación de sonido, videos e imágenes para conectar en tiempo

real a los interlocutores, lo cual acrecienta la concepción de *presencias virtuales*, sujetos virtuales a desdoblarse en un alfabeto profundamente afectivo en el cual la metaforización juega un papel fundamental.

En este sentido, debemos entender la metáfora más allá de un simple tropo o construcción estética, para asociarla a una necesidad subjetiva de expresarse a partir de la preeminencia del sentimiento resarciente de los efectos de la ausencia. Ella intenta expresar referencialidades en función de una sensibilidad trascendente, donde la *ubicación del sujeto en los planos enunciativos está regida por la dinámica existencial*, el lugar de reconcilio del *sí mismo* con el otro. El más fehaciente ejemplo de ello es el discurso-acción de las plegarias religiosas, hechas desde una corporeidad sensible y no a través de la simple recitación, lo mismo ocurre con la incidencia de una melodía, un poema, o frase en una persona sensibilizada para tal efecto.

En síntesis, la referencia está centrada en el poder ensoñativo generado por el distanciamiento físico, la ruptura amorosa, la muerte; entre otras variables patémicas que exigen al sujeto una reparación de la ausencia mediante un sistema simbólico construido alrededor de la realidad primordial, la memoria subjetivada o la nostalgia reparatoria, como vías de acceso a la dimensión afectiva, y desde ella, crear estructuras enunciativas resignificantes; además de reconfortantes ante la dureza del acto de recordar, específicamente, en los momentos iniciales de la separación física.

Para ilustrar estas estructuras enunciativas a modo de profundas derivaciones metafóricas del sentimiento, recurro a algunos casos en los

cuales queda evidenciada la instancia patémica a modo de expresión-conciliación de la circunstancia. Veamos el siguiente: “Hijo mío, hoy veo el dolor de la Santísima Virgen ante su hijo en la cruz; estas lágrimas son muchas cosas a la vez, y quiero pensar que son de felicidad por mi hijo amado”. Quien elabora este mensaje para WhatsApp, es una señora de 52 años de edad, con un grado de instrucción de bachillerato, dedicada al comercio informal. Obviamente no existe una intención estética, simplemente forma parte de la necesidad de puntualizar el sentir frente a la circunstancia que se aleja de una acción específicamente real, para constituirse en detonante de la subjetividad trascendida por medio de la expresión del sentimiento.

Implícita en el mensaje aludido, podemos observar una sublimación de lo referido a partir de la potencia enunciativa materna, para producir una trasposición de lo lexical a lo artístico mediante la relación del hijo con el crucificado frente a los ojos de la madre, e indudablemente, ello comporta el conferimiento de un grado de heroicidad al hijo migrante en medio de la confusión de sentimientos expresada a partir de la metáfora de las lágrimas y su carácter ambivalente –dolor o alegría–. De esta forma la separación es de alguna manera justificada dentro de la conciliación enunciativa estructurada a través de la comparación que busca la reconciliación en la dimensión mística.

En otro caso, una estudiante universitaria escribe vía WhatsApp a su novio: “Siento mucho miedo, no por ti, sino por mí. Sé que triunfarás, naciste para eso. Pero yo nunca aprendí a rezar y, cuando lo necesito en este momento no sé cómo hacerlo. Nunca te olvides que aquí siempre te esperaré. Por siempre esperaré.” Sobre estas líneas, un hecho inmediato es transferido a una proposición futurística indefinida representada por el esperar, una forma de prolongar el reencuentro bajo la concepción de la esperanza, más no de la fe en una instancia superior, puesto que ella “no aprendió a rezar”, allí esa condición pareciera limitar cualquier posibilidad de comunicación con la deidad. Pero paralelamente aparece la cualidad de la espera a modo de expresión ‘de lo humano’ redimido frente a la circunstancia causante de la pena.

En ambos casos y, en todos aquellos de referencia similar, la necesidad subjetiva impulsada por la ausencia va a producir un *viaje simbólico* o *movilidad existencial* para tratar de construir sistemas significantes que permitan la coexistencia afectiva más allá de las limitaciones físicas. Ello supone un viaje a modo de soporte de los sistemas de representación a construir una codificación muy específica del mencionado alfabeto afectivo, a estar mediando entre la *migración física* y la *nostálgica*, una como equilibrio de la otra en la búsqueda de la diversificación enunciativa que permita extender puentes para acortar distancias.

Asimismo, los anteriores elementos vinculados a la movilidad nostálgica refuerzan los campos simbólicos creados más allá de las fronteras geopolíticas, con el forjamiento de relaciones de significación entre las sociedades de origen y las de asentamiento a través de la circunstancia subjetiva, sustentante de esta dimensión migratoria, al representar la movilidad de profundos significados patémicos a convertirse en valores desde donde surgen renovadas prácticas espacio-culturales para transformar las realidades sociales. En todo caso, en función de la propuesta ontosemiótica, la nostalgia es un constructo social devenido de la particular acepción del sujeto a enraizarse dentro de un colectivo en un momento histórico determinado; esto es, forma parte de una acción comunicativa profundamente patemizada, en el caso de la migración, un determinante asidero argumental desde el punto de vista subjetivo-trascendente.

En este aspecto es importante acotar que la nostalgia forma parte de las necesidades existenciales del Ser, ello lo podemos apreciar cuando las religiones sucumben frente a las posiciones ideológicas, intereses económicos o discursos del poder político-partidistas, los cuales crean profundos vacíos existenciales a intentar llenar a través de las búsquedas hacia un *absoluto* que intenta resarcir las carencias fuera de toda materialidad, indudablemente, ese 'absoluto' está representado por la presencia divina. Así pues, Dios en su conjunción simbólica pasa a

convertirse en el gran espacio para la añoranza; añoranza a extenderse a todos los aspectos de la vida, pues es destino común de los diversos caminos trazados en busca del resarcimiento existencial.

Ahora bien, asumida dentro de una añoranza salvífica sin estar estrictamente ceñida a la presencia divina, pero sí derivada de ésta, la nostalgia está profundamente vinculada con el deseo, no necesariamente especificado en el pasado, sino también tiene una funcionabilidad en los espacios del futuro, de añorar el porvenir dentro de las dimensiones resarcidas a través de una acción a renovarse constantemente en un tiempo polifigurativo que en ningún momento parece o prescribe, al contrario, está en constante renovación, genera acciones por conseguirla en medio de un objetivo que nunca va a lograrse, pues siempre impulsará hacia la consecución de una aspiración profundamente cambiante, a transformarse a través de las aspiraciones del enunciante en torno a ese 'absoluto' o espacio de la realización/conciliación.

Así que nostalgia en todos los sentidos y maneras, implica una acción del sujeto en función de sí mismo y para sí mismo. Una profunda acción significativa impulsada por un objetivo denodadamente patémico en constante redimensión de la singularidad existencial del enunciante. Entonces estamos frente a una actitud del Ser que forma parte de su realidad primordial o punto central de referencia, donde la dimensión vivencial o experiencial juega un papel fundamental para estructurar la visión nostálgica, a permitir el tránsito simbólico hacia espacialidades

ensoñativas conformantes de sus propios escenarios y tiempos enunciativos, los cuales son capaces de irrumpir dentro de la espacialidad físico-geográfica y los espacios sociohistóricos para transformarlos en función de la nostalgia y la figuración de un presente narrativo profundamente ensoñativo.

Esta visión nostálgica es inherente al Ser y su poder ensoñativo para resarcir circunstancialidades a través de un potencial que indudablemente va a acrecentarse con los niveles de concienciación de la sensibilidad. Esto es, a mayor concienciación de la sensibilidad como acción humana, mayor acendramiento tiene el mundo ensoñativo a modo de figuración predictiva del acontecimiento deseado. Tanto es así que, esa visión nostálgica pasa a constituir una dimensión paralela a la realidad para reargumentarla en todos los sentidos posibles, situarla alrededor de los acaeceres del sujeto en contante búsqueda de una definición de sí mismo.

Ahora bien, si unimos esta visión nostálgica a los pormenores simbólicos del viaje en sus singularidades existenciales y no en la simple movilidad física, todos los elementos configurantes de ambos van a confluír en un destino común para entrelazar lugares, referentes, sujetos, con otras potencialidades simbólicas, para de esta manera crear un espacio enunciativo a engrosarse mediante su confluencia en un conglomerado significativo a nutrirse desde las perspectivas afectivo-subjetivas, las vías para incorporar la empatía como elemento sostenedor de las relaciones de significación y construcción de lógicas de sentido profundamente

patemizadas. Que, en el caso de la migración, es de imprescindible mención al momento de intentar una interpretación seria y consistente en torno a este interesante y polémico fenómeno.

Lo que me lleva a proponer esa visión nostálgica en la migración inmaterial hacia el sí mismo, con la intención de refractar hacia el otro una interioridad matizada de una sensibilidad capaz de seducir bajo mecanismos tan afines como la vida misma, pues la migración hacia mundos ideales está implícita en el Ser, quien siempre va a procurar darle movilidad a su existencia más allá del estatismo de los espacios físico-geográficos, superar los límites de lo material a partir de las indagatorias espirituales y, he allí la aparición de la *visión nostálgica* a manera de rearticulante del referente evocado, tanto en las dimensiones pasadas como futuras; rearticulaciones sobrevenidas de una acción específicamente ensoñativa, donde la condición de ensoñante crea estructuras simbólicas que lindan entre la presencia generadora y la construcción simbólico-reflectante a manifestarse a través de diferentes medios y mecanismos, obviamente, todas ellas concretizadas en la dialéctica enunciativa.

Dialéctica enunciativa a dinamizarse por medio de llamadas, mensajes, fotografías. Formas de materializar las imágenes a revitalizarse mediante un complejo proceso de redimensión, en el cual son fundamentales los niveles de aserción de los enunciadores y la añadidura de experiencias personales o muy cercanas para establecer sólidos argumentos legitimantes, a encarnarse en eslabones de una patemia envolvente y

determinante para la movilidad a través de la visión nostálgica, quien va a crear sus propios mecanismos de legitimación, lo que hace de lo ensoñativo, realidades ciertas y alcanzables desde los espacios físico-geográficos y tiempos socio-históricos. Una maravillosa forma de migrar de ida o de vuelta, pero siempre migrar para potenciarse en las cercanías del Ser en medio de sus circunstancias para desbordarlas simbólicamente.

Mediante este desborde simbólico van a constituirse formas y maneras de acercamiento a una realidad, que en momentos deja de ser específicamente tangible, para ingresar a las dimensiones ensoñativas y permitir la convergencia de tiempos y espacios en la pluridimensionalidad significativa u oportunidad para el reavivamiento de los referentes provenientes de la realidad primordial. Al respecto, propicia la migración simbólico-nostálgica a posibilitar la reapertura de vías conciliatorias frente a las circunstancias, de allí surge el sujeto migrante y fronterizo entre espacios tangibles e inmateriales. De lo cual, debo aclarar que este sujeto migrante y fronterizo siempre va a estar presente en la dialéctica enunciativa, sea cual sea su naturaleza: ordinario-comunicativa, estética, mítica; puesto que toda acción enunciativa contempla un tránsito simbólico entre realidades y espacios ensoñativos.

Así este sujeto migrante y fronterizo surge a modo de embrague o articulante entre la dimensión intrasubjetiva –consigo mismo– y la intersubjetiva –el otro como el sí mismo–, para establecer los planos enunciativos desde donde va a configurarse ‘sujeto’ dentro de particulares

circunstancias siempre determinadas por las figuraciones veridictivas, quienes vienen a reafirmar la recurrencia de este sujeto migrante y fronterizo desde su movilidad patémica y construcción de procesos de subjetivación como herramientas para hacer tangible esa movilidad patémica. En función de ello, esa movilidad viene a acrecentarse con el proceso migratorio, a hacerse más necesaria y susceptible de aflorar por las condiciones tan específicas en las cuales va a producirse.

Esta movilidad es quien hace recurrentes los afloramientos nostálgicos en unidades de contingencia simbólica, entendidas éstas a manera de puntos de coincidencia en un momento dado de la significación, para constituir la referencialidad asumida desde las posicionalidades del enunciante, posicionalidades profundamente íntimas a potenciarse bajo las figuraciones de la distancia a ser resarcida por los procesos ensoñativos que buscan reposicionar al migrante en los espacios de la añoranza. Donde la añoranza pasa a constituir el presente enunciativo, a partir del cual llega a producirse la temporalidad convergente, quien anuda los planos pluridimensionales –pasado, presente, futuro– dentro de una causalidad significativa que cada vez adquiere mayor importancia dentro de la acción comunicativa de los procesos migratorios.

Ahora bien, esa causalidad significativa es de imprescindible figuración en todo acto enunciativo, más aún en el migratorio, al convertirse en la lógica de sentido a guiar la significación, la cual induce a los recursos argumentativos a tomar posiciones definitorias para salvaguardar la

integridad simbólica del migrante, a partir del resguardo en las figuraciones de la realidad primordial e incursión en los espacios de la cotidianidad fundante, o más bien, detenida en la memoria a modo de cantera vivificante de las acciones presentes. Esta potencialidad de la transferencia referencial en torno a una realidad primordial, posibilita la aparición de nudos significantes –cardinales– para el sostenimiento del migrante, al mismo tiempo que van a ser detonados por los diversos subjetivemas a manifestarse a través de los olores, sabores, rememoraciones, afinidades de personas, tiempos y espacios.

Al producirse esta transferencia referencial, existe una descolocación temporal de la dimensión físico-geográfica, para ‘habitar’ los espacios ensoñativos como atmósfera envolvente de un pasado renovador de las instancias presentes que permitan movilizarse a escenarios neutros, conformados por la temporalidad convergente o zona aliciente de las circunstancias experimentadas por el migrante y los mecanismos de superación de la lejanía física. En la actualidad, a través de la implementación de los dispositivos electrónicos es resarcida de una forma por demás interesante, al incorporar el tiempo real a manera de vínculo extraordinariamente efectivo. De allí que, en el testimonio de un migrante venezolano puede verse esa importancia. “Al llegar trabajé muy duro, hacía una comida diaria y dormía en el suelo sobre unos cartones en casa del amigo que me dio posada. La meta era comprar un teléfono con tecnología actualizada para que mi mamá pudiera verme y estuviera tranquila”.

Este relato lleva implícita una carga significativa de profunda valía para evidenciar esa movilidad nostálgica hacia los espacios originarios, al presentar evidencias para calmar ánimos y amainar sufrimientos a partir de ‘verse’ por medio de un dispositivo electrónico, crear la presencia virtual a modo de escenario enunciativo para unir en medio de la distancia. Hecho que resulta bastante conmovedor al conocer la otra parte del relato: “Cuando pude comprar el teléfono, me iba a parques o lugares bonitos y desde allí me comunicaba. Una vez fui a una iglesia y eso la contentó mucho porque ella es muy cristiana. Nunca le dije cómo dormía o cuánto comía, solo le decía que estaba bien”.

Interesante la acción desiderativa a manera de singularidad afectiva para sosegar al otro, deparar tranquilidad alrededor de un encubrimiento de la realidad experimentada. Es la actitud estoica de un héroe que siempre piensa en el bienestar del otro a quien se debe en todos los sentidos y maneras. Además de estar presente la condición de sacrificio, es un acto de la voluntad de entrega con quienes siente alguna obligación, o más bien, su sostenimiento es a partir de ‘deudas de cariño’ a acrecentarse a medida que las distancias se prolongan en el tiempo y el espacio. Siendo muy cauto al asumir estas deudas como forma de incrementar el vínculo afectivo a través de lo trascendente, pues ellas conllevan a magnificar el sujeto receptor de la necesidad del reconocimiento por medio del cariño, el amor en sus diferentes variantes y dimensiones.

Además, el ver al hijo migrante a pesar de la distancia, es una forma de redimensionar la ausencia al establecer un acercamiento a través de la realidad virtual y, en ella incorporar elementos de las cotidianidades distendidas entre los espacios, pero homologadas en la temporalidad virtual, un espacio a afectivizarse paulatinamente a medida que es el punto de encuentro de la insurgente cotidianidad a ser llenada de particularidades patémicas. Aún más, esa realidad virtual pasa a constituir una ventana para descubrir el otro lado de la realidad donde está circunscrito el migrante; evidentemente una forma de colonizarse en cuanto al espacio de extensión del lugar originario que trasvasa las significaciones y conforma renovados planos enunciativos, mudables en cuanto a afectivización y apropiación por medio de una nacionalidad sensible, el escenario de encuentro del migrante con quien se queda en el espacio originario; pues las unidades de contingencia simbólica hacen posible esa apropiación sensible del lugar de destino por el solo hecho de tener allí a su parte comprometida, o más bien, complementaria³⁵.

³⁵ Creo que una de las expresiones más fehacientes de este hecho, está contenido en la canción *Cuando salí de Cuba* de Luis Aguilé: “Nunca podré morirme/Mi corazón no lo tengo aquí/Allí me está esperando/Me está aguardando que vuelva allí”. El carácter polifigurativo del término corazón desborda la corporalidad física para apuntar hacia el sentimiento que, a pesar de la pena, confiere un grado de inmortalidad simbólica mediante la afectividad trascendida. “Cuando salí de Cuba/Dejé mi vida, dejé mi amor/Cuando salí de Cuba,/ dejé enterrado mi corazón”. Aduce a una locación espacio temporal específica, con nombre y apellido para luego desbordarla desde la dimensión patémica, la cual permanecerá a modo de puente entre las distancias. Asimismo, la canción *Cuando salí de Cuba*, por las condiciones políticas de la isla, se hizo himno de la resistencia de quienes tuvieron que emigrar y, de allí ha prolongado su influencia argumentativa a partir de un enroque o intercambio semántico, al crear una ciudadanía sensible para la figuración de una *patria afectiva* a universalizarse cuando las condiciones y circunstancias sociohistóricas coinciden, tal cual ocurre en estos momentos en Latinoamérica. En ese enroque semántico, basta con cambiar el nombre de la locación geográfica para llevar la significación patemizada a otros lugares donde coinciden las dimensiones afectivo-subjetivas de los enunciadores, en un espacio resignificado a partir de la afectividad a universalizarse en el sentimiento impulsado por los procesos migratorios.

Asimismo, esta movilidad patémica representa un principio identitario para la conversión del migrante en instancia simbólica, moldearse según las características particulares que lo llevan hacia esa dimensión significativa. Pues no es migrante por solo el hecho de la movilidad física o simple transeúnte por espacios determinados, sino debe configurar un espectro simbólico a identificarlo como tal, ya que ‘ser migrante’ implica un consecuente enraizado a múltiples factores; particularizados en cada caso pero a homologarse al convergir en esos espacios identitarios. De este modo un antecedente individual llega a colectivizarse al momento de consolidarse dentro de la simbología del migrante proveniente de cualquier destino. De allí que la *causalidad significativa* represente un mecanismo definitorio al momento de la figuración de los principios identitarios de los migrantes, en todos los sentidos y formas enunciativas.

Del mismo modo, la dialéctica de la casualidad significativa permite al migrante asirse a una realidad distendida entre el mundo originario y el de acogida, con la consabida mediación del espacio creado por el presente enunciativo a permitir la aparición de unidades de contingencia simbólica que anudan los diversos elementos constituyentes alrededor de la acción comunicativa. En este caso, las unidades de contingencia simbólica están representadas por diversos íconos a acompañar al migrante como instrumento de reconocimiento, comenzando por su nacionalidad hasta llegar a la tenencia de un objeto-medalla, estampas religiosas, mechón de

pelo, fotografía-. Lo cual va a traducirse en la compilación de objetos materiales e inmateriales para contruir un inventario afectivo a conformar la bitácora *nostálgica* de viaje.

En este sentido, los migrantes llevan de sus lugares de origen una serie de elementos para refundar la realidad primordial a servirle de base patémico-argumental, crear lógicas de sentido subjetivadas capaces de interpretar las circunstancias no sólo desde las condiciones sociohistóricas, sino también afectivas, o más bien, a partir de ambas posicionalidades enunciativas. De allí los efectos colonizadores de la migración sobre los lugares de asentamiento por medio de diferentes variables que llegan a cohabitar en función del placer, tal es el caso de la música o las manifestaciones gastronómicas, siendo éstas últimas, un eje característico de hibridación más inmediata, tal cual ocurre en estos momentos con la proyección de la arepa y el tequeño³⁶.

Específicamente eso ocurre con el migrante venezolano, empujado por una profunda crisis nacional emprende caminos hacia otros destinos para tratar de superar una situación particular y la de los suyos, inferencia que lo convierte en héroe particularizado desde distintas referencias de quien emprende un viaje para buscar nuevos y fructíferos horizontes. Al mismo tiempo, implica la mudanza de la realidad primordial traducida en la gran isotopía cultural a ser develada como punto identitario solidificado a través

³⁶ Asimismo, las manifestaciones religiosas, tal es el caso de la procesión de La Divina Pastora en la ciudad de Madrid, promovida por feligreses venezolanos.

de lo físico-geográfico, orden jurídico –nacionalidad–, dimensión patémica –nacionalismo sensible– donde el hogar y el rasgo experiencial-vivencial, son los referentes a detonar la *evocación nostálgica* que va a embragar a todos por igual dentro de un principio identitario para sí y, el colectivo de destino.

Ahora bien, esta concepción de nacionalismo sensible involucra toda la figuración patémica sostenida por la experiencia con respecto a una locación físico-geográfica específica, convencionalmente llamada patria chica o tierra para darle una connotación de instrumento fundacional para el sujeto y, de esta forma convertirse en puente afectivo, a más de ícono identitario que lo mantiene asido de una manera definitiva a la realidad primordial a fundamentar la memoria, esencialmente la memoria ensoñativa a transfigurarse en nostálgica. Con la consabida insistencia en la constitución de la nacionalidad sensible a través de los *espacios cálidos* que producen placer, entronizan vínculos, tal cual puede palpase en aquellos que llevan tiempo residenciados en un lugar adoptivo y lo sienten profundamente suyo, pues ha ocurrido una colonización patémica tanto del sujeto como del espacio.

Precisamente esos espacios cálidos son los que conforman las *ciudadanías existenciales*, a más de locaciones geográficas, integran instancias simbólicas reflejadas desde la afectividad para permitir las confluencias de espacios físicos resarcidos a partir de los campos experienciales. De esta manera, el migrante logra convalidar en muchos sentidos y formas sus sentimientos, superar situaciones, amoldarse a

nuevas circunstancialidades para ir hospedándose en lugares no originarios a transformarse en algo más que simples puntos de llegada o destinos. De allí la generación de toda una resignificación identitaria soportada por los sincretismos y antagonismos, los cuales harán del migrante un *ser* suspendido entre una atemporalidad nunca superada y la temporalidad suscrita por los lugares de origen o marcadores de la antecedencia simbólica. Aun en los casos de adquirir una nacionalidad a legitimar su condición en otras tierras, el migrante no deja de serlo, pareciera que el simple hecho de migrar, ya lo suspende entre esas dimensiones para complejizar las representaciones simbólicas al respecto.

Esta condición tan compleja implícita en el acto de migrar, incorpora en el sujeto una serie de formas alternativas para convalidar los disímiles factores a combinarse en la travesía que no está supeditada al solo hecho de llegar al lugar de destino, alcanzar objetivos laborales, establecerse y consolidarse. Aunque estas evidencias son los marcadores por excelencia para ‘evaluar’ la acción migrante por la obvia colonización de espacios tangibles, también existe una *colonización patémica*, la intangible, quien juega un papel fundamental para que el migrante pueda ‘hospedarse’ en los lugares de asentamiento, pues ella incorpora los elementos necesarios para lograr los balances afectivos a permitir el enraizamiento en nuevas tierras, crear las afinidades para aceptar y ser aceptado por las realidades emergentes.

De por sí, esto parece pasar desapercibido a la hora de establecer argumentaciones válidas con respecto a los migrantes. Por ejemplo, una historia de amor pudiera aportar insumos valiosos para forjar interpretaciones más allá de los datos estadísticos en su intento por cifrar este terrible acontecimiento que sacude a Venezuela de la manera más violenta y despiadada. Si las lágrimas derramadas son incuantificables, también lo son las historias individuales surgidas en cada uno de los que migran en ambas direcciones, hacia afuera y hacia dentro, de quienes marchan y de quienes resguardan los espacios compartidos como una verdadera cofradía para el momento de volver, cuando esto es lo menos seguro, pues todo parece indicar que es levantar vuelo para no volver jamás, o nunca el migrante será el mismo, quizá, siempre la sombra de la carencia lo acompañará.

En este sentido, es imprescindible profundizar en la dicotomía héroe/antihéroe bajo los principios del axioma: consumo/prosperidad, recompensa/castigo, migrante/no-migrante, para no caer en el peligroso juego de la segregación; una práctica a generalizarse con el paso del tiempo y la agudización de la adversidad. Es inaudito que el proceso migratorio venezolano en vez de convocar acercamientos o reflexiones que aproximen en cuanto a lo humanitario y sensible-trascendente, sea referente de diatribas de diferente índole, donde pueden percibirse posiciones contradictorias y hasta absurdas, pero lamentablemente forman parte de una sociedad profundamente fragmentada.

Es inaudito y contradictorio percibir en las redes sociales el etiquetamiento de migrante/no-migrante para estimular el enfrentamiento y, potenciar el desmembramiento de las relaciones interpersonales, bajo la manifestación de una semiosis de la frustración; bien sea porque ha migrado o permanece en el país. Alternativamente, para unos llueven los elogios, mientras para otros proliferan los cuestionamientos. Una dinámica tan cambiante como la etiqueta impuesta en esta diatriba, una especie de *bullying* para establecer la descalificación, segregación y discriminación como principios enunciativos contrarios a los principios elementales de la cohabitación. Una muestra evidente y fehaciente de la ausencia en la acción comunicativa de subjetivemas a soportar las relaciones intersubjetivas; por el contrario, a mostrar descarnadamente la deshumanización del sujeto en sí mismo y el otro.

La consabida deshumanización gesta heroicidades segregadoras. Correspondientes a etiquetas circunstanciales a modo de referente de momentos puntuales, pero siempre para alimentar la injuria y propiciar las reacciones defensivas de tal o cual condición: migrante/no-migrante, como queda patentizado en el siguiente texto publicado vía Twitter:

Agradezcan que millones de venezolanos nos fuimos. Sin las remesas, los envíos de medicinas, los teletrabajos en dólares creados por emigrados y la menor presión sobre el abastecimiento y los servicios, la vida en el país sería todavía peor.

Bajo este supuesto, los logros de unos pocos se traducen en limosna para los muchos que deben vivir agradecidos de los héroes migrantes, especie de salvadores de un país convulsionado por las dificultades, para de esta forma desviarse de una cohabitación constituida alrededor de una ciudadanía asida a la sensibilidad trascendente y, provocar reacciones que también apelan a la heroicidad de quedarse, de sobreponerse a las carencias para seguir adelante, por ejemplo, este tuit:

Gracias. No sé qué hubiese hecho todos estos años sin ustedes los migrantes. Pero creo que es al revés, los que nos quedamos aguantando la pela mucho tiempo, que no somos enchufados o pro gobierno, somos los que les garantizamos que tendrán país al cual volver.

Acá está manifestada la heroicidad devenida en albacea de un país, la postergación de la recompensa, en este caso colectiva, sostenida por el curso de los acontecimientos y causalidades sociohistóricas. Pero de momento, la creación de una semiosis de la confrontación resquebraja las relaciones interpersonales, al mismo tiempo, convierte las redes sociales en pugilato enunciativo donde el resentimiento acecha sigiloso. Este resentimiento a modo de instrumento para viabilizar ese ‘pesar o enojo’ mediante su reiteración punitiva convertida en acción comunicativa.

Las anteriores referencias relativizan la ruptura de las relaciones interpersonales en función de un objeto del deseo, que muy bien puede ser ubicado dentro de los castigos y las recompensas deparadas por las sociedades, con respecto a los individuos y sus aspiraciones, propósitos y proyectos. Por lo que ontosemióticamente, el resentimiento es una acción enunciativa que persigue la delegación de la culpa en el otro como elemento de liberación y asunción de una condición de víctima a ser reivindicada en nombre de unos principios de equidad, que lesionan en vez de resarcir. Pues produce un efecto completamente contrario al asumir el resentido una prisión sin barrotes desde donde usurpa los valores de la bondad a través del odio.

En tal caso, el resentimiento es una extrapolación de la culpa sin llegar en ningún momento a pensar que la causa esté en el sujeto atribuyente y no en el otro, quien es indudablemente un medio o herramienta de agresión para drenar sobre él todas las intenciones de culpabilidad a través de actitudes hostiles, entre ellas el odio. Este odio como una de las tres pasiones suscritas por Jacques Lacan para tipificar al Ser –junto al amor y la ignorancia– en función de estados que se ‘padecen’ circunscritos a la dimensión pasiva del individuo e impuestos más allá de la voluntad. Pero en las actuales coyunturas, podemos intuir su capacidad de orientar la acción del sujeto hacia objetivos predeterminados, no solo en el

sentido de la transferencia simbólica, sino en correspondencia a un dispositivo sociohistórico inherente a la cultura y sus vinculaciones con los discursos del amo o del poder conducentes a la segregación.

Un caso digno de resaltar estriba en un comentario hecho vía Twitter por un residente venezolano sobre la Navidad y, la oportunidad de compartir alrededor de la tradición familiar a través del siguiente texto, acompañado de imágenes alusivas al evento: “Es el momento de agradecer, de poder levantar copas rebosantes de cariño y brindar por la familia... Salud, mucha salud”. No se hizo esperar la respuesta de un migrante venezolano, quien reclamaba la osadía de la foto-comentario: “¿Cómo así?, no estás en un país en crisis y estás celebrando y mostrando comida y bebida... En realidad, no entiendo”. Lo que lleva a intentar un acercamiento ontosemiótico para ver diversas y contradictorias aristas.

En primer lugar, quedarse pareciera implicar la negación a cualquier situación festiva o expresión de alegría, además de representar una rémora de profundas limitaciones para manifestarse desde lo humano. Según esas conjeturas, los individuos deberían presentarse abatidos, tristes, sumidos en una exasperante indigencia que materialice simbólicamente la crisis, no su desafío a partir del afianzamiento del *sí mismo* a pesar de las dificultades. Aunque nunca deben olvidarse los efectos de las sociedades del consumo y el espectáculo sobre el rebaño para poder sostenerse con el paso del tiempo, pero, aun así, estas celebraciones están matizadas por robustas vinculaciones familiares a crear toda una tradición soportada en el orden

afectivo-subjetivo. O será que esa alegría hace ver al país diferente a cómo el migrante lo ve, para establecer referencialidades a partir de individualidades influidas por diferentes locaciones enunciativas.

De ser así, está garantizada la anulación de los principios de equidad, solidaridad y tolerancia en los juicios a emitir para referirse a una misma situación vivida desde experiencias particulares, al estimular obviamente, las individualidades cercenadoras de los ideales colectivos, fortalecer los ambientes de pugnacidad, cuando debiera existir la cohabitación que permita sobrellevar la dificultad o disfrutar la bonanza.

Pero en medio de la diatriba, surgen otras manifestaciones enunciativas soportadas desde otras perspectivas de la gramática de la afectividad, un punto medio para observar el afloramiento del sentimiento enraizado en una semiosis desiderativa, tal cual puede apreciarse en el siguiente tuit:

Hoy se regresó mi mamá a Venezuela y cuando me despedí de ella sentí el mismo dolor que cuando yo emigré y me despedí de ella allá. Lo que me hizo pensar: ¿Yo emigré de mi mamá o de Venezuela?

La respuesta a esa pregunta comporta todo un abanico de posibilidades desde la dialéctica existencial, a partir del sujeto deseante que dirige su mirada a una realidad primordial para reconocerse migrante en la plena esencia del Ser, trasponer los espacios inmediatos e incorporarse a

espacios profundamente simbólicos que tocan las fibras de la esencia humana, al reconocerse *humano-ser* frente a las circunstancias y nunca perder el arraigo con el otro.

Mientras transcurre la historia contada por múltiples voces e interpretada desde diversos planos enunciativos, las redes sociales seguirán siendo el escenario ideal para conocer en los campos semióticos de la cotidianidad, al hombre circulando por una convulsa red significativa, hoy día, transversalizada por tiempos pospandémicos y de confrontación bélica, para sustraer dos variables específicas, e intentar advertir sobre el peligroso rumbo de los sesgos subjetivos y la aparición del resentimiento a modo de disparador de acciones enunciativas que conducen a la deshumanización, abonan el camino para que el eco de las sociedades del espectáculo hagan más numeroso e irracional el rebaño consumista.

Sencillamente será ambicionar una sociedad más humana donde el hombre no sea el ejecutor de su propia extinción, que ciegamente camina hacia abismos cada vez más pronunciados y, cuando se dé cuenta de su caída, sea demasiado tarde, haya perdido la capacidad de cohabitar, e irremediablemente esté condenado a vivir en la tristeza, desarmonía y segregación.

Lo más cierto es que a pesar de los logros del migrante en su tránsito hacia otros lugares, simbólicamente siempre seguirá siéndolo, aun cuando alcance estabilidad económica y estatus jurídico en una nación de acogida, tendrá por siempre esa condición antecesora. Una especie de heroicidad

colectiva en los casos de ser reconocido en función de un conglomerado a partir de sus aportes al desarrollo de determinado lugar, tal cual ocurre en Venezuela cuando la situación era a la inversa y fue un país de acogida a un sinnúmero de personas que buscaban destinos más promisorios o huían de la guerra. Indudable la cooperación del migrante europeo en la construcción de este país, basta revisar los orígenes de muchos consorcios económicos nacionales y allí encontraremos ejemplos que sustentan esta aseveración. Caso contrario cuando el migrante es especificado a modo de estigma social para estar asociado a consideraciones negativas y rechazar su presencia en determinado lugar, atribuirle conductas delictuales, al mismo tiempo de explotarlos con *trabajos en negro*.

En ese marco referencial surge una antinomia interesante representada por la heroicidad/antiheroicidad, un antagonismo mediante el cual podemos realizar valiosas argumentaciones en torno a la migrancia³⁷ venezolana e intentar explicar un estigma que va más allá del migrante en específico, para situarse en un resentimiento hacia un país al que no se le perdona una trayectoria exitosa y boyante venida a menos por las circunstancias suficientemente debatidas desde diferentes perspectivas del conocimiento. Un país exitoso venido a menos ofrece hoy un lamentable

³⁷ En un trabajo de naturaleza ontosemiótica, es necesario aclarar la inserción del término *migrancia* para significar el moverse entre culturas y no un simple fenómeno de movilidad forzada que centra su atención en lo económico y social. Sobre esta base referencial, los tránsitos simbólicos pasan a conformar una vía argumentativa para inquirir sobre la identidad del migrante soportada en la dimensión patémico-afectiva y todas las consecuencialidades que ella acarrea dentro de ese complejo proceso de resignificación del sujeto. De allí la insistencia en la tríada: lugares originarios, lugares de hospedaje y tránsitos simbólicos, como catalizadores de la dialéctica migrante alrededor del sujeto y su interacción con las circunstancialidades sociohistóricas.

espectáculo ante el mundo con los alarmantes índices de movilidad migratoria. Sí, un espectáculo, porque no ha sido atendido con el apremio y rigurosidad requerida, todo ha sido desviado hacia aportes económicos a los países de acogida o para promoción de candidatos presidenciales que luego olvidan la situación tan propensa a dar dividendos electorales. Mientras en algunos sectores de la comunidad internacional crece la xenofobia hacia los venezolanos, con una violencia manifiesta en todos los sentidos, hasta llegar a la destrucción de enseres, asesinatos o realización de manifestaciones públicas en contra de la migración venezolana.

De hecho, lamentable que la gran mayoría de estos acontecimientos se produzcan en naciones latinoamericanas, supuestamente hermanas según la historia conmemorativa, pero en la práctica, deshumanizadas en medio de una sociedad devorada por el deprimente espectáculo de las ideologías políticas y las garras del consumismo desmesurado para crear insalvables brechas entre connacionales y migrantes. Situación a desbordar la condición individual en los intentos por involucrar *afectivamente* a un país, frente a la demonización de los organismos oficiales y gubernamentales de quienes migran y su supuesta conducta antipatriótica por buscar las oportunidades negadas en sus lugares de origen.

Aunque este sentimiento xenófobo hacia el venezolano luce explícitamente estructurado, en algunas naciones los profesionales de la medicina han sido ‘muy bien recibidos’, obviamente, ya formados sin ninguna inversión por parte del país hospedante, resultan una gran

posibilidad para mejorar los servicios de salud. En otros lugares, los profesionales se ven en la necesidad de realizar disímiles oficios, dejar a un lado el nivel de preparación para afrontar las circunstancias; decía un joven venezolano vía Twitter: “Hay momentos que todo lo hecho parece no existir, allá fui ingeniero, acá el muchacho extranjero que reparte pizzas”. Precisamente en esas palabras está latente la carencia a la que me he referido en párrafos anteriores, más aún, cuando una condición natural del migrante se potencia en la migrancia venezolana y sus particularidades de intercambio cultural.

A diario, las redes sociales son testimonio de la antinomia heroicidad/antiheroicidad, una forma de enfocar las diferentes perspectivas sobre un mismo fenómeno, más puntualmente, desde la dimensión patémico-afectiva, hasta llegar a caer en absurdos cuestionamientos sobre los que migran o los que se quedan, muchas veces menospreciados por comentarios sobre la fuga de talento humano para subestimar a quienes permanecen en el país. “Talento de segunda”, lo calificaba un migrante venezolano que ha tenido la oportunidad de adquirir un apartamento en Madrid, y lo enrostraba con el siguiente comentario: “Ahora no tengo necesidad de volver, de hecho, nunca volveré a un país de cuyo nombre no quiero acordarme”.

Las anteriores consideraciones abren diversos caminos interpretativos, entre ellos: la romantización de la migración, la demonización de las personas que optan por quedarse o la estigmatización

de aquellos que regresan, ya que hay muchos factores detrás de esos escenarios que no deben servir para alimentar diatribas distractoras de la esencia de la delicada situación. Romantizar la migración equivale a admitirla como única vía para solventar necesidades individuales frente al desplome de un país, es una muy errónea manera de proponer soluciones al margen de un colectivo, restarles fuerzas a sus potencialidades colectivas de cambio. Ello crea una especie de heroicidad en el mismo acto de migrar, a concretarse posteriormente en espacios muy puntuales, específicamente en el intrafamiliar.

Sin duda, las redes sociales se han transformado en una ‘ventana’ para calibrar la conversión del migrante en héroe, es muy significativa la frecuencia para mostrar en lo público la concreción de las hazañas, generar en momentos elogios, o en otras ocasiones enfrentamientos, dos extremos que de alguna manera evidencian un sistema de valores donde prela la individualidad, uno de los mayores logros de la sociedad del desapego³⁸ y los afanes consumistas a modos de adoctrinamiento para *distraer* y *someter*. Pienso que en este caso la migración pasa a ser un espectáculo y hace perder

³⁸ Con esta denominación pretendo tipificar una sociedad que busca por todos los medios, una ruptura con las realidades primordiales de los sujetos a partir de una desvalorización de las dimensiones afectivas como puntos de partida de la acción humana. Entre ellas las conocidas escisiones con la ancestralidad y creación de brechas generacionales para denotar variables en cuanto progreso y desarrollo de la humanidad. Entiendo que existen numerosas y variadas tendencias a considerar el apego dentro de uno de los elementos más limitantes de la condición humana, por la generación de lazos de dependencia y coerción para alcanzar la ‘felicidad’. Pero en este caso, la desafección causa extravío y manipulación por parte de los grupos hegemónicos que controlan los discursos del poder, pues estamos frente a un desapego de lo afectivo-subjetivo para inclinarse por las prácticas consumistas de las sociedades del espectáculo, con la instauración de un nuevo apego a las cosas materiales frente a la ‘brevedad de la vida’. De esta manera, hasta las religiones han visto socavadas sus bases en torno a las relaciones intra e intersubjetivas y desgajarse en una institucionalidad que cada día aleja más al hombre de su fe. A esa sociedad deshumanizada es la referida con esta categorización del desafección, a derivarse en una múltiple sinonimia de: antipatía, desaprensión, desestimación.

la esencia de la migrancia, descentra al sujeto de su eje afectivo para convertirlo en una excepción, una 'rareza' en medio de una cotidianidad subsumida en la desesperanza.

Uno de los aspectos a considerar dentro de la acepción de la migración a manera de espectáculo, es la selva del Darién y la constitución en las redes sociales de una especie de 'lugar de aventura'³⁹, con las consiguientes imágenes y videos a servir de testimonios heroicos fundamentados en la vanagloria de quienes logran superar los agrestes escenarios de tránsito hacia los Estados Unidos a través de la zona limítrofe entre Colombia y Panamá. Un área de tránsito migratorio que se mantuvo en la clandestinidad cuando era utilizada fundamentalmente por haitianos, es el centro de atención a partir del 2022 con afluencia masiva de migrantes venezolanos⁴⁰.

En este lugar se escriben a diario historias tan controvertidas como la vida misma, imágenes desgarradoras muestran los niveles de sacrificio de familias enteras, muchos han muerto al tratar de alcanzar el sueño americano, son el testimonio silente de las ilusiones truncadas en medio de la desesperación por alcanzar niveles de vida más dignos y equitativos. Ellos

³⁹ En momentos, las redes sociales parecieran emparentar esta travesía con los conocidos reality show de sobrevivencia, al establecer peligrosos paralelismos en cuanto figuración como espectáculo y, la consiguiente creación de una codificación a desviar la esencia de la travesía, con sus riesgos y consecuencias desafortunadas para aquellos que no pueden superar los obstáculos del camino y los entornos de violencia.

⁴⁰ En este sentido, está también el destaque de la noticia del 20 de enero, 2024, que anuncia la *llegada de un migrante venezolano en velero al Cabo de Hornos, la ruta marítima más peligrosa del mundo*, tal cual lo reseña la periodista de la *Voz de América* Fabiola Rondón, con respecto a la travesía del productor audiovisual y fotógrafo Leonardo Rodríguez, quien al concluir el periplo expresó: "Dejar la bandera de Venezuela ahí para mí fue un orgullo, porque emigrar es duro para todos y sobre todo en las condiciones en las que uno lo hace (...) para mí es un orgullo en cualquier cosa que logro poder decir yo vengo de Guatire (ciudad dormitorio cerca de Caracas), de ahí vengo yo. Es como un patriotismo que tengo y no se me puede quitar, me genera mucho orgullo".

también ingresan a la dicotomía de héroe/antihéroe, todo dependerá del plano enunciativo a través del cual se enfoque la perspectiva, pero ambas denominaciones, coinciden en reconocer la acción humana en la búsqueda de trascender espacios más allá de lo físico-geográfico.

Junto a los reveses conviven los logros, pero sucede a diario que el éxito obnubila a quien lo obtiene, al intentar ‘olvidar’ o despotricar de los lugares de origen. Aunque desprenderse de ellos es imposible, aun en la carencia afectiva seguirán presentes por siempre, y quizás no deje de disfrutar enteramente lo obtenido. Hecho que en ningún momento debe confundirse con la *nostalgia del migrante*, pues ésta radica en el poder reconstructivo de la ensoñación, no para develar una frustración a pesar de los logros materiales, lo cual indica paradójicamente, un profundo apego a los espacios de origen. De hecho, en todo migrante existe un tatuaje afectivo por esos espacios a nunca ser borrado, aunque diversifique sus niveles de nacionalidad, “el venezolano por nacimiento” será la marca indeleble a sustentar la *ciudadanía sensible* que unirá a un *país en el exilio* con sus migrantes a través de la contigüidad patémica como férreo vínculo de sostenimiento.

En caso contrario, al demonizar a quien se queda, surge una variable interesantísima dentro de las sociedades del desapego, representada por una *semiosis de la frustración*, o mecanismo pedagógico para crear en el sujeto limitaciones en cuanto a las posibilidades de realización y ‘ser feliz’. En nuestras sociedades la felicidad está suscrita a la adquisición de bienes

materiales o, a las instancias más allá de los predios terrenos que requieren de cuotas de sacrificio para lograrlo, aun cuando constituya uno de los más grandes espejismos, el cual contribuye determinadamente en la romantización –justificación– de la pobreza, es el pan nuestro de cada día promocionado por los grandes consorcios informativos, los contenidos educativos, e indudablemente las doctrinas religiosas.

En función de esta argumentación, el quedarse supone un sentido de culpabilidad y minusvalía frente al que migra, donde ninguna razón pareciera justificar el no irse a pesar de las circunstancias adversas del país. Cuando en esta actitud también pudiera estar implícito un grado de heroicidad, o así puede ser entendido por algunos bajo las relaciones intersubjetivas, de allí la asunción de diferentes razones para debatir sobre esa conversión heroica tan relativa como el concepto mismo, porque la transfiguración del héroe es una construcción simbólica, la concreción de una semiosis alrededor de un sujeto mediado por un objeto del deseo dentro de circunstancias específicas. Entonces no es ‘medible’ la transformación de la acción humana, no es posible cuantificarla para mostrar ‘estados de excepción’ que consagren o denigren al sujeto en función de la migración.

De allí que, en una sociedad de héroes y villanos, migrar o quedarse genera un espacio simbólico hasta el momento ignorado por la mayoría de las argumentaciones basadas en lo socioeconómico, para puntualizar sobre la individualidad estimulada por la sociedad del desapego, una valiosa

evidencia a recrudescer en tiempos pospandémicos y el ‘sálvese quien pueda’ a modo de mecanismos de sobrevivencia. Un colectivo disperso afectivamente, extraviado en los laberintos consumistas de las sociedades del desapego, pasa a conformar una anónima masa todavía arrullada por los cantos de sirena electorales, los vahos democráticos a alejarse cada vez más de sus principios elementales.

Ahora es de imaginar qué sucede con aquellos que regresan después de migrar, una especie de salto al vacío para encontrarse con una supuesta derrota bajo el sinónimo del caído durante el tránsito a la heroicidad. Allí la semiosis de la frustración actúa de una manera despiadada para estigmatizarlo, sin reparar en las razones del regreso, más aún, las de naturaleza subjetiva, ese don negado por las sociedades del desapego a través del cual es imposible crear una lógica de sentido cuando es la que mueve al Ser y sus circunstancias, por tanto, al mundo, aunque las intenciones materialistas intenten negarlo. En las redes sociales circuló el mensaje de una migrante venezolana donde afirmaba: "A mediados del próximo mes regreso a Venezuela. No soporto vivir fuera de mis espacios. Estoy feliz porque voy a regresar a mí misma. Ahora vengan de a mil".

Además de ser la expresión de una voluntad, existe en el texto una especie de reto a los posibles detractores de la decisión, como los hubo, alarmados por la confesión pública y donde la condición de heroína comienza a derrumbarse para muchos, pero reivindicada por otros, para

crear las ya acostumbradas polémicas por las redes sociales a evaporarse con la misma fruición con que aparecen. Pero esa instantaneidad no resta importancia a los contenidos referenciales para percibir la cotidianidad del efecto migratorio en torno a los sujetos y las dimensiones afectivas. Dimensiones que pueden ser intentadas enmascarar, pero siempre serán reveladas entre una semiosis desiderativa y la de la frustración, alrededor de un objeto del deseo.

En ambas semiosis o codificaciones, estará presente la *colonización patémica* a modo de apropiación de los espacios tanto físicos como simbólicos, bien sea para satisfacer las necesidades o carencias, o en su defecto, para resarcir las distancias en función de la realidad primordial o escenario iniciático de la antecedencia referencial a nutrir la acción humana. De allí que el migrante nunca pueda desaprenderse de campos experienciales vinculados al orden telúrico, entendido éste a razón de visión ensoñada de un espacio físico-geográfico a ser reconocido mediante principios ensoñativos derivados de diversos mecanismos de detonación, en los cuales, el centro de significación suele estar en el hogar y sus espacios inmediatos.

Al detalle, esta colonización patémica consiste en crear profundos lazos con el espacio físico-geográfico mediante la aparición de vínculos afectivos-subjetivos que modifican por completo la vida del migrante. Uno de los aspectos a referir es la *consanguinidad adquirida*, la cual se manifiesta mediante el establecimiento de vínculos sentimentales como el

matrimonio, la amistad, los hijos y todas aquellas referencias conducentes a crear apropiaciones de acontecimientos, personas y lugares bajo la figuración soportada por variantes explícitamente afectivas. Aún más, lleva a situar la realidad primordial entre el vínculo originario y el desarrollado con el lugar de adopción, hecho muy bien ilustrado en el poema *Mi padre el inmigrante* (1945) del escritor venezolano Vicente Gerbasi.

En este poema existe un enunciante intermediario entre el *ahora* enunciativo y la memoria del padre, a la cual está ligado como albacea y punto de autorreconocimiento en función del sí mismo y del otro contenido en la figura universal a ser patemizada por medio de los principios ensoñativos, bajo la delimitación de dos espacialidades simbólicas a representar la *ciudadanía sensible* del migrante, en principio, encarnada por el espacio nórdico u originario: “Yo vengo de los puertos, de las casas oscuras,/donde el viento de enero destruye niños pobres,/donde el pan ha dejado de ser para los hombres./Yo vengo de la guerra, del llanto y de la cruz/¿Ampárame tierra maravillosa”, y luego el escenario venezolano a manera de locación adoptiva: “Te señalo sobre la tierra, en medio de tu propia voluntad./La hoja aceitosa y morada del tártago,/la flor amarilla y espesa del guanábano,/la fruta velluda del guamo,/la araña cobriza y lenta,/el insecto de plata y de veneno,/están aquí en tu silencio,/en tu

silencio,/en tu silencio profundo domo el día,/donde posan los valles/como en la reminiscencia de una leyenda”⁴¹.

En este caso específico, la ciudadanía sensible rebasa la literalidad a partir del establecimiento de una estructuración corpovegetal⁴² que sirve de distensión significativa o unidad de contingencia simbólica para mostrar el tránsito del migrante aposentado en la dimensión patémica, desde donde es posible redimensionar las rutas transcurridas y por transcurrir, entronizadas dentro de la memoria ensoñativa y las figuraciones de la nostalgia. Particularidades a adquirir en el discurso estético una determinante caracterización de los atributos significantes de la movilidad migrante, más simbólica que física, pero a establecer los valores esenciales en cualquier discurso al imponerse el recurso ensoñativo en calidad de instrumento de configuración enunciativa.

La anterior particularidad es quien va a nutrir la transversalización referencial como amalgama de la realidad y la patemia, para de esta forma establecer una codificación sobre el migrante venezolano en función de lo culinario, acepciones religiosas y sus específicas representaciones producto de localidades determinadas, particularidades lingüístico-lexicales, referencias folklórico-testimoniales, tradiciones familiares, experiencias

⁴¹ Las referencias a *mi padre el inmigrante* ha sido tomadas de la *Antología poética* publicada por Monte Ávila Editores, Caracas, 1970.

⁴² En el ámbito ontosemiótico, la corpovegetalidad representa una manera de simbolizar la compenetración entre el sujeto y sus espacios mediante la transferencia afectiva, para la consiguiente transformación de realidades en subjetivemas o formas de enunciar a partir del sentimiento, los cuales, la mayoría de las veces se transforman en arquetipos colectivos a compartirse bajo la esencia de la dimensión afectiva. Así la ‘vegetalidad’ alude a la instancia telúrica entronizada en la cultura y su influencia a nivel individual a través de la cotidianidad inmediata del hogar, desde donde es posible la transferencia referencial de los valores ancestrales de las familias.

sentimentales. Sobre esta perspectiva ese principio identitario es bifronte: para quien migra –en el sentido dual del que viaja y el que se queda–, y para el lugar de destino en su correspondiente ubicación del migrante en sus espacios tangibles y simbólicos. En este sentido, la decantación de particularidades en su máxima funcionalidad identitaria, refuerza la presencia en medio de los encubrimientos propios de la dialéctica migrante en cuanto proceso de adaptación y reconocimiento en los nuevos espacios a habitar.

En torno a esta dinámica del encuentro entre el mundo del migrante y el de destino, esta base identitaria es moldeable dentro de un proceso de adaptación, al mismo tiempo, de colonización de espacios tanto externos como íntimos. Proceso a hacer posible la conciliación espacio-temporal del migrante con su nuevo entorno y en función de su sostenimiento con el originario. Además, esta particularidad de colonización, preponderantemente íntima, crea los vínculos de mayor fortaleza empática donde claudican todo tipo de fobias y diferencias de cualquier índole, al ser la manifestación afectivo-sensible la razón para homologar lo divergente.

En ese mismo sentido podemos advertir una nostalgia del instante presente, caracterizada por todo lo grato a hacerse mecanismo ensoñativo para entrelazar la realidad vivenciada con el tránsito simbólico antecedente, e ir moldeando una arquitectura de la sensibilidad o estamento fundamental para configurar los planos enunciativos develados por la acción humana en su configuración patémica. Configuración que al momento de considerar la

migrancia venezolana, es de fundamental preponderancia para develar aristas obviadas por la mayoría de los acercamientos argumentales. De las cuales, es imprescindible resaltar el carácter destacado de la memoria y su consolidación en el migrante figurado a través de una potencialidad simbólica soportada por el orden patémico diversificado en el pasado referencial, ahora enunciativo y la consiguiente proyección de ambos en un futuro o punto de conciliación a proveer la migración nostálgica.

Una de las maneras de conjurar los estragos de la distancia es a través de la memoria⁴³, ella es un especial recipiendario donde los recuerdos no ocupan un lugar estrictamente estipulado, sino surgen en función de los procesos ensoñativos mediados por un encadenamiento simbólico-referencial profundamente afectivo. El flujo de una serie de experiencias pasadas en tiempos presentes ayuda a resarcir circunstancias adversas como: acontecimientos íntimos, cumpleaños, fallecimientos, nacimientos, fiestas navideñas y, todos aquellos hechos a marcar al sujeto de manera determinante que, en el momento de la distancia, requieren ser conjurados de alguna forma para salvaguardar el equilibrio emocional de los sujetos.

⁴³ La memoria desde la dimensión afectiva es centro generador de recursos ensoñativos para 'regresar' a espacios originarios a ser transformados a través de la nostalgia en su posibilidad salvífica. Ello ocurre con los lugares de la infancia aposentada en la calidez del hogar a transfigurar experiencias en mecanismos estésicos o, de compenetración del ensoñante con las posibilidades de resignificar referencialidades. Es la vuelta del eterno retorno para afianzarse en lo vivido, aún más, cuando es asumido en función de una conducta reparatoria. Estos mecanismos estésicos son quienes proveen las singularidades referenciales para el estremecimiento de los enunciantes frente al acontecimiento y su potenciación patémica.

A modo de resumen para proseguir, esta migración nostálgica procura un movimiento en dos sentidos: hacia delante y hacia atrás, al crear un lugar de reflexión dentro de un *ahora* enunciativo, tal cual lo denominó Mario Benedetti en sus caracterizaciones sobre la nostalgia del presente, pues su mayor sustento, es ‘descubrir lo oculto’:

Cuando sentimos nostalgia del presente, del verdadero presente que merecen los jóvenes, sabemos que ahí no tienen cabida los que falsean. Hoy se hallan frente a un presente adulterado, apócrifo; más, por debajo del mismo pueden vislumbrar eso que en pintura se llama *pentimento*, o sea, el cuadro primitivo. Nuestra nostalgia se refiere pues a ese *presente-pentimento*, a ese presente que debió ser, y está semioculto, cubierto por los barnices capitalistas, liberales, socialdemócratas (2004, p. 38).

Bajo estas consideraciones, la nostalgia es acción discursiva y no simple retórica aupada por el dolor de regresar a una patria, sino refundar esa patria como asidero cierto que permita aferrarse en tiempo presente a las localidades de destino, circunscribirse a un pasado a manera de base significativa para reconfigurar espacios enunciativos con la finalidad de resarcirlos en los *ahora*, que perfectamente podemos llamar: *nostálgicos*. A decir de Paul Ricoeur:

Puede también aventurarse a resucitar y a reanimar las promesas no cumplidas del pasado; se une así al imaginario de los humanos desaparecidos y los libera de la contingencia de las realizaciones inacabadas, para pasarlo a cuenta del imaginario del futuro (1999, p. 133).

Este *ahora* nostálgico centra al migrante en un espacio de intermediación simbólica para rebasar cualquier límite físico-geográfico, homologarlo a partir de una serie de articulaciones subjetivas, permitir la extensión de recursos patémicos para poder mantenerse vinculado a su realidad primordial⁴⁴, representada ésta fundamentalmente por las instancias íntimas del hogar, muy por encima de una noción general de patria, quien aparece por analogía, una vez transferida por la acción evocativa de lo íntimo. Asimismo, este hogar es referente recurrente a expandirse simbólicamente por los caminos del migrante, trasplantándose en escenarios híbridos, pero siempre manteniendo su esencia equilibrante.

Bajo esta perspectiva, migrar no es simplemente una movilidad física, al contrario, es un intrincado proceso a involucrar complejas aristas dentro de un escenario simbólico de suma importancia, que hoy día, con la aparición de la Internet y la articulación de las redes sociales como mecanismos de comunicación de amplias y profundas ventajas por su manifestación en tiempo real e, incorporación de recursos gráficos, hacen de la significación migrante una poderosa herramienta argumentativa cada vez más evidente y representativa.

⁴⁴ Sobre esta realidad primordial es preciso destacar la combinatoria de referentes recurrentes para mantener al sujeto asido a configuraciones simbólico-nostálgicas a través de olores, sabores, recuerdos y figuraciones profundamente íntimas.

De esta forma, reconozco lo simbólico a modo de construcciones referenciales para atar un conglomerado humano desde lo íntimo-personal, unirlo a partir de incidencias patémicas o corresponsabilidades afectivas; tal es el caso de la migración de un hijo. Parafraseando al poeta venezolano Andrés Eloy Blanco: *Cuando se tiene un hijo, se tiene el mundo adentro/y el corazón afuera*, y en específico, al migrar, se acentúan los mecanismos para atenuar las distancias a través de diversos instrumentos de resarcimiento de la ausencia e, indudablemente las redes sociales, son en este momento el gran escenario simbólico de los migrantes.

Sí, de los migrantes, en plural, no solo por quienes marchan sino también por los que se quedan, los llamados *migrantes pasivos*, porque ciertamente no se movilizan físicamente, pero sí simbólicamente para acompañar en la travesía emprendida, son compañeros de viaje en muchos aspectos y medidas, desde la oración sentida hasta la esperanza de volver en un tiempo perentorio a reencontrarse físicamente, porque simbólicamente, están más unidos por medio de la figuración de un viaje paralelo: de adelante hacia atrás para encontrar los lugares comunes que permitan convivir a pesar de las distancias y, en función de los procesos ensoñativos.

A ese denominado migrante pasivo, por mi inclinación a los estudios ontosemióticos, prefiero llamarlo *migrante guardián o albacea*, porque es quien asume la misión de salvaguardar todo el espacio representativo del ausente, o más bien, conservar latente la presencia del que migra físicamente para su autorreconocimiento en sí mismo y el otro a manera de

complementariedad significativa. Entendida esta complementariedad como los puntos de coincidencia de los sujetos enunciantes en un momento determinado, al mismo tiempo, permite identificarse plenamente, no solo a ellos, sino a todos aquellos que estén experimentando similares situaciones.

Esta denominación de *migrante guardián o albacea* no surgió en medio de la academia o producto de un desmenuzamiento teórico. Nació de la cotidianidad al escuchar a una señora decir, al ser interpelada por otra, *yo no me voy, me quedo aquí cuidando todo lo que mis hijos tienen, para cuando regresen*. Aparentemente, leída literalmente la expresión, pensamos de una vez en bienes materiales, en la salvaguarda de lo material, pero simbólicamente hay otras aristas a develar los tránsitos significantes al apelar a la afectividad y construir campos significantes de una fortaleza medular determinante, al momento de realizar interpretaciones del fenómeno migratorio venezolano.

Comencemos por señalar que quien detenta el sentido enunciativo, es la *madre*, por naturaleza simbólica, guardiana de los espacios íntimos, albacea de la domesticidad, amparo y portadora de las primeras imágenes sobre las cuales el Ser volcará el amor hacia otras dimensiones y perspectivas durante su existencia. Especie de sacerdotisa para conservar el fuego votivo contentivo de la memoria y esencia familiar a constituir la realidad primordial de los integrantes de ésta, la base esencial de toda manifestación intrasubjetiva a marcar por siempre la interpretación de cualquier acontecimiento.

Además de esa determinante figuración, ¿qué salvaguarda?, *el hogar*, espacio de origen del Ser e iniciación de su relación con otros espacios – privados, públicos–, confluencia de un proceso de singular importancia en la formación de los individuos a través de la afectivización de los espacios y objetos, al transferirles una profunda carga emotiva para hacerlos indispensables y determinantes en la formación de la realidad primordial. Así el *hogar* es la configuración del mundo íntimo del sujeto a siempre contener las bases de la memoria afectivizada, darles los insumos a los procesos de recordación y permitir el tránsito simbólico en determinadas circunstancias y situaciones. Siempre recordaremos el mismo referente, pero nunca de la misma manera. El recordar supone un acto de reconstrucción de lo evocado; más aún, cuando interviene la nostalgia y sus figuraciones desde el placer.

Ahora bien, la figura del hogar es determinante con respecto a la migración, es el lugar de partida, al mismo tiempo, de llegada; porque innegablemente, todo viaje está soportado en la esperanza por un regreso, incluso, cuando se trata de movilizarse en busca de la solución a una situación determinada. Y el proceso migratorio no escapa a esa particularidad, aun cuando el lugar de acogida del migrante brinde todas las condiciones deseadas, siempre quedará ese hálito nostálgico por el hogar, que distante se hace mucho más significativo, extensible al llamado

lar nativo y de allí a la patria, como lo señalara el trujillano universal don Mario Briceño-Iragorrry en el transcurso de toda su obra, y específicamente en la siguiente expresión contenida en su texto *Apología a la ciudad pacífica*:

Nunca alcanzará virtud creadora ni crecerá cuanto es debido en nuestro espíritu la noción de Patria total, capaz de abarcar en su seno los destinos de mil diversos pueblos, si no se profundiza su raigambre en la robusta individual de la Patria local, en el afecto inmovible al pueblo, al barrio, a la calleja, a la casa, en fin, donde corrieron los tiempos sin igual de nuestra infancia (1998: 25).

Por un proceso traslativo los espacios van eslabonándose mediante una cadena patémica a estructurar la afectivización o base a soportar la realidad primordial de los sujetos. Hace poco una exitosa migrante venezolana en Europa, refería vía *Twitter*, lo bien que la había “tratado España, con las deseadas oportunidades personales y profesionales, pero añoraba a rabiarse el apartamento de sus padres en la Candelaria, a su Caracas atesorada en la memoria, a Venezuela bajo la luz de la esperanza”. O releer el poema *Vuelta a la patria* de Juan Antonio Pérez Bonalde, para darnos cuenta de un regreso al mundo materno a través de la más profunda melancolía por la ausencia definitiva, antes que a la patria a manera de entidad física. En ambos casos, en el pasado contenido en la pieza lírica, o en el presente a través de una red social, el hogar será la base simbólica de cualquier argumentación; mucho más, cuando ésta toque aspectos profundamente íntimos, acrecentados por la distancia.

En este sentido, la palabra en todas sus manifestaciones es el recipiendario donde han ido labrándose las experiencias migratorias, convertirse en testimonio silente de una experiencia de la humanidad que no cesa en incrementarse cada vez más por las ya conocidas y agudizadas causas sociohistóricas, siendo Latinoamérica uno de los continentes más representativos en este aspecto. Desde la misma llegada de los europeos, surge un complejo proceso de hibridación o mixturización cultural para hacer del mestizaje el gran principio de la globalización en estas tierras y su incorporación a la cultura ya existente.

Históricamente, en torno a los tránsitos simbólicos, los europeos luego de un proceso de ajenidad, asumen estas tierras como suyas mediante la creación de imaginarios a convertirse en las bases identitarias de este continente mestizo; soportes referenciales para la construcción de importantes manifestaciones literarias autonómicas, tal es el caso del Modernismo o el llamado realismo mágico; instancias argumentales a seguir siendo referencia de las magias y maravillas de estas tierras enmarcadas dentro de una memoria bastante particular y su gran afinidad con lo telúrico, o la asunción de la madre tierra a manera de principio fundamental de las primeras visiones del sujeto sobre la configuración del mundo.

De vuelta a nuestros días, los tránsitos simbólicos no solo quedan reservados para la construcción de la historia, sino más bien sirven para destacar la acción humana frente al acontecimiento, al ceder paso a lo patémico y profundamente sensible que produce el desprenderse del lugar

de origen y trasladarse a espacios foráneos, en principio, porque en un alto número de casos llegan a convertirse en definitivos, pero sin nunca perder los vínculos con la realidad primordial. De allí, migrar genera formas de resistencia y supervivencia.

En relación con lo anterior, el intercambio simbólico permite establecer un tercer espacio conciliador de los mundos distendidos y muchas veces conflictivos para el migrante, pues pareciera que éste no perteneciera a un espacio en concreto al verse envuelto en una especie de *ciudadanía aérea*, no es de aquí ni de allá, así llegue en un momento determinado a nacionalizarse. Todo lo anterior complejiza el hecho a partir de los procesos de adaptabilidad, por una parte, para colonizar el lugar de destino sin mayores conflictos y obstáculos que generalmente impone el impacto y la novedad inicial, o la xenofobia, tan común y latente en estos momentos en contra de los migrantes venezolanos. Por la otra, lograr los objetivos trazados y superar la situación generadora de la movilización; hecho de suma importancia para el migrante, quien siempre estará bajo la presión de no alcanzar lo propuesto y regresar bajo los signos de la derrota en evidente manifestación de la antiheroicidad comentada en párrafos anteriores. Hecho a verse reflejado en el siguiente mensaje hallado en las redes sociales: “Los que regresaron para quedarse nunca tuvieron un plan, pensaron que todo era fácil. Emigraron por moda para decir que lo hicieron”.

Allí existe un juicio de valor a contrastar con muchas experiencias personales al caer en la generalización, aunque pudiera tener mucho de cierto y en algún porcentaje, la migración venezolana puede deberse a un impulso de la novedad generada por muchos ‘cantos de sirena’ a deshacerse con el paso del tiempo y las cuotas de sacrificio a sufragar para lograr los objetivos. Pero es de destacar en esta afirmación la presencia de una variable por demás interesante y demostrativa para el fin de mi propuesta ontosemiótica sobre el migrante venezolano, está en la expresión: “Emigraron por moda para decir que lo hicieron”, entonces podemos pensar en la heroicidad planteada a partir del reconocimiento de la acción para lograr un determinado status dentro de algunos estratos de la sociedad venezolana.

Ciertamente, en algunos estratos, porque en el sector gubernamental parecen haber cambiado las estrategias sobre los migrantes, ahora en vez de apátridas, comienzan a ser considerados víctimas del engaño de otros países, estafados en su buena fe. Ahora el gobierno nacional clama ayuda para retornar a los “pocos migrantes” que quedan, entrando en una evidente contradicción con las cifras reveladas por las organizaciones internacionales como la ACNUR, al mismo tiempo de cuestionar el uso del dinero donado por otros países para la atención de los migrantes venezolanos en lugares de acogida. Para de esta forma, una gravísima situación, pasa a ser un ingrediente político con preocupantes ribetes electoreros, sin propuestas de fondo para su solución.

De allí la intención de insistir en las dimensiones patémico-afectivas de la situación, e insistir en la revelación de un contradictorio mundo referencial desde el sujeto a manera de texto simbólico indiciador de claves de suma importancia para contribuir con vías argumentativas sobre la coyuntura de la migración venezolana. En caso contrario a la tipificación del migrar como una moda, está el regreso a manera de reencuentro con la realidad primordial para anteponerla ante cualquier otro interés. Así queda expresado en el siguiente testimonio: “Les comento, yo emigré y tuve momentos buenos y malos, vine por la graduación de mi hija y mi esposa no dejó que me volviera a ir, y hasta el sol de hoy, me ha ido mucho mejor que estando fuera del país, ojo no quiero decir que todo está bien, porque tengo que madrugar y partirme el lomo a diario para salir adelante”.

En las dimensiones afectivas, sin intención de romantizar las circunstancias patémicas en la toma de decisiones, las relaciones intrasubjetivas sustentan la acción humana sobre una lógica subjetivada que, aunque no dé insumos para consideraciones estadísticas y numerológicas, destaca variables de suma importancia. De allí la generación de instancias argumentativas para justificar regresos fuera de la connotación de derrota o fracaso, puesto que la noción de sacrificio se resignifica para estar más cercana al orden de la espiritualidad representada por esas realidades primordiales, de esa antecendencia afectiva a influir determinantemente en la toma de una decisión. Por ejemplo, el siguiente comentario: “Regresé a trabajar y echarle piernas, y lo mejor es que

comparto con mis hijas y mi esposa, estando afuera si me comía algo no lo disfrutaba pensando en ellas, y como me dijo mi esposa: —usted se queda aquí, si pasamos roncha, pasamos roncha juntos”.

A diario esa variable afectiva sigue presente en la acción migrante, por lo que deben tenerse muy en cuenta estos elementos significantes dentro de una migración de ida o, de retorno y su incidencia en los sujetos involucrados, una supone el inicio de una travesía –aventura– a hacerse realidad con la materialización del objeto del deseo para el cumplimiento de todas las expectativas. La otra, representará para ese sujeto su realización o fracaso; circunstancias a marcarlo de manera definitiva y definitoria, sea por un resultado u otro, el migrante siempre quedará enmarcado dentro de ese proceso migratorio constituyente de una ciudadanía aérea a modo de flotación entre campos de significación nutridos en la convergencia de tiempos y lugares, principios y ensoñaciones a razón de formas enunciativas.

Indudablemente, el hecho de migrar impone un estatus del cual depende en gran medida el rechazo o aceptación. Seguramente muchos recordamos la figura del *musiú*, tipificación hecha a un extranjero radicado en estas tierras; expresión a convertirse en una muestra de cariño y aceptación al no ser nativo, pero incorporado a partir de una consanguinidad existencial. Una muestra de los grados de tolerancia y

aceptación del venezolano hacia el extranjero acogido en estas tierras como si fuesen suyas. Estamos en presencia de una etiqueta para distinguir a quien no es del lugar habitado, pero de alguna manera, pertenece a él.

Pero esas etiquetas también pueden usarse para discriminar, tal cual sucede en la actualidad con la expresión *veneco*, o quizá siempre, pues según los entendidos, era una palabra para designar a hijos venezolanos de colombianos, o a los colombianos residentes en Venezuela que asumían costumbres y valores del gentilicio nacional. Aunque la fuerza despectiva hacia el venezolano se acrecienta a partir de la desafortunada intervención en 2017 de quien fue vicepresidente de Colombia, Vargas Lleras, en una entrega de viviendas al norte de Santander, al afirmar: “estas casas no son para venecos”. Desde ese momento el carácter peyorativo aumenta considerablemente, por consiguiente, las manifestaciones de rechazo, hasta de los gobernantes, que paradójicamente cuando fueron candidatos, utilizaron la migración venezolana para ganar votantes.

Son tales los niveles de xenofobia hacia el venezolano, que el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), ha iniciado una campaña para enfrentarla y evitar la estigmatización y discriminación contra los migrantes provenientes de Venezuela. Bajo la iniciativa: “Desde donde sea, los venezolanos aportamos”, buscan destacar las contribuciones de los migrantes en los países de acogida. Para tal fin, proponen la creación de una pizarra digital donde puedan destacarse las contribuciones hechas por “las

personas venezolanas en movimiento y radicadas en los diferentes países y ciudades de la región, pueden anotarse de forma virtual para destacar su aporte a la ciudad donde se encuentren”, especifica la propuesta.

Como puede apreciarse, la iniciativa centra su atención en comunidades de acogida latinoamericanas: Colombia, Chile, Perú y Ecuador; para inventariar en residentes o retornados su contribución en diversas formas a sus comunidades hospedantes en las siguientes áreas: “respuesta a la pandemia, emprendimientos y proyectos económicos, proyectos sociales y/o de base comunitaria y proyectos u organizaciones artísticas/culturales”. Evidentemente, el registro de estos aportes es una muestra de la otra cara de la moneda frente a los atropellos y acusaciones que a diario se formulan contra los migrantes venezolanos; una forma de reivindicarlos de las esferas de la amenaza y la sospecha.

Las anteriores circunstancias validan de manera determinante la visión de antiheroicidad del migrante venezolano, a enfatizar con este trabajo desde la perspectiva ontosemiótica, para dar cuenta de un posicionamiento/desplazamiento simbólico a conferir la ciudadanía negada/suplantada por diversos factores que tienen su base fundamental en los aportes a la productividad de esos contextos mediante resultados cuantificables. Un soporte para institucionalizar desde lo tangible y otorgar un estatus al migrante venezolano en función de una *neociudadanía* a

borrar los estigmas, funcionar a modo de mecanismo sensibilizante ante los colectivos para facilitar la colonización de esos espacios por parte del migrante.

En este caso específico, la nominación de *neociudadanía* posiciona al migrante en cualquier tiempo y espacio para sustituir la otra que no lo representa, sino más bien, lo excluye o lo recluye en escenarios de la periferia. Esta neociudadanía es sin territorio geográfico específico, a manera de reinserción dentro de un espacio social generará toda una constelación significativa a impregnarse de vínculos afectivos y proveer otros mecanismos de reinserción. Lugares desde donde debe asumir mecanismos para subsistir en medio de la afrenta que, a su vez, radicalizan su conciencia y necesidad de asirse a las realidades primordiales ancladas en el lugar de origen, convertidas en memoria de los afectos o memoria afectivizada. A este proceso lo llamaré de *sostenimiento*, para significar la creación de universos simbólicos dentro de la codificación enunciativa del migrante.

De esta manera existe un proceso adicional y complementario al de adaptabilidad, quien sostiene los vínculos más allá de lo físico o material, al permitir mantenerse en constante interacción con el lugar de origen a pesar de la distancia y las circunstancias a través del resarcimiento de las necesidades subjetivas que, en el migrante por razones obvias, tienden a acrecentarse. Así lo demuestran múltiples y sentidos testimonios sobre el incremento de las experiencias ensoñativas para regresar simbólicamente al

lugar de origen: al hogar; para volver a habitar los espacios cotidianos y experimentar sosiego ya que, en esos momentos, es posible retornar a los lugares originarios por medio de recursos vivenciales, mediante los cuales, el tiempo pareciera homologarse en un presente narrativo y vencer distancias.

En consecuencia, la migrancia representa un tránsito simbólico que posibilita 'moverse' en la pluridimensionalidad temporal; esto es, un espacio donde presente, pasado y futuro pueden encontrarse sin limitación alguna, pasar de un tiempo a otro, como si de una narración se tratara, para buscar el punto de equilibrio que permita conjurar los acechos de la distancia. Donde recordar no será un simple ejercicio de la memoria, sino, una manera de reafirmarse *sujeto* frente a las circunstancias sociohistóricas que le corresponde vivir siendo migrante, una condición a marcarlo durante toda su existencia.

De modo que, la migración representa un complejo proceso de transformación para quienes la experimentan, al siempre persistir la idea de regreso, el vencimiento de las distancias y la esperanza de volver a habitar los espacios originarios, en los que van a encontrar los elementos esenciales para continuar la travesía llamada vida. Mientras, los tránsitos simbólicos ofrecen a cada momento la oportunidad de movilizarse a través de un imaginario profundamente sensible, bajo la constitución de una región para hacer convergentes los lugares de origen y los de destino, que permita el encuentro consigo mismo y los otros, bajo la apelación de un principio

universal de la humanidad creyente, sobre aquel lugar que luego del tránsito por la vida, nos albergará a todos: El Paraíso en todas sus denominaciones y referencias.

Dentro de esta dialéctica los migrantes crean imaginarios íntimos a transformarse posteriormente en testimonios culturales frente a la historia, reescribirse a través de un sinfín de travesías confluidas en un mismo lugar: los tránsitos simbólicos, donde tiempos, espacios y distancias, coinciden en la evocación y la nostalgia para propiciar encuentros en el eterno renacer de las realidades primordiales, tan primordiales, que nunca dejarán a la soledad abatir a los involucrados en la compleja referencialidad migratoria.

En tal sentido, la idea de retorno simboliza el mayor aliciente del viaje, al representar en primera instancia, el regreso al hogar en las definiciones espacio-temporales. Pues todo viaje significa un tránsito hacia sí mismo en busca de la bienaventuranza y sus diversas figuraciones; búsqueda que indudablemente va a generar una nostalgia por ese objeto del deseo en las diferentes pruebas a surgir para hallarlo y habitarlo a través de la voluntad regeneradora de la condición humana, impulsora de las acciones para alcanzar ese objeto garante del posicionamiento físico y simbólico del migrante. De esta forma, el regreso está implícito en la connotación de realización, pues la migración por condición natural, representa un descentramiento más allá de lo físico-geográfico. Asimismo, las nociones de

desplazamiento llevan implícita la figuración simbólica de un renacer/rehacer como centro generador de la metamorfosis del viajero entre la ida y el retorno.

Este descentramiento es punto clave para entender la migración en todos los sentidos, pues va a generar un conflicto a ser resarcido por el sujeto desde sus dimensiones patémicas, a través de las cuales intentará redimensionarlas para una reapropiación del ‘espacio extraviado’, más no perdido, que amerita ser recuperado y garantizar la permanencia afectiva-simbólica en un *ahora* enunciativo. ‘Ahora’ caracterizado por la volatilidad referencial a demandar medios o herramientas de develación de un imaginario particularizado por el orden patémico. Y he allí la figuración de la migración nostálgica en el rol reconstructivo de circunstancialidades salvíficas al momento de requerirlo las circunstancialidades.

E incluso, en aquella migración externa o interna⁴⁵ tan convencionalizada en los desplazamientos de un lugar a otro para proseguir estudios o ejercer actividades laborales, la cual denomino: *migración convenida*, quien de igual forma produce una *errancia nostálgica* por un espacio a nunca habitarse de la misma manera, aun cuando ocurra un desprendimiento consciente, por lo que sus configuraciones simbólicas no pueden catalogarse dentro de las nociones de destierro, pues no existe una expulsión en ningún sentido, sino una acción voluntaria originada por la

⁴⁵ Por las condiciones del país en cuanto a políticas gubernamentales y desarrollo socioproductivo, paralelamente a la migración externa, existe un progresivo aumento de la migración interna, específicamente a Caracas en procura de mejoras salariales, oportunidad de empleo y mayor calidad de los servicios públicos.

consecución de un objeto del deseo. Tampoco desarraigo, porque la vocación nostálgica del Ser nunca permitirá su concreción, al imperar siempre los intentos por recuperar los espacios extraviados, o más bien, demorados entre distancias físicas.

Todas las consideraciones anteriores alejan al migrante del llamado 'duelo migratorio', al potenciar la nostalgia como mecanismo de embrague, la nostalgia a modo de resarcimiento o forma de conciencia simbólica a contener por siempre los vestigios salvíficos de la realidad primordial alegorizada por las fiestas locales, olores, sabores, espacios de lo íntimo y, todas aquellas variables detonantes de mecanismos de la ensoñación. De igual manera, la marca indeleble que deja en los sujetos la migrancia, para nunca ser los mismos y habitar los espacios a través de una *ciudadanía sensible* a homologarlos en múltiples aspectos, también es cierta la potenciación de las realidades primordiales como mecanismos de resarcimiento para enfrentar las diversas circunstancialidades devenidas de ese complejo proceso simbólico donde radica la esencia significativa del *Ser*, para proponer alternativas argumentativas desde la dimensión patémico-afectiva.

CONFIGURACIÓN/CONSTRUCCIÓN DEL HÉROE DENTRO DE LA SEMIOSIS DEL MIGRANTE

La predisposición argumental soportada en la nostalgia, enfatiza el carácter de este enfoque alrededor de la migración como una forma de vida en la cual el lenguaje inmerso en una productiva red de intercambio significativa, va a concretarse en la movilidad simbólica originada por la migrancia bajo la antagonista relación héroe/antihéroe, para luego nombrarse a través de una semiosis profundamente ambivalente, con una codificación a incorporarse paulatinamente a los nuevos espacios correlacionantes de la significación y, dentro de las asociaciones a darse en los contextos intervinientes –físico-geográficos o los simbolizados a través de la acción ensoñativa–, al construir un sistema de significación en torno a un objeto del deseo, tan múltiple como los propósitos del migrante.

La anterior circunstancia enunciativa constituye una correlación significativa a través de referentes patemizados, desde donde debo insistir en la dinámica discursiva de la migrancia, profundamente impregnada de isotopías afectivo-subjetivas, quienes orientan la indagatoria sobre centros argumentativos de la migración a modo de acción comunicativa. En tal sentido, este sistema simbólico particularizado alrededor del migrante,

propende a una dialéctica profundamente sensibilizante, construida sobre una base referencial sustentada en las relaciones discursivas de las realidades primordiales y su continua resignificación, mediante la creación de imaginarios culturales patemizados.

De allí la inserción de la categorización de *semiosis del migrante*, más no migratoria, para insistir en el sujeto patemizado, simbolizado mediante mecanismos subjetivantes a modo de acciones comunicativas alrededor de un reconocimiento intrasubjetivo como base inicial en la generación significativa. Generación que va más allá de la simple y usual referencialidad, al asirse al sentimiento y desgarrar los planos enunciativos con la viva voz del migrante; voz acompañada en diversos detalles y manifestaciones a desembarcar en una palabra cargada de horizontes multiplicados por la esencia imaginal denotada de manera admirable por la nostalgia.

Más aún, esta semiosis del migrante es una compleja codificación a sostenerse entre la particularidad y la universalidad patémica, las dos aristas confluyentes en un mismo espacio simbólico a homologarse en un sentimiento colectivo, a través del cual es posible compartir experiencias sin estar limitados por estrictas condiciones físico-geográficas. Al mismo tiempo, esta semiosis crea una fundamentación semántica para legitimar espacios, aún en la periferia, conforman todo un centro de significación por el poder simbólico a establecer, tal es el caso de las trochas o caminos verdes

transitados por los migrantes y, de allí el surgimiento de las variables: legalidad/ilegalidad; no es lo mismo una migración por trochas que por los caminos/senderos regulares de las fronteras.

Indefectiblemente la *trocha* ocupa en estos momentos un lugar privilegiado en la cresta referencial de la acción comunicativa con respecto al movimiento migratorio, donde la ilegalidad pareciera ser el camino más expedito para llegar a los destinos deseados, otorgándole paralelamente una legitimidad por razón de uso; además de los dividendos a representar para quienes manejan el tránsito por esos lugares. Ya es común en las redes sociales y otros mecanismos de comunicación masiva, la promoción de viajes con comodidades y garantías para migrar por las trochas, lo cual implica una forma de legalización que supone convenios para revestir esa actividad de una ‘normalidad’ distendida entre la necesidad y el espectáculo.

Son múltiples y disímiles los anuncios encontrados en las redes sociales para ofrecer tales servicios que no sólo instan a satisfacer una necesidad de traslado, sino también la maquillan con una serie de elementos seductores para captar potenciales clientes. Por ejemplo, éste: “Viaje cómodo, viaje seguro, sin mucho protocolo llegue a la frontera bajo el más absoluto confort. Buenos precios. Incluye paso por la trocha. Seguridad garantizada”. Visto literalmente el anuncio, viajar por medio de los caminos verdes o atajos representa una verdadera garantía, donde la ilegalidad asume visos de normalidad, una innegable legitimación de lo irregular e ilícito, que indudablemente contribuye a la estigmatización del migrante.

Además de la anterior referencia, la cultura del espectáculo ha hecho del fenómeno migratorio una muy buena forma de obtener dividendos y ajustar sus promociones a los tiempos y circunstancialidades sociohistóricas, tal es el caso de las fiestas decembrinas y las connotaciones tan especiales a adquirir en tiempos de pospandemia. Hace poco por la plataforma Facebook aparecía una publicidad exhortando al público a hacer reservaciones en sus “modernas unidades de transporte” para la navidad y trasladarse a destinos como Colombia, Chile, Ecuador, bajo la más estricta seguridad y con la garantía de los ‘pases’ por las trochas “sin ningún riesgo y demora”⁴⁶, algo así como un servicio puerta a puerta. Lo que lleva a establecer una comparación con los tiempos pre-migratorios cuando los grandes medios de información ofrecían oportunidades de viajar a otros países siguiendo las rutas convencionales de circulación a través de puertos, aeropuertos y otros puntos de embarque y desembarque de pasajeros.

Vista desde esta perspectiva, la generación significativa traduce una variación referencial para establecer la aludida *semiosis del migrante* en función de una circunstancialidad hecha ‘normalidad’, al crear elementos legitimantes a transformarla en una realidad que en momentos puede lindar

⁴⁶ En esta representación de una normalidad, son presentadas una serie de fotografías de migrantes frente a las ‘modernas unidades’ de transporte, en los puntos de aprovisionamiento entre destinos, con unas poses que denotan la mayor felicidad al migrar, como si de un viaje de placer se tratase. E incluso, el eslogan de la empresa promotora de la actividad es muy elocuente: “uniendo familias venezolanas, en la comodidad que ofrecemos”. Un mensaje por demás representativo del manejo de una subjetividad descentrada para desvirtuar la naturaleza dramática de la circunstancia, al convertirlo en una especie de nuevas rutas turísticas. Quizá un nuevo turismo de aventura a ofrecer posibilidades de encuentro en tiempos de postpandemia y confrontación bélica.

entre lo verosímil e inverosímil, pero de igual manera se sostiene a modo de campos simbólicos a convertirse en cotidianidad.

Así, de la acción migratoria surge la denominación *trochero* como centro de la dialéctica enunciativa de quien conduce por atajos a los interesados en salir del país, una figura de aportes enigmáticos constituida entre la villanía y la heroicidad que, en medio de la aludida normalidad, representa un estigma para el que lo acompaña al extrapolar muchas veces su condición de migrante para convertirse en desplazado, refugiado, solicitante de asilo, víctima de trata, apátrida. Por lo cual aparece una cadena significativa a determinar un campo semántico a fundamentar una particular semiosis del migrante que lo hace por la frontera de países latinoamericanos. Mientras, las palabras *coyote-pollero* comienzan a popularizarse dentro la población venezolana para identificar a quienes ejecutan el mismo trabajo en la frontera de México con Estados Unidos, a través de la experiencia de algún allegado o familiar, o por la extensión referencial producto del influjo de las redes sociales.⁴⁷

Sobre esta dinámica de movilidad y la semiosis del migrante, surgen interesantes aportes dentro del campo simbólico a establecerse, uno de ellos es la figuración de una 'frontera líquida' e implementación de medios de transporte acordes con la naturaleza del espacio físico: la balsa. De allí,

⁴⁷ Según los datos aportados por la Oficina de Aduanas y Protección de Fronteras de los Estados Unidos (CBP), la región mexicana vive una ola migratoria sin precedentes, con un flujo histórico de migrantes indocumentados que intentan cruzar hacia otros países. Según *La voz de América*, han sido exitosas las acciones emprendidas por el gobierno de México a solicitud de los Estados Unidos, para controlar la migración a través de sus fronteras, especialmente la venezolana.

podemos apreciar una transformación con respecto a los venezolanos, en una oportunidad denominados ‘balseros del aire’ para significar a la clase media que ingresaba con una visa de turista y luego se anonimizaba en medio del sistema para intentar conseguir la ciudadanía norteamericana. Ahora surgen otros medios para el ingreso sin importar la preparación académica u otras variables tan de peso en el pasado, pero si demuestra un profundo grado de desesperación, al mismo tiempo, revela la existencia de una situación-país cada vez más compleja y castrante.⁴⁸

Ahora bien, esta fórmula convencionalizada de cruzar fronteras para trasladarse a otros países ¿aumenta el grado de heroicidad del migrante? En principio, la respuesta pareciera ser afirmativa, héroe dentro de una particularidad íntima, de su círculo más cercano, o de los países de destino que comprenden la asunción de esas rutas como mecanismos alternativos ante el cierre de fronteras o, la manera de saltarse los requisitos migratorios. Pero en otro sentido, esta forma de movilidad está convirtiéndose en un estigma para los migrantes venezolanos en diferentes países de allí las intenciones de muchas instituciones no gubernamentales de emprender campañas de concienciación sobre este complejo proceso que tiende a agudizarse, arrojando cada vez más, cifras por

⁴⁸ Es de tal magnitud la complejidad de este proceso a partir de una semiosis del migrante, que en el discurso político-gubernamental ya comienzan a despuntar alternativas significantes e intentar la exculpación frente al fenómeno migratorio, achacando a campañas internacionales la movilidad de venezolanos a otras latitudes, por lo que han cambiado los rumbos referenciales de: traidores a la patria, apátridas, esclavos, mendigos, bioterroristas, por una figuración de víctimas timadas en su buena fe, a más de ser un atentado internacional contra la economía nacional, insta al regreso y aconseja realizar emprendimientos para ayudar a “la patria que le abre los brazos con amor”. Indefectiblemente estamos frente a una subjetividad descentrada, muy alejada del orden afectivo, al intentar convertirse en una posibilidad ideológica para continuar en el juego político bajo semblantes aparentemente democráticos.

demás alarmantes, como las de la Agencia de la Organización de Naciones Unidas para los refugiados (Acnur), al revelar que de 16 millones de desplazados en Latinoamérica, más de 7 millones son venezolanos.

Toda esta situación convertida en valor argumental, va a consolidar todo un sistema referencial para hacer mucho más viable comercialmente un grave problema social, mercadear con la necesidad e irremediablemente complicar la situación-país y las posibles formas de solución a la crisis que lo envuelve. Al respecto, es imprescindible acotar la variable simbólica del viaje a modo de herramienta interpretativa para hacer más puntual la creación de esos imaginarios culturales soportados en *utopías reparadoras*, o modos ensoñativos a generar nociones de lo real como puntos de abordaje de lo acontecido desde la recurrencia patémica del sujeto enunciante. Lamentablemente arrastrados hacia una subjetividad descentrada que conduce por caminos del extravío donde las utopías son simples y artificiosas quimeras para aprovecharse de la necesidad del otro.

Pero además de esta materialidad cosificante, el viaje entronizado a la figura del migrante, implica una manera de nunca desprenderse de la realidad primordial y refugiarse en ella como punto de abordaje de lo acontecido. Así, los significantes generan otra forma de movilidad a través de la acción patémica, pues ellos están constituidos por un sentido ya trazado por la aludida realidad primordial, a producir una metatextualización o relación discursiva alterna a lo específicamente

lingüístico, volcada la acción hacia los sujetos y sus implicancias afectivas, un valor menospreciado al momento de hacer consideraciones sobre la migrancia venezolana.

En este sentido, con la migrancia opera un proceso de significación donde el tránsito simbólico involucra cada vez más, audiencias traducidas en los efectos sociales recompuestos por determinadas semiosis generadas por un proceso histórico particularizado bajo ciertos estándares culturales que, con respecto al héroe, tienen una ponderación determinante a partir de las dimensiones míticas, hasta la noción de superhéroe advenida con la tecnología. No obstante, en todos los planos el héroe representa una categoría moral, por demás meticulosa en cuanto acción destacable a través de las virtudes que la sitúan dentro del bien y el actuar conforme a los preceptos de la justicia; donde el objeto del deseo obra en función del otro para el establecimiento de la correspondiente cuota de heroicidad representada por la conciencia de servicio al prójimo bajo el desprendimiento propio.

En torno a lo anterior, es de destacar la correspondencia entre el objeto del deseo y el otro, para la asunción de determinadas catalogaciones sobre el héroe. Para de esta forma inferir una concienciación de la acción en función de un eje comunitario a conferir esa atribución a partir de un reconocimiento, en el caso del migrante venezolano, surge acompasado de diversas variables significantes para homologarlo a través de un etiquetamiento muy diferente a las consideraciones peyorativas, al cual ha

sido sometido un sector de la población forzada a marcharse del país en busca de nuevas y mejores oportunidades de vida. En todo caso y circunstancias, la aparición de la figura del héroe es producto de una construcción simbólica soportada sobre una base afectiva-subjetiva, en reiteradas oportunidades, desechada por las sociedades del desapego y utilizada a modo de agente distractor para fundamentar la relevancia en la historia bélica, el mundo deportivo, la farándula, o todos aquellos paradigmas incitadores del consumismo y la desubjetivación de los seres.

Es más, en los actuales tiempos de pospandemia, está produciéndose un recrudecimiento de la variable sustentada en la antinomia héroe/antihéroe encarnada por el sujeto migrante, quien para los espacios íntimos es el héroe a emprender un viaje en busca de un objeto del deseo, mientras para las instancias gubernamentales, un desagradecido de la patria y sus bondades. Como lo puede ser para muchos en sus lugares de destino, donde debe encubrirse de diferentes maneras mientras dura el proceso de adaptación y reconocimiento en esos predios. Circunstancias que han creado un alfabeto afectivo a irse robusteciendo por los efectos del distanciamiento físico y las ausencias, así también de un alfabeto del rechazo y la exclusión a través de etiquetas peyorativas para desacreditar al migrante, por una supuesta defensa de los territorios a colonizar por éste.

Ahora bien, establecida una relación con el aspecto educativo como base fundamental en la construcción de la semiosis social, es interesante acotar sobre el anclaje de los sistemas formales de la educación en una

pedagogía de la heroicidad, no solo a sustentar los contenidos programáticos, sino para sostener la historia conmemorativa a manera de discurso del poder dentro de la humanidad. En estos escenarios el héroe sigue separado de la cotidianidad del sujeto para erguirse en dechado de la perfección, para recubrirse de una corporeidad sublime e incorporarlo a dimensiones de excepción, el atalaya a admirar por las multitudes. Esta pedagogía heroica es extremadamente verticalista, parte de la deidad o centro a desdoblarse simbólicamente en: héroe patrio, padre-madre, docente, entre otras instancias representativas, pero siempre teniendo como parangón ético esas figuras que, en su conjunto, representarán al Estado omnipotente y todopoderoso.

Aún más, en los sistemas educativos no-formales, esta *pedagogía de la heroicidad* también está presente para apuntalar el objetivo común de la sociedad del desapego. El sujeto crece en medio de héroes y villanos, existe una didáctica de la villanía para establecer las exclusiones dentro de las fronteras del bien y el mal. Fronteras a extenderse cada vez más a lo largo de la existencia humana, formas de coaccionar al sujeto mediante sujeciones ético-morales que generalmente lo anulan en su dimensión subjetiva para adentrarlo en esa sociedad del desafecto, en la cual, la escuela como representante emblemático de los ajustes de la sociedad sobre sus integrantes, es quien lleva el mayor peso representacional.

En consecuencia, una sociedad que crece entre héroes y villanos es propensa a la violencia a manera de ejercicio para establecer la convivencia. Es la preparatoria para el ingreso a sociedades profundamente violentas y apocalípticas. Desde muy niño, el hombre es sometido a una constante reeducación por medio de los sistemas de enseñanza no-formales, como los comics y la representación de la heroicidad urbana encarnada por los superhombres, paladines de la justicia. Nuevos caballeros andantes de capa y velocidad supersónica, forman parte de la antecendencia que prepara al futuro adulto para luego admirar a los de carne y hueso, quienes rodeados de toda una constelación excepcional, pueden mostrar ante el colectivo las 'hazañas' determinantes de su condición; así, políticos, empresarios, deportistas, artistas, constituyen paradigmas a ser vanagloriados por la sociedad del desapego y asumirlos a modo de estamentos ético-morales, cuando muchas veces, sus conductas indican todo lo contrario.

En ningún momento pretendo menospreciar la actividad y proyección de estos exitosos estratos de la sociedad, para nada, desde la *semiosis desiderativa* no hay espacio para ello. Pero sí surge una pregunta: ¿Por qué, en vez de promocionarlos como líderes, no son promovidos gobiernos que estimulen la multiplicación de esos sectores exitosos en el colectivo? Sería muy interesante ese ensayo con la masificación de posibilidades para que fluyan en la superficie social las reales capacidades de la población. ¿Cuántos no ven sus aspiraciones reducidas al mínimo por no contar con

las oportunidades para alcanzarlas? ¿Habrà alguna razón para masificar la pobreza?, ciertamente que sí, las razones sobreabundan y están a la vista de todos.

Esta paradójal situación induce a pensar la heroicidad en las sociedades del desapego, diversificada en dos vertientes: la reconocida o sublimizada mediante la vanagloria, y la anónima, la que pertenece a la entrega a través de la vocación de servicio al otro, tal es el caso de los trabajadores de la salud, docencia, bomberos; entre otros, quienes asumen estoicamente sus funciones a pesar de las escasas remuneraciones y condiciones sociales. Esta sociedad del desapego privilegia económicamente al futbolista, porque es quien brinda el espectáculo y sirve de ancla para el embeleso publicitario con los exorbitantes dividendos a producir. Más aún, en tiempos de pospandemia, la inequidad es una revelación a hacerse cada vez más evidente con el paso del tiempo. Mientras, es importante reflexionar sobre las palabras del botánico alemán H. L. Weniger: “Seguir héroes no es malo, yo seguiré al anónimo que lo hizo por el mundo y no por salir en televisión”.

Obviamente la heroicidad anónima no genera dividendos, su reconocimiento es más sentido, cercano e íntimo a través de la confluencia afectiva a crearse alrededor del agradecimiento. Esta heroicidad no está institucionalizada, porque al hacerlo pierde todo sentido afectivo-subjetivo para convertirse en una instancia alejada del otro y proyectada hacia la adoración, más no para su cohabitación. Ejemplos abundan de las

manifestaciones patémicas trascendentes que al institucionalizarse parecieran perder el sentido originario, tal es el caso del amor, la noción de felicidad o la ilusión a manera de mecanismo para alcanzar un objeto del deseo. Insisto, todo lo que se institucionaliza va a convertirse en discurso del poder, como tal implica la exclusión de todo elemento periférico dentro de los cuales está la dimensión afectiva, pues ella representa la inutilidad. No obstante, coincido con el escritor y diplomático español Ángel Ganivet: “Los héroes del porvenir triunfarán en secreto, dominando invisiblemente el espíritu y suscitando en cada espíritu un mundo ideal”.

Con respecto a la institucionalización del héroe, recurro una vez más a la figura del Libertador Simón Bolívar y la mutilación subjetiva de su acción humana para convertirlo en figura sacrosanta recluida en los ‘altares’ de la patria. Hasta el extremo de destruir su vinculación con la perspectiva íntima, por mandato de Antonio Guzmán Blanco en 1883; al conmemorarse el primer Centenario del nacimiento del Libertador y ser publicadas las *Memorias de O’Leary*, fueron quemados los pliegos donde aparecía la correspondencia entre Manuelita y Bolívar, según diferentes cronistas e investigadores, bajo el pretexto de: “La ropa sucia se lava en casa y jamás consentiré que una publicación que se hace a cuenta de Venezuela amengüe al Libertador”.

Alrededor de estas reflexiones la heroicidad está asociada al sacrificio consciente como mecanismo de estructuración simbólica que crea la *voluntad bondadosa* para enfrentar los diversos desafíos y retos para lograr

su cometido e, indudablemente tiene que ver mucho con su oficio y ejercicio de la acción, tal es el caso del personal de salud frente a la pandemia del Covid-19, quienes han luchado la mayoría de veces en desigualdad contra el mortal virus, lo cual acrecienta los niveles de heroicidad y sacrificio por los demás. Al respecto, Loeb y Morris, aducen:

Los héroes que viven y trabajan a nuestro alrededor incluyen a bomberos, policías, médicos, enfermeras y profesores. Las personas en estos puestos de trabajo son a menudo capaces de elevarse por encima de la universal y totalmente natural preocupación por el yo, con sus intereses, y poner las necesidades de los demás en primer lugar. Luchan por la salud humana, la seguridad, el crecimiento y la excelencia. Ellos son los guerreros de la vida cotidiana cuyos sacrificios y actos nobles nos benefician a todos (2005, p.13).

Ciertamente, ha ocurrido una sustitución de la significación del héroe asociado a las prácticas bélicas o de acción violenta como medio reparador de la circunstancia, lo que pudiera significar un triunfo de la civilidad sobre el estamento militar. Quizá eso lo han entendido los productores de cine y televisión con la realización de películas y series centradas en hospitales, cuarteles de bomberos, para fortalecer la connotación de la heroicidad considerada dentro del orden patémico de la cotidianidad, donde el carácter dramático de las circunstancias es antepuesto el mundo íntimo de los personajes para hacer más sentida y cercana su presencia en el espectador, a tal punto de humanizar lo acontecido de una manera determinante.

Esta subjetivación actancial como práctica del sujeto, es transferida a otros planos enunciativos, por ejemplo, en la literatura, específicamente en la actual novela histórica, los personajes son recubiertos de fisonomías patémicas para crear nociones de lo real atribuidas dentro de un proceso sociohistórico, sostenida por una veridicción desde el sujeto y no a partir del contexto o las jerarquizaciones de la denominada realidad real. Indudablemente esta subjetivación actancial, resignifica al sujeto y sus locaciones enunciativas en función de las necesidades tanto subjetivas como sociales, al hacerlo una categoría de firme convicción más allá del simple acontecimiento.

Otro ejemplo evidente de esta subjetivación actancial a modo de mecanismo argumental, lo encontramos en las llamadas *narconovelas*, quienes están sostenidas por la sensibilización de la villanía a través del trasplante de escenarios de la cotidianidad en los planos filmicos, donde la figura del héroe tradicional queda trastocada bajo la creación de parámetros de la vida signada por las correspondencias íntimas, con un nuevo campo simbólico develador del personaje desenvuelto en los espacios de la afectividad-subjetividad, a través de los cuales, la antagonización entre el oficio de la violencia y la sensibilidad son esferas recurrentes para crear un nuevo mito en cuanto a la heroicidad.

Por derecho natural, la heroicidad está construida sobre el mito, o más bien, construye un mito como medio de soporte significativo, en este caso específico, al fortalecer la connotación de la heroicidad en función de

la constitución de un mito moderno que imprime fortaleza simbólica al oficio o práctica de vida. A decir del semiólogo francés Ronald Barthes: “En el mito plenamente constituido, el sentido no está nunca en el grado cero, y por esta razón el concepto puede deformarlo, naturalizarlo (2008, p. 122). De esta manera, el mito es una construcción simbólica en continua refiguración que implica los poderes regenerativos de la connotación alrededor de la creación de un sistema de significación ‘extraordinaria’, asociada a la convencionalidad social a través de los juegos del lenguaje centrados en el sujeto y sus acciones.

Sobre esta referencia la creación del héroe nace de una necesidad subjetiva, la cual ha acompañado al hombre en toda su evolución, al ser una construcción simbólica convencionalizada por diversos mecanismos que lindan entre la realidad y la ficción para ser culturalmente aceptada. Así la noción de héroe pasa a ser un paradigma fundado entre lo ordinario y lo extraordinario; lo cotidiano y la hazaña de llevar una ejecutoria más allá de la simple acción prevista por lo predecible, para enmarcarse dentro de la manifestación de rasgos a desbordar la capacidad humana e ingresar a las dimensiones míticas; tal cual, lo ha predicho la literatura al captar esas excepciones de la cotidianidad en sus historias textuales.

Más aún, el héroe es la gran metáfora de lo que se quiere ser, el *deber ser* frente al objeto del deseo abordado a partir de estructuras imaginales a convertirse en lógicas de sentido constituyentes de nociones de realidad. En tal sentido, la misma constitución de la heroicidad, conlleva al surgimiento

de variables que rebasan la simple condición humana para conducirla hacia la fundación del mito. Aquí es importante destacar el centramiento de la heroicidad no en un sujeto determinado, sino en la acción; la acción tan necesaria para la regulación y normatización ético-moral de la sociedad. Pues en la figura antagónica del héroe: el antihéroe, es la figura donde va a centrarse la fuerza significante.

Por otro lado, la concepción de heroicidad es un sistema de regulación enunciativa, entendida ésta, a partir de la intervención de ejes temáticos o isotopías para potenciar los intereses referenciales del acontecimiento a destacar sobre un punto determinado. Así el enunciado precisa de recursos tanto estilísticos como de contenido para recurrir en el núcleo significante y hacerlo de vital relevancia para la estructuración simbólica del héroe. Aún más, en su ubicación espacio-temporal y profunda incidencia social, surgen las especificidades para el reconocimiento y consolidación de la acción heroica, siempre soportada por una base real, aunque los recursos expresivos hagan uso de la instrumentación imaginal para engranar los mecanismos de consolidación enunciativa.

Por consiguiente, el héroe no es una ficción, pues representa el anhelo colectivo. Es más, es una construcción simbólica sustentada en el reconocimiento y la necesidad de cada sociedad de producir sistemas de representación para afianzarse por medio de imaginarios socioculturales, los cuales son creaciones del hombre donde puede sustraerse de la realidad

para reconocerse a sí mismo dentro de estos. Y precisamente en ellos, inserta al héroe a modo de ente regulador de su figuración sociohistórica, sin más ambages que los de la sociedad misma.

Por tal razón, la figura del héroe está estrechamente vinculada a los procesos de conversión ideológica para sustentar paradigmas dentro de los discursos del poder, ensalzar figuras, y con ellas, ejercer una influencia determinante a partir de la deshumanización del personaje y el correspondiente alejamiento de los espacios de la cotidianidad para crear lugares del culto y la deificación, tal cual ha ocurrido con los protagonistas de las gestas independentistas, quienes tienen negada toda manifestación afectivo-sensible, porque ello desfigura el estereotipo de héroe trasladado a otros ámbitos como el cinematográfico y, la recurrente relación referencial de la heroicidad generada por una serie de variables que niegan al sujeto en su patemia.

MIGRACIÓN Y EXTRAVÍOS: EL ANTIHÉROE ENTRA EN ESCENA

Ahora bien, en contraplano a la figuración del héroe, deviene el antihéroe como su resemantización en lo más profundamente patémico y centramiento en el sujeto que lleva a cabo la acción. De esta manera, desvinculamos la noción de antihéroe con la de villano, tal cual se ha pretendido mostrar en diversos discursos estéticos por la recurrente antagonización entre el bien y el mal a modo de ilustración de la heroicidad y su acción resarciente de la justicia. Con la clásica corporeización de virtudes o carencias encarnadas por la belleza y la perfección de las formas, o la deformidad y marcas corporales para preconcebir acciones y actitudes.

Dentro de ese contraplano, el antihéroe se ubica en una periferia subversora e impugna paradigmas y cuestiona circunstancias de cualquier índole a través de la preeminencia de lo humano frente a la materialidad. Así, la noción de antihéroe reivindica la dialéctica existencial como mecanismo argumentativo para situar lo afectivo a manera de mecanismo de deconstrucción referencial, entendida ésta en función de la propuesta de una serie de recursos interpretativos frente a un acontecimiento, acción o situación: sociohistórica, cultural, económica, mítica, estética; para establecer vinculaciones desde los giros textuales a modo de centro generador de la significación.

Sobre esta perspectiva, es posible establecer lógicas de sentido mediante el centramiento en un punto cardinal, para luego diversificarlo a través de concatenaciones simbólicas. En el caso de este enfoque sobre la migración venezolana, es asumido el sujeto entre las nociones de heroicidad/antiheroicidad para destacar la dimensión afectiva-subjetiva como ese punto generador de variables argumentales, asumirlo dentro de la escena cotidiana para vivificarlo en una esencia hasta ahora ignorada por los tradicionales enfoques sobre migración. Para que, de esta forma, surja una sensibilidad migrante a universalizarse en función de una codificación que traspasa fronteras por su asentamiento en el *sentir humano*, homologado por las circunstancias patémicas.

La ubicación del migrante a través de la señalada dicotomía héroe/antihéroe, permite hacer puntales acotaciones con respecto a diferentes planos de apropiación significativa que involucran una serie de elementos de suma importancia al momento de intentar ofrecer vías alternativas de argumentación. En esta oportunidad, soportadas por la dimensión afectiva-subjetiva a diversificarse con el tránsito migrante, aún más, con la aparición del *migrante albacea*, una nueva figura en el escenario actancial a enriquecer los parámetros interpretativos de la migración venezolana en función de la antiheroicidad.

Al respecto, es importante acotar la importancia de la vinculación del antihéroe con la cotidianidad, al estar en ella uno de los elementos fundamentales para su comprensión y centramiento del sujeto en las esferas

del reconocimiento en cuanto figuración simbólica de la afectividad-subjetividad, punto determinante para su diferenciación con el héroe, al ingresar al plano enunciativo el carácter sensible, quien descarta las corazas de invencibilidad y abre alternativas hacia el fracaso o no logro del objetivo deseado, crea una cercanía con los estándares más comunes de la sociedad donde la periferia surge a modo de espacio originario de la movilidad del antihéroe, camino a la construcción de su epopeya.

Si apelamos a un ejemplo de antihéroe, indefectiblemente debemos ir a la literatura, pues en ella encontramos las alternativas argumentales frente a las nociones convencionalizadas de héroe. Y sin pretender hacer un tratamiento exhaustivo de personajes u obras en particular, es menester recordar dentro de la literatura española la figura del pícaro o la emblemática figura de don Quijote de la Mancha. Asimismo, la leyenda de Robin Hood emblemática a través de diversos recursos estéticos, fortalecida por el medio cinematográfico que la lleva a trascender un específico contexto histórico.

En el caso particular de esta apreciación, sin la más mínima intención de idealizar la figura del migrante o potenciarlo como héroe o antihéroe a través de enfoques laudatorios, la perspectiva argumental recurre a los espacios simbólicos transfronterizos para reiterar los mecanismos ensoñativos en la construcción de nuevas espacialidades enunciativas. Pero siempre hacer énfasis en cuanto a la figuración del héroe a través de la búsqueda de la subjetividad heroica, la acción humana frente al objeto del

deseo en la búsqueda de satisfacción y logros de los objetivos propuestos. Precisamente dentro de esa conciencia de la subjetividad queda enmarcado el migrante, siéntase héroe o no, va tras la conquista de un objeto del deseo, al crear de esta forma una *gramática* del reconocimiento muy particular, en la cual, lo más importante e imprescindible es reconocerse en medio de su travesía.

Ahora bien, dentro de esta perspectiva argumental es imprescindible detenerse en la denominación de *espacios simbólicos transfronterizos*, pues ellos son el escenario para ubicar no sólo espacialidades físico-geográficas, sino todas aquellas transfiguraciones simbólicas a incidir en esos planos significantes mediante los procesos de adaptación, reconocimiento y asentamiento en los lugares hospedantes. Asimismo, esta dinámica transfronteriza involucra la manifestación de una *transubjetividad*, identificada como los ligámenes del sujeto con sus espacios sociales que, en este caso específico, estarán representados por la ambivalencia entre los lugares de origen y los hospedantes.

Precisamente en esta transubjetividad puede apreciarse la readaptación actancial del migrante, al crear en principio un conflicto, no solo en su interior, sino también con el contexto. En mayor o menor grado según las circunstancias que rodean los procesos de adaptación, reconocimiento y asentamiento, pero de igual forma, determinantes al momento de intentar visiones interpretativas desde la ontosemiótica, al ser el sujeto migrante el texto a leer en sus diversas simbolizaciones para poder

determinar el objeto de estudio en determinadas circunstancialidades enunciativas, porque todo escenario sociohistórico, cultural, político, mítico, artístico, es una circunstancialidad enunciativa cuyo centro significante es el sujeto.

De igual modo, asumir la variable del antihéroe para tipificar al migrante venezolano, es reivindicarlo en cuanto subjetividad plena, más allá de los artificiosos sentimientos patrios, pues con la transubjetividad surge el hogar a manera de instancia determinante al momento de establecer relaciones de significación. Él es el punto de encuentro atemporal para recurrir consuetudinariamente sobre la dialéctica simbólica a construirse. De este modo, Venezuela además de ser un país en el exilio, es un inmenso escenario al cual recurren ensoñativamente diversas miradas para enfocarlo bajo las nociones del hogar particularizado en la experiencia, pero universalizado en el sentimiento. Quizá en este momento, las nacionalidades como tal, desaparecen, para dar paso a las ciudadanías sensibles, capaces de sostener en la incongruencia de las adversidades, los tiempos de amenaza y sospecha.

A modo de ilustración, voy a recurrir a las redes sociales para extraer opiniones de migrantes sobre esa nacionalidad patémica a acrecentarse a través del sentimiento, además de ser un reconocimiento del sujeto en función de las instancias subjetivo-trascendentes. En este caso, tenemos la siguiente afirmación aparecida en Twitter: “La nacionalidad está en sentirnos parte de un gran conglomerado humano al cual se emociona de la

misma manera ante las mismas cosas”. Aquí se hace evidente la universalidad patémica aludida durante todo este libro, para significar el establecimiento de una convencionalidad a partir del sentimiento incardinado en los mundos primordiales o íntimos.

Aún más, el ingreso a las dimensiones de esa nacionalidad patémica infiere la codificación de las referencialidades a partir de un discurso con profundos rasgos metafóricos, en momentos, a establecer una *poética del migrante* surgida de los espacios de la cotidianidad sin ninguna finalidad estética, sino producto de la necesidad subjetiva de enunciar a través de la subjetividad trascendida en acción profundamente patémica. Tal es el caso de la siguiente expresión referida a la nacionalización en otro país: “Estoy de acuerdo. Los documentos de tu nuevo país se llevan en el bolsillo, a Venezuela la cargas en el corazón”; la memoria es la bitácora de viaje a contener los subjetivemas detonadores de la significación, pues para un migrante venezolano: “Si te emociona escuchar un joropo, Billo's, la Dimensión Latina u Oscar D'León; o escuchar el canto de unas chicharras, guacharaca, guacamaya o cristofué; o el olor de la hallaca, o café recién colado; o el sabor del cilantro en la sopa de pollo, res o pesca'o, ¡eres venezolano !”

Acorde con lo expresado hasta el momento, debo puntualizar que la intención de usar la tipificación de antihéroe en función del migrante venezolano en el contexto latinoamericano, es una manera muy personal de reivindicarlo a través de la dimensión afectiva-subjetiva y toda su

connotación del desprendimiento de su lugar originario para buscar mejorar fundamentalmente su situación económica. De allí, la isotopía del antihéroe será el punto de partida para alcanzar la heroicidad fundamentada en una trascendencia que en principio está circunscrita a un círculo de lo íntimo, para luego diversificarse en un colectivo transfronterizo por medio de la afinidad experiencial o ciudadanía patémica. Esto es, una metáfora para sugerir una heroicidad profundamente patémica con un real asidero en cualquier realidad enunciativa a potenciarse alrededor del fenómeno migratorio.

Circunscrito en este razonamiento, resalto la figuración de la sensibilidad como punto determinante a la hora de argumentar a través de la antiheroicidad y la construcción de imaginarios culturales por parte de las sociedades del desapego, en las cuales la sensibilidad es descentrada de la conciencia del sujeto, convertirla en artificio manipulable, espejismo para torcer rumbos y desorientar al sujeto en los tránsitos cotidianos, manipularlo descentrándolo de su dimensión subjetiva-afectiva para hacerlo presa fácil de la cultura del espectáculo y sus afanes consumistas. Ello ha sucedido con el proceso migratorio venezolano, al ubicarlo en principio dentro de un plano de la demonización, luego llevarlo al de la victimización y, de esta forma orientarlo hacia las manipulaciones ideológicas, donde queda completamente deslegitimado subjetivamente y convertirse en un referente a diluirse en las diatribas político-electoraleras.

Es menester acotar que la sensibilidad heroica ha sido desplazada de la discursividad histórica para estatizarla o, mejor dicho, desplazarla con la preeminencia del acontecimiento enfocado desde las perspectivas de lo sobrehumano, diferido de los espacios de la cotidianidad a escenarios para el culto y la adoración. La subjetividad heroica extraviada dentro de los proyectos histórico-conmemorativos, deglutida por los mecanismos de poder, que, en vez de suprimir la presencia de lo humano, genera nuevas expectativas para su reinsertión en los predios históricos y crea así una nostalgia colectiva sobre la heroicidad resarciente, profundamente humana, para que siempre esté latente la figura del antihéroe en contraplano con la del héroe.

Indiscutiblemente dentro del proceso migratorio venezolano, existe una reinsertión de la figura del antihéroe como punto de partida para la conciliación en la dimensión afectiva-subjetiva, al mismo tiempo, para develar un universo simbólico que de manera impresionante ‘poetiza’ sujetos y espacios, al convertirse el migrante en una especie de juglar a siempre referenciar en función de su realidad primordial y, por medio de un proceso de apropiación ensoñativa, potenciado por la necesidad de simbolizar el espacio de la ausencia física, asirse a las presencias que habitan en la distancia. Por lo cual es pertinente volver a referir las estructuras enunciativas de las redes sociales a modo de escenario de conversión de un sentimiento en grafías profundamente patémicas.

Esta juglaría del migrante no es un artilugio estético, para nada. Siempre la afectividad trascendida significa la asunción de una corporeidad simbólica que permite expresarse de una manera diferente a la convencional, sin necesidad de una conciencia artística. Al contrario, esta manifestación es inherente al sujeto y su dimensión afectiva-subjetiva a convertirse en práctica comunicativa como parte consustancial del enunciante en momentos de extrema afectividad, generalmente al tratar de conjurar despedidas, ausencias o, apremiar por la gracia divina frente a una necesidad. De allí la trasfiguración de los espacios cotidianos en lugares para la acción ensoñativa que necesariamente implica una enunciación profundamente desiderativa.

Por esta razón, es de destacar la afinidad del antihéroe con la afectividad o mecanismos subjetivos para acompañar su acción enunciativa apegada a un entorno de lo íntimo, mientras la figura del héroe está orientada hacia la desaprensión subjetiva para la entrega en función de un objeto del deseo colectivo. He allí una gran diferencia para hacer notar la valía de la antiheroicidad desde el punto de vista simbólico-emblemático, al formalizar una relación intra e intersubjetiva a destacar desde las manifestaciones patémicas y el reconocimiento del sujeto mediante esa singular relación mediada por la afectividad trascendente.

Por ello, al hablar de contraplano coloco a héroe y antihéroe frente a frente para un diálogo profundo desde circunstancialidades enunciativas paralelas, una desde los ciclos históricos, otra bajo los amparos de la

cotidianidad pero que, en su encuentro en los actuales planos enunciativos, permite la confluencia referencial para articular renovados campos de significación. De esta manera, habrá un plano en el ciclo histórico para representar una subjetividad social basada en la deshumanización del personaje, mientras la cotidianidad, imbrica la nostalgia colectiva por el resarcimiento del héroe a partir de su dimensión afectiva-subjetiva. Por lo que podemos hablar, sin temor a equivocarnos, del antihéroe como una construcción simbólica dentro de una *gramática de la afectividad*.

Las anteriores menciones surgen a modo de antecedencia simbólico-actancial del antihéroe, donde el perfil actancial es determinante para la configuración de esta noción que privilegia las cualidades humanas de manera contundente frente a la acción convencionalmente incomprendida por los discursos del poder, a quienes cuestiona mediante estamentos ético-morales alternos. De hecho, dentro de la literatura, se ha unido la figura del antihéroe con la parodia e ironía para establecer elementos desacralizadores de la sociedad en apariencia armónica. De vuelta a la literatura picaresca, encontramos en ella, múltiples ejemplos.

Pero dejemos a un lado el sentido originario del antihéroe en su fuente literaria, para enfocar el propósito argumental hacia medios de difusión masiva: la televisión, por ejemplo, la serie *el chapulín colorado*, donde un arlequinesco personaje remeda los héroes del comic para mostrar una

acción más cercana a la vecindad⁴⁹ que a los grandes y espaciosos escenarios de la tecnología y la lucha contra el mal en otras dimensiones. O muchos de los personajes representados por Mario Moreno “Cantinflas” como arquetipos de la exclusión que logran ingresar a los lugares del reconocimiento colectivo a través de sus acciones antepuestas por una profunda bondad y, crear así la heroicidad devenida de una cotidianidad recorrida por la afectividad-subjetividad.

Todo lo anterior está ubicado en el plano ficcional como metáfora de determinadas realidades y, la figura del antihéroe a manera de reiteración argumental, para enfocar al migrante venezolano dentro de un campo de la significación, controvertido por demás, a través de complejos procesos de construcción de lógicas de sentido tan diversas como los campos semióticos a construirse según las circunstancialidades sociohistóricas, por consiguiente, enunciativas. Sobre quienes he centrado reiteradamente la atención, pues en ellas reposan concreciones signico-simbólicas a contener la esencia para enmarcar al migrante venezolano dentro de una *gramática de la afectividad*.

De esta forma, dentro de las circunstancialidades migratorias la tradicional visión del héroe cambia radicalmente, ya no sale en busca de objetos del deseo colectivo; al contrario, viaja para alcanzar *su* objeto del deseo, reconociéndose cada vez más *sujeto* en su intimidad, prevaleciendo

⁴⁹ Por dualidad simbólica queda constituido un nuevo espacio de la referencialidad heroica, para acercar más a un conglomerado específico que ya no ve al héroe como simple espectador, sino abre la posibilidad de convivir en sus propios espacios de la cotidianidad.

el estamento patémico como elemento vinculante de la acción que intenta resarcir una situación particular. Aún más, la connotación de héroe/antihéroe en este caso estará supeditada a los diversos ángulos a través de los cuales sea percibida la circunstancia. Hecho de vital importancia, pues aquí las fronteras entre la clásica antonimia parecen desvanecerse por momentos, para dar paso a una inversión de los planos enunciativos en función de una reactualización del concepto de heroicidad, traduciéndolo a un plano más personal, desde donde surgen los elementos justificantes de las necesidades sociales y subjetivas a impulsar la acción; más estas últimas, por ser la más sentida evidencia de la acción migratoria.

En este aspecto –y en todos los determinados– la acción migratoria produce un proceso de readaptación actancial, pues la persona que migra nunca es la misma, indudablemente está sujeta a una serie de transformaciones simbólicas más allá de la dinámica demográfica para acentuarse en la dimensión patémica del sujeto, quien solo por el hecho de migrar se transforma en un habitante de una multilocalidad que no solo involucra espacios físico-geográficos, sino una transnacionalidad con profunda regencia en lo afectivo-subjetivo al momento de establecer balances argumentales, puesto que en la migración, de ida o de retorno, están implícitas las localidades presentes o remotas a ser asumidas a través de procesos de subjetivación, atenuantes por demás, de los producidos en el migrante.

Bajo el criterio ontosemiótico, uno de los elementos más importantes de estos procesos de subjetivación del migrante es la nostalgia, al permitir compartir los mismos espacios simbólicos sin las ataduras o coerciones de las instancias físico-geográficas, pues es un proceso significativo que no involucra ninguna patología; al contrario, diversifica al sujeto en el reencuentro con su realidad primordial, quien a su vez, sirve de soporte para el tránsito simbólico representado por el placer de recordar, al mismo tiempo de reapropiarse de los espacios⁵⁰ potenciados en su esencia significativa. De esta forma la nostalgia vincula, mediante una bilateralidad patemizada e incluyente, a otros sujetos a hacerse migrantes dentro de este proceso de configuración simbólica.

Más aún, cuando esta inclusión de sujetos y nuevos planos enunciativos a través de la nostalgia, incorpora a migrantes pasivos –en cuanto movilidad física– o migrante anclado en el lugar de origen, –migrante guardián o albacea– pero dinamizado por medio de los procesos evocativos y de reconfiguración simbólica, desterritorializado por la traslación afectiva-subjetiva o dialectización en los territorios de la afinidad y solidaridad dentro de los espacios de convergencia atemporal a unir a todos los involucrados en la dialéctica migratoria: quien migra, quien se queda, y a los nuevos

⁵⁰ La referencia a espacio implica toda la configuración simbólica a establecerse al momento de ‘nostalgia’, o proceso de resignificación sustentado en procedimientos ensoñativos que permiten crear atemporalidades para condensar en un presente enunciativo, todas las incidencias de la acción y el acontecimiento al momento de referirlo. Este *ahora* enunciativo atemporalizado –nostalgia– permite indistintamente la convergencia de: presente, pasado y futuro en un mismo escenario para conjurar distancias.

interlocutores advenidos de los espacios de destino, sean oponentes o ayudantes con respecto al objeto del deseo.

La anterior consideración es fundamental para la constitución de la figura del antihéroe alrededor del migrante, no solo en aquellos que obstaculizan la consecución del objeto del deseo más allá de los requisitos y normativas gubernamentales, sino en el trato cotidiano, en el día a día, e indudablemente representa una descarnada manifestación xenofóbica. Refería un exalumno que todo marchaba muy bien con su empleador en una mediana empresa hotelera de Ecuador, hasta que el propietario se enteró de su nivel profesional, para comenzar a llamarlo burlonamente *el profe*, remedándolo con algunas situaciones de la película titulada de la misma manera y protagonizada por Mario Moreno “Cantinflas”, para luego agredirlo al contrastar su trabajo de limpieza con el título universitario.

‘Trapeador ilustrado’ comenzaron a llamarlo los compañeros, entre ellos, dos venezolanas temerosas de ser arrastradas a las fauces de la discriminación. Allí pudo sentir “en carne propia” las diatribas entre un oficio y una profesión en medio de condiciones desfavorables e intimidantes que obviamente limitan, o por lo menos, obstaculizan alcanzar el objeto del deseo. Lo cual lleva a una readaptación actancial de enmascararse para enfrentar la situación bajo las ponderaciones de una ‘normalidad’ difícilmente digerible, pero debe seguir para poder sostenerse en medio de ella. Muy a pesar de ser colonizado por una vorágine laboral a explotar su necesidad.

Si vemos al detalle esta situación, este desplazamiento de las profesiones universitarias por oficios, forma parte de un coloniaje laboral, donde la cultura hospedante, aun cuando comparta rasgos por estar dentro de un mismo continente y aforo histórico, ejerce un poderoso dominio e influencia sobre ellos a través de una *xenofobia intelectual*, a menos que exista el debido reconocimiento y ubicación en el plano laboral, de lo contrario son diversas las experiencias de los profesionales desarrollando otras habilidades y oficios para mantenerse en específicos lugares hacia donde han migrado⁵¹. Esta *xenofobia intelectual* involucra una serie de referencialidades que ayudan a constituir esa figura del migrante venezolano como un antihéroe en medio de un ambiente de contrastes y desigualdades.

Especie de competencia no solo contenida en los planos de los oficios, sino también en el área académica. Una docente universitaria que migró a Ecuador amparada por un programa de captación de ese país, cuenta las situaciones profundamente desagradables ante el evidente rechazo de algunos investigadores nativos, quienes en ningún momento aceptaron su presencia mientras duró la residencia investigativa. Siempre le enrostraron los motivos por los cuales debió viajar a su país, la crisis de Venezuela, como si aquello fuera una limosna y no una acreditación por preparación y trayectoria académica de la docente aludida. Aun cuando ese es un proceso

⁵¹ A pesar de los señalamientos de organizaciones como el Fondo Monetario Internacional sobre los efectos positivos de la migración venezolana en los países de acogida, fundamentalmente en el crecimiento del Producto Interno Bruto (PNB), específicamente para Colombia.

‘natural’ soportado por la dualidad entre colonizado/colonizador a estipular lo que hasta el momento he llamado migrancia, en numerosas ocasiones pasa a ser una clara y demostrada *xenofobia intelectual*, más aún, por provenir de Venezuela.

Caso contrario, un también docente universitario, proveniente del estado Táchira se ‘colombianiza’, para asumir la cultura hospedante de manera determinante. Aunque en este caso, hay que tener muy presente los fenómenos correlativos de las fronteras y el compartir de elementos profundamente análogos. Sin embargo “dejarse colonizar’ por el otro espacio, lleva a diferentes lecturas; una de ellas: la asunción frenética de valores de otra cultura como suyos, comenzando por su asimilación al estudio de la historia del otro país. En palabras de un compañero de trabajo, “de bolivariano pasa a ser santanderista, hasta el colmo de llegar a despotricar del Libertador”.

Sin la más mínima intención de hacer juicios de valor sobre la situación planteada, es menester acotar el enmascaramiento del migrante a modo de vía para colonizar el espacio al que llega, el anterior, pudiera ser un caso emblemático de ello. Aunque el proceso de asimilación dentro de una cultura hospedante está implícito en la dinámica a establecerse con el paso del tiempo y el afloramiento de condiciones idóneas para tal fin. En todo caso, es la relación armónica entre colonizado/colonizador para la manifestación del sincretismo a sustentar la migrancia, cuyos efectos serán más marcados para unos que para otros. Esto debe quedar muy claro para

comprender el proceso a desarrollarse una vez que ocurre esta simbiosis de colonizador/colonizado, en la cual estará plenamente la asimilación referencial como soporte o base de la acción humana.

Ahora bien, ¿cómo ubicar a este ‘asimilado’ dentro de las dimensiones de heroicidad/antiheroicidad que he venido manejando?, en momentos, a modo de elemento neutro luego de pasar por un proceso de readaptación en función de su objeto del deseo. Recordemos, una de las condiciones de la heroicidad/antiheroicidad es su vinculación con un colectivo, aunque en el caso de resistencia de la cultura hospedante, es más evidente la manifestación de la antiheroicidad, a pesar de que ésta puede irse desplazando hacia los territorios de la aceptación y de allí a una convalidación, dimensiones en las cuales desaparece o se diluye en la contextualidad referencial. De igual modo este asimilado puede colonizar a través de diferentes maneras los espacios hospedantes e ingresar a ellos de manera definitiva. Esta recurrente transición también puede partir de un principio de antiheroicidad que luego desaparece al producirse la refiguración del migrante con respecto a los espacios de acogida.

Aun cabe señalar que la actitud en muchos países latinoamericanos frente a los migrantes venezolanos, no es una situación devenida por una amenaza de la estabilidad del mercado laboral o colapso de las economías, frente a esto, los expertos opinan todo lo contrario, lo que pudiera existir es una retaliación por los resabios dejados en algunos países de la llamada Venezuela Saudita, donde en vez de migrantes, existían viajeros frecuentes

envueltos en burbujas de la bonanza. Para luego desdibujarse y convertirse en patria, sujeto ajeno a los espacios de la significación que de alguna manera ayudó a construir, pero el otro no lo reconoce por considerarlo una amenaza, por lo tanto, procede a excluirlo y recluirlo en espacios periféricos de la llamada antiheroicidad atribuida con el despojo de la nacionalidad originaria y dejarlo huérfano en su esencia para hacerlo vulnerable.

Héroe o antihéroe, el migrante venezolano en la distensión de los espacios originarios con los de acogida, ha ido conformando una gramática de la afectividad para asirse a una textualidad profundamente patémica que devela la conformación de una ciudadanía existencial como punto de sostenimiento en medio de las distancias y las ausencias. Héroe o antihéroe transita por fronteras sin límites geográficos o exclusiones, para buscar cobijo en las traslaciones simbólicas que permiten las presencias transfronterizas, los encuentros imaginales y la cadencia nostálgica para nunca desvincularse del país, cuyo sentido reside en cada uno de sus hijos diseminados a lo largo y ancho del mundo, aunque indiferente muchas veces, se nutre de esa esencia tan particular, cada día fortalecida en el alfabeto afectivo que silenciosamente traspasa fronteras para sostener en un mismo espacio signficante, una diáspora unida a la esperanza del reencuentro de un país en el exilio.

CONCLUSIONES

En el trasfondo de la historia humana, la migración ha sido un fenómeno que teje excepcionales narrativas de individuos y comunidades, para crear espacios significantes develadores de claves imprescindibles al momento de analizar este acontecer desde perspectivas patémicas que induzcan renovados planos argumentales centrados en una semiosis de la afectividad, tal es el caso de este trabajo enfocado en la antonimia héroe/antihéroe para intentar buscar respuestas frente a una compleja dialéctica enunciativa como punto de partida argumental.

Ha sido bucear en el intrincado mundo de las historias particulares transfiguradas en testimonio colectivo sostenido por la esencia simbólica de los subjetivemas a modo de albaceas de los mundos primordiales a desdoblarse, reinsertarse y consolidarse en la construcción de gramáticas de la afectividad o centros referenciales de la semiosis del migrante. De esta forma se entreteje una crónica de la migración o, crónica patemizada del sujeto, a conformarse en este caso particular, dentro de las acepciones de héroe/antihéroe para interrogar los subjetivemas en su esencia simbólica en busca de la consolidación de un sentido ante el escenario ambivalente y sincrético marcado por la adversidad, la lucha y la resiliencia ante la incertidumbre y la búsqueda de un hogar renovado.

Indudablemente, la migración es la manifestación de una epopeya moderna, de heroicidades particularizadas, unas veces negadas por los discursos del poder, otras convalidadas en los espacios de lo íntimo a modo de elemento resarciente de ‘realidades’ adversas. En esta epopeya moderna, el sostenimiento de la referencialidad a partir de específicas gramáticas de la afectividad, permite delinear opciones interpretativas centradas en el sujeto migrante y su desdoblamiento más allá de la movilidad física, al hacer énfasis en la acción humana como principio enunciativo a configurar narrativas complejizadas por los sincretismos y antagonizaciones de la dinámica existencial.

Al respecto, las gramáticas de la afectividad se convierten en el hilo conductor de esta exploración. Desde la euforia de la esperanza hasta las sombras del dolor y la nostalgia, cada emoción teje un relato único en la experiencia de aquellos que marchan y de aquellos que se quedan, para develar un escenario simbólico revelador de la complejidad de las conexiones humanas en un mundo signado por la espectacularidad del acontecimiento y el desplazamiento de la subjetividad trascendente ante el predominio de la materialidad.

Ha sido una aproximación al tema de la migración venezolana desde la afectividad, transfigurada en espacio de la significación más allá de los enfoques tradicionales e, intentar privilegiar la dimensión patémica, como mirada fresca y humanizada de un tema presentado comúnmente desde la causalidad sociohistórica, las conversiones estadísticas o las consecuencias

para los lugares de origen y los hospedantes. En tal sentido, la elección de explorar la nostalgia desde la perspectiva del placer de rehabilitar espacios y asumir significaciones afectivizadas, implica el sugerir la dimensión patémica a manera de elemento reconfigurante más allá de la lejanía, ausencia, dificultades y dolor.

Al resaltar la nostalgia dentro de la construcción de nuevos significantes asidos a los mundos primordiales, se agrega profundidad y complejidad a la experiencia migratoria, al permitir empatizar por medio de las múltiples capas constituyentes de las historias representadas por la complejidades emocionales y humanas asociadas con la migración. En todo caso, la migración venezolana es un fenómeno atípico al cual debemos prestar singular atención desde el punto de vista simbólico-metafórico, para darse cuenta de una serie de variables a determinar dentro de un complejo campo significativo. Entre ellas, la generación referencial a partir de gramáticas donde la trama afectiva se desenvuelve en una sinfonía de emociones: desde la esperanza y el amor hasta el dolor y la añoranza.

Más aún, cuando el fenómeno migratorio venezolano ha escalado tales magnitudes que hoy día se habla de un país en el exilio para metaforizar la gran cantidad de personas que han cruzado sus fronteras en procura de mejores condiciones de vida. De allí la intención de bordear semióticamente esas fronteras en busca de claves significantes alrededor de la dimensión

En tal sentido, la convivencia entre heroicidad/antiheroicidad ha permitido construir un argumento más allá de la canonización o subjetivo-trascendente y, la configuración de una gramática de la afectividad, a sustentar la perspectiva argumental desde el sujeto y sus contextualidades patémicas.

En todo caso, he asumido la semiosis del migrante como punto de partida para indagar a través de lógicas afectivizadas, la construcción de un entramado simbólico de particulares características a convencionalizarse dentro de esas gramáticas universalizadas, en medio de una compleja acción comunicativa capaz de construir referencialidades sostenidas por las relaciones intra e intersubjetivas o espacios de la diversificación del sujeto en función de sus mundos primordiales y la confluencia referencial de los lugares de origen y los hospedantes.

Sobre estas bases argumentales es posible distinguir un sujeto fronterizo a moverse en escenarios de la significación, en los cuales, las limitaciones físico-geográficas son superadas mediante geografías imaginales a modo de espacios interpuestos por el acontecimiento y la ensoñación, dos variables a refrendarse en los planos enunciativos orientados hacia el reconocimiento del sujeto desde el sí mismo y su complementariedad en un otro. Providencia significativa a proveer los insumos necesarios para la asunción de una dialéctica sustentada por gramáticas de la afectividad tendientes a develar la migración como un tránsito simbólico.

Por tal razón, la perspectiva teórica-metodológica utilizada ha sido la Ontosemiótica o semiótica de la afectividad-subjetividad, por sus propuestas de *leer el mundo* a partir del sujeto a manera de texto generador de relaciones de significación. Campos representacionales adheridos a la subjetividad que trasciende el simple plano de la sensibilidad para connotar la trascendencia surgida frente a un acontecimiento que conmueve y estremece. De allí la incorporación de dos variables en apariencia antagónicas: héroe/antihéroe para destacar un sujeto fronterizo, propiciante de una eticidad que en momentos rompe con los paradigmas establecidos, sobre todo, los referidos a las concepciones de ciudadanía ajustadas al orden jurídico y de perspectivas nacionalistas.

Con relación a lo expresado, la supuesta antonimia entre héroe y antihéroe, resulta ser una forma de posicionar lo comprendido en un complejo entramado signifiante a través de la diversificación de los planos enunciativos, de la variabilidad y adecuación a disímiles exigencias de la acción comunicativa demandada por la semiosis de la migración en sus procesos generadores de significación y construcción de lógicas de sentido. En este caso, mediante la pluralización simbólica generada a través de las gramáticas de la afectividad, surgen las consanguinidades patémicas, una clara evidencia de la materialización de un sistema de codificación muy particular y deferente al momento de inquirir sobre la semiosis del migrante.

demonización del migrante venezolano, para asumir los escenarios enunciativos como la manifestación del *humano-ser* en medio de circunstancias que apelan a la afectividad y sus articulaciones sígnico-simbólicas, a modo de acción comunicativa soportada por subjetivemas detentadores de la esencia existencial del sujeto migrante.

En consecuencia, el proceso migratorio es una práctica discursiva a intentar dar respuesta a una serie de aspectos cada vez más complejos, tal y como la *identidad trasmigrada* a establecerse entre los lugares originarios o puntos de partida y los procesos de asimilación, sostenimiento y refiguración de los sujetos en su tránsito hacia los espacios hospedantes. Esta identidad es un proceso en constante construcción simbólica que propone visiones alternativas a la tradicional movilidad física del migrante.

Naturalmente, al convenir este proceso simbólico como alternativa para situar lo comprendido, cabe la inserción del discurso metafórico a modo de herramienta enunciativa para nombrar más allá de lo estrictamente lingüístico-lexical, convocar la transtextualidad y hallar los recursos que permiten potenciar la dimensión patémica del discurso en función de las gramáticas de la afectividad y la creación de lógicas de sentido a resarcir las carencias, conjurar las ausencias y posibilitar la cohabitación de los espacios enunciativos intervinientes en este proceso configurativo de la semiosis del migrante.

A esta aparición de la metatextualidad enriquecedora de los niveles significantes de los discursos, la he llamado *espontaneidad metafórica*, con la finalidad de hacer notar la adecuación de los principios enunciativos a circunstancias particulares de los migrantes, esencialmente cuando el testimonio aflora a modo de base argumental para referir situaciones. Este es uno de los principios fundamentales de la *crónica migratoria*, esa narración donde se junta el acontecimiento con la visión patemizada del sujeto para que las geografías imaginales sean posibilidades ciertas de inclusión y reconocimiento en sí mismo y el otro.

Estas formas testimoniales otorgan a la dialéctica enunciativa un particular soporte a partir de gramáticas de la afectividad y, su integración en codificaciones específicas a reiterarse dentro de la acción comunicativa, como centro referencial de la acción humana concebida desde los planos enunciativos y de conformación de un sentido patemizado, refigurado por medio de las relaciones intra e intersubjetivas a sostener las cartografías de lo sensible o escenarios para la reconfiguración significativa.

Como hemos visto, el testimonio diversificado en diversas experiencias y planos enunciativos, conforma el ahora simbólico o escenario que permite hacer coincidir tiempos y espacios en un momento enunciativo específico, a convertirse en intermediador entre enunciantes, acontecimientos, contextos, con las diversas y disímiles resignificaciones y establecimiento de órdenes simbólicos dentro de las cadenas de interpretación y propuestas de lógicas de sentido en función de la semiosis del migrante.

Bajo estas perspectivas argumentales, es factible considerar el proceso migratorio, una práctica discursiva a partir de diversos campos semióticos que permiten hablar de una identidad transmigrada a servir de puente en el tránsito simbólico entre los lugares originarios y los de acogida a través del proceso de asimilación, refiguración y sostenimiento del sujeto migrante dentro de una determinada semiosis. Esta identidad procura el establecimiento de lazos empáticos a sostenerse en el mundo primordial-fundacional del sujeto.

Dentro de las codificaciones de las gramáticas de la afectividad, el *nivel artístico* o la *dimensión culinaria*, junto a la *espontaneidad metafórica*, la heroicidad y la conversión patémica del acontecimiento, son evidencias de la específica estructuración de un sistema referencial que gira en torno al sujeto y sus posibilidades enunciativas para nombrar el mundo, su mundo encarnado en la dimensión patémica potenciada dentro de una semiosis del migrante. En tal sentido, surge *la ciudadanía migrante* para intentar convalidar distancias y ausencias por medio de la retrospección enunciativa que permite el establecimiento de vínculos referenciales a través del recuerdo, nostalgia, ensoñación, como recursos para la reinterpretación de acontecimientos y propuestas de nuevas lógicas de sentido.

Esta progresión enunciativa ha permitido avizorar la constitución de escenarios de la significación que superan las limitaciones físico-geográficas a través de las geografías imaginales, o lugares de la recomposición patémica a conjurar las afrentas originadas por el proceso migratorio. Geografías

imaginables a no pertenecer a un espacio determinado, sino representar los puntos de coincidencia en el tránsito simbólico de la subjetividad emancipadora que funda una ciudadanía emergente que va a materializarse bajo una dialéctica simbólico-enunciativa, particularizada por los mundos primordiales a universalizarse en los tránsitos de papel, a modo de grafías develadoras de la historia escrita bajo el sello del testimonio migrante.

Sobre este proceso enunciativo de características tan particulares, vale destacar la textualización de la subjetividad por medio de la crónica patemizada que contiene el sentimiento peregrino; ese sentimiento acendrado por el viaje y la distancia, potenciado en su referencialidad simbólica por la necesidad de reconocerse desde los espacios originarios para poder encontrar los alicientes que mitiguen y aligeren las pesadas cargas del proceso migratorio. A este proceso enunciativo le ha correspondido la denominación de crónica imaginal-icónica para reiterar la construcción de espacios significantes a partir de la ensoñación, añoranza y nostalgia; todos ellos, mecanismos de reconstrucción del acontecimiento en la pluralidad temporal y posibilidad del reencuentro virtual.

Todas estas particularidades de los migrantes van a engranarse en una semiosis constituyente de una ciudadanía óptica, a otorgar una especie de universalidad a manera de reconocimiento colectivo para el surgimiento de una serie de puntos de coincidencia que borran las localidades o los lugares específicos de movilidad física, para convocar una ciudadanía

plural, la forma de integrarse en función de un espacio significativo determinado por el sentimiento macerado en los tránsitos simbólicos de los procesos migratorios en la historia de la sensibilidad.

De allí que, además de una movilidad física de un espacio a otro, existe también una movilidad existencial a desgranarse en el tránsito simbólico urgido por la necesidad del reencuentro y la resimbolización como mecanismos de colonización patémica de los lugares de destino, pero al mismo tiempo, la oportunidad de regresar a los espacios originarios y crear toda una constelación simbólica que le permite leerse como principio enunciativo, además de reconocerse sujeto dimensionado en la esfera patémica, reconocido en su potencialidad simbólica para buscar otras formas de llegar por los caminos de la nostalgia a los destinos reparadores.

Con este enfoque argumental, queda en evidencia una migración nostálgica que rebasa las tradicionales concepciones de pena o dolor, para reiterar el placer a modo de proceso de subjetivación del acontecimiento para su readecuación frente a determinadas circunstancialidades sociohistóricas. Este proceso encarna una vuelta del eterno retorno a una referencialidad a dinamizarse al momento de ser convocado por el recuerdo, pues el referente muda de piel según las condiciones bajo las cuales es convocado, aún más, potenciado por los recursos de la ensoñación para el establecimiento de lugares y presencias virtuales que acorten distancias y resarzan ausencias.

En síntesis, las posibilidades quedan abiertas para continuar la indagatoria sobre el proceso migratorio venezolano a modo de epopeya moderna, dejar planteada la posibilidad significativa en cuanto la antagonización héroe/antihéroe para convocar al sujeto en su subjetividad emancipadora, e intentar encontrar respuestas en un intrincado escenario de incertidumbres y amenazas. Es recurrir a la sensibilidad textualizada para proponer vías argumentales desde las relaciones intra e intersubjetivas a manera de semiosis develadora de una muy rica cadena significativa.

Por lo pronto, es un alto en el camino del tránsito simbólico de la semiosis migrante para asomar alternativas argumentales, seguramente vendrán otras que indudablemente contribuirán a ensanchar los horizontes interpretativos, porque de eso se trata cuando las perspectivas ontosemióticas son asumidas a modo de soportes teórico-metodológicos de sus intenciones de leer el mundo desde el sujeto y sus cadencias patémicas.

El Paraíso, enero, 2024.

BIBLIOGRAFÍA

Bachelard, Gastón (1978) *La dialéctica de la duración*. España: Editorial Villalar.

Barthes, R. (2008) *Mitologías*. México: Siglo XXI editores.

Benedetti, Mario (2004) *Memoria y esperanza (un mensaje para los jóvenes)*. Barcelona: Editorial destino.

Foucault, Michel (2010). *El cuerpo utópico. Las heterotopías*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Gerbasi Vicente (1970) *Antología poética*. Caracas: Monte Ávila Editores.

Hernández Carmona, Luis Javier (2013) “La corpohistoria y las relaciones signícas de la cultura”. En *Semióticas de la imagen*. Colección de Semiótica Latinoamericana N° 10. Págs. 153-163. Universidad del Zulia.

Lezama Lima, José (1981) *El reino de la imagen*. Caracas: Biblioteca Ayacucho

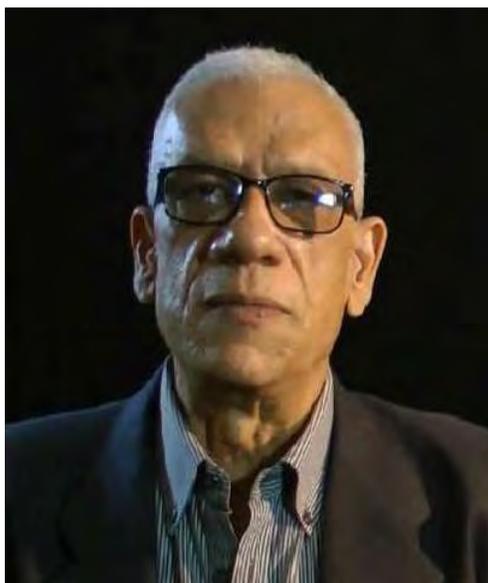
Loeb, J. & Morris, T. (2005), “Heroes and superheroes”. En: *Superhéroes and Philosophy. Truth, justice and the socratic way*. Chicago, Open Court, pp. 11-20.

Ortega y Gasset, José (1973) *Qué es filosofía*. Madrid. Espalsa Calpe.

Ricoeur, Paul (2005) *Caminos del reconocimiento*. Madrid: Trotta.

EL AUTOR

Luis Javier Hernández Carmona



Profesor titular de la Universidad de los Andes. Venezuela. Licenciado en Educación Mención Castellano y Literatura. (ULA). Magíster Scientiae en Literatura Latinoamericana. (ULA). Doctor en Ciencias Humanas (LUZ). Coordinador General Laboratorio de Investigaciones Semióticas y Literarias (LISYL-ULA).

Miembro Correspondiente de la Academia Venezolana de la Lengua. Correspondiente de la Real Academia Española. Autor de más de una veintena de libros sobre: semiótica, literatura regional, venezolana y latinoamericana, de creación literaria en los géneros narrativos y lírico.

Su obra ensayística, poética y narrativa, ha sido reconocida nacional e internacionalmente. Entre ellos: Premio Único, mención poesía, Concurso Nacional IPASME. Premio Nacional Ensayo Literario. Certamen Mayor de las letras y las artes, Primer Premio CENAL. Región Occidente, Primer Premio Género Novela Breve. XIX Concurso Nacional de Literatura IPASME, Certamen internacional de Ensayo: “A 25 años de la Comisión de Concordia y Pacificación, COCOPA”, Congreso de los Estados Unidos Mexicanos.

En un complejo panorama simbólico, la migración venezolana está enfocada como una práctica discursiva dentro de un universo significativo en el que se materializan las instituciones, esquemas de comportamiento, formas pedagógicas, dimensiones patémicas, mecanismos de transmisión y difusión en los espacios de la significación y su constante variabilidad, adecuación, adaptabilidad y refiguración referencial que soportan las bases de una acción comunicativa eficiente.

Todas estas variables argumentales confluyen en la semiosis del migrante, ese espacio de la representación/significación en el cual se producen los entrecruces referenciales para alimentar discursos y construir lógicas de sentido desde diversas perspectivas. Entre ellas, la noción de héroe/antihéroe representada por una hidalguía soportada en bases afectivo-subjetivas, propósitos personales a colectivizarse a través de la universalidad patémica de aspirar mejores condiciones de vida, forjar horizontes en otras latitudes en procura del bienestar propio y de los suyos.

Por ello, la migración es vista más allá de la movilidad física, al indagar sobre sus dimensiones simbólicas con el surgimiento de ciudadanías emergentes, una forma de coalición entre el origen y las realidades hospedantes mediante la interacción afectivo-subjetiva y, no una simple condición jurídica en cuanto la adquisición de nuevas nacionalidades. Esta ciudadanía emergente tiene que ver más con el orden patémico a modo de escenario para la integración de una serie de elementos a constituir una hibridación enriquecedora del espectro significativo de quien migra.